

**LA ESPAÑA MODERNA**

ANUNCIO DE LA LEY 10

AÑO 14.

NUM. 162.

LA

# ESPAÑA MODERNA

Director: **JOSE DE LAZARO**

**JUNIO, 1902**

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DE NEU BARCELONA

# BLOQUEADOS POR LA NIEVE

---

NOVELA (1)

## I

Hacia ya algunos instantes que la diligencia de las Sierras, en medio de un silencio absoluto y de una oscuridad profunda, había comenzado la ascensión de la cuesta que conducía al puerto de la montaña. La masa opaca y confusa del carruaje, balanceándose sin ruido sobre sus muelles, parecía deslizarse y subir como si obedeciese á algún impulso misterioso y no

---

(1) Bret Harte, el célebre escritor norteamericano, acaba de morir en Inglaterra, cuando aún podía esperarse mucho de su fecundo ingenio y su original estilo.

El insigne novelista, cuyas obras han sido traducidas á varios idiomas y cuyo nombre figura, sin benevolencias, al lado de los más ilustres de literatos contemporáneos, fue al mismo tiempo uno de los artistas que más hayan vivido sus creaciones, y uno de los hombres que más hayan amado á la humanidad.

Bret Harte fue sucesivamente minero en California, fabricante de carbones, cajista de imprenta, editor de un periódico, director de otro, orador público, cuentista, novelista, y últimamente cónsul de los Estados Unidos en Londres: sus cuentos y sus novelas son páginas de la realidad en que ha vivido. Sus narraciones tienen el interés de lo real y el encanto del arte, sazonadas con una gracia exquisita, la gracia que brota, no del chiste premeditado ni del pergeño de las situaciones, sino de ese finísimo *humour*, propio de los grandes escritores, al encontrarse en presencia de lo eterno cómico de la vida.

tuviera ninguna relación material con los invisibles caballos que la precedían. Los corpulentos árboles, que bordeaban el camino, se acercaban súbitamente á la portezuela para alejarse en seguida con igual precipitación, y se destacaban un momento entre las sombras de la noche, pero de una manera tan fantástica y tan intangible, que hubieran podido pasar por vagos fantasmas, evocados en sueño por los viajeros adormecidos. La espesa capa de agujas de pinos, que tapizaba el camino, ahogaba todo rumor y destilaba, bajo la sorda trituración de las ruedas, soporíficos y aromáticos perfumes que entorpecían más aún á los pasajeros, mecidos por la prolongada ascensión. De repente se detuvo la diligencia.

De los cuatro pasajeros del vehículo, tres se irguieron súbitamente despertados. El cuarto, John Hale, que no dormía, se volvió bruscamente hacia la portezuela. Le pareció que dos de aquellos árboles fugitivos se habían de pronto inmovilizado, después que uno de ellos se agitaba de nuevo. La portezuela se abrió rápidamente, pero sin ruido, como por sí misma.

«¡Pie á tierra!», exclamó una voz en la sombra.

Todos los viajeros, á excepción de Hale, se estremecieron.

---

Pero lo verdaderamente característico de Bret Harte, como escritor y como hombre, es su constante afán de buscar resquicios de luz entre las más densas tinieblas, partículas de belleza entre montones de fealdad, rasgos, por insignificantes que sean, que puedan acusar un destello del bien entre las lobregueces del mal. Bret Harte palpita de alegría, y no tarda en comunicar su emoción á los lectores, cuando puede exteriorizar en sus escritos el movimiento noble de un alma miserable, el pensamiento honrado de un espíritu pervertido, la generosa acción de una sociedad mezquina. Meritísima aspiración que, adicionada á sus eximias dotes de literato, hace de Bret Harte un escritor digno de la mayor estima.

Algunas de sus obras han sido traducidas al castellano; pero las tres narraciones que ofrecemos á nuestros lectores, *Bloqueados por la nieve*, *El filón del vado del Diablo* y *Uno*, estaban inéditas en nuestro idioma.

En las tres se revela el genio del gran escritor, cuya muerte lloran hoy las letras americanas y todo el mundo literario.

EL TRADUCTOR.

El que estaba á su lado se llevó más que de prisa la mano derecha á la cadera, pero en seguida se detuvo. Uno de los árboles fantasmas acaba de acercarse al coche, y, lo que al pronto pareció una rama proyectada en ángulo recto, se delineó lentamente: era un fusil de dos cañones que apuntaba á la portezuela.

«Suelte eso», volvió á decir la voz.

El hombre que había realizado el movimiento se echó á reir, y su mano vacía cayó de nuevo sobre la rodilla. Los otros dos se encogieron de hombros, como jugadores que abandonan una partida perdida. John Hale, intrépido por temperamento, imprudente, sin experiencia, comprendiendo de pronto toda la verdad, concibió inmediatamente el proyecto de una resistencia desesperada. Pero antes de que hubiera podido hacer un solo ademán, se sintió instintivamente adivinado. El cañón del fusil se dirigió espontáneamente sobre él y al mismo tiempo tuvo la conciencia de inspirar á sus compañeros una irritación mezclada de sorpresa.

«¡Pie á tierra!», reiteró imperiosamente la voz.

Los tres viajeros se apearon. Hale, furioso, apercebido, pero impotente, les siguió. Vió con sorpresa, ante él, al mayoral y al postillón; no les había sentido bajarse: su mirada buscó el tiro, pero no distinguió á los caballos en la sombra.

«¡Levantad las manos!»

Uno de los viajeros había ya alzado maquinalmente las suyas con aire de fastidio. Los otros le imitaron torpemente y á regañadientes, pero se comprendía que se hallaban más penetrados del ridículo de su actitud, que afectados por el pensamiento de un peligro posible. Los rayos de una linterna sorda, hábilmente dirigidos por dedos invisibles, iluminaban vivamente los rostros y las siluetas de los pasajeros, dejando á los salteadores en la oscuridad. A pesar de la calma imponente de la noche y del silencio, aquel grupo humano, ampliamente iluminado, era más grotesco que terrible. Un fragmento de periódico, un resto de emparedado, una mondadura de

naranja, que se habían caído de la diligencia, lanzaban su nota chillona y risible en aquella escena nocturna.

«Hay entre vosotros uno que lleva un fajo de billetes», dijo la voz con una frialdad oficial que daba á sus palabras el carácter de una investigación aduanera. Los viajeros se miraron entre sí, después sus ojos se fijaron en Hale.

«No es *ese* —añadió la voz, acentuando el pronombre con un ligero desprecio.—Ganarían tiempo, señores, y simplicarían la tarea obrando espontáneamente. Si nos obligan á registrarles uno después de otro, tendremos que cobrar nuestro trabajo.»

La significativa amenaza produjo su efecto. El viajero que trató de empuñar un arma cuando la diligencia se detuvo, se llevó la mano al pecho.

«El otro bolsillo primero, le ruego», dijo la voz.

El hombre se echó á reír, sacó una pistola de su bolsillo de la cadera, y á la luz de la linterna la depositó en el suelo en el sitio indicado por la voz. No tardó en añadir un abultado sobre que sacó del bolsillo interior de su americana, cuidadosamente abotonada.

«Ya dije yo á los condenados imbéciles que me lo confiaron, en vez de remitirlo por el postillón, que sería por su cuenta y riesgo», observó á manera de excusa.

«¡Qué importa puesto que su paquete va á unirse con los del postillón!», dijo otro viajero con ironía y mostrando la caja de encargos ya depositada en el camino.

Hale, no obstante su inexperiencia, se daba plenamente cuenta del objeto y de la premeditación del atentado de que eran víctimas, pero cada vez comprendía menos la indiferente sumisión de sus compañeros y su cólera aumentaba. Sus reflexiones fueron interrumpidas por el eco de una voz que, en esta ocasión, parecía venir de una distancia bastante grande; le pareció más dulce, como si abandonase su cierta severidad primera.

«¡Al coche, lo más pronto posible, señores! Hay que espe-



rar cinco minutos, Bell.» Esto se dirigía evidentemente al cochero.

Los viajeros volvieron á subir á la diligencia, y el mayoral y el postillón ocuparon sus puestos. Hale quiso hablar, pero un ademán irritado de sus compañeros le cerró la boca. Escuchaban y esperaban; él hizo lo que ellos.

Sin embargo, continuaba el silencio. Parecía increíble que cerca ó lejos no quedase ningún vestigio de la presencia dominadora que les había tenido doblegados bajo su imperioso yugo algunos momentos antes. Ningún rumor en la maleza, ningún eco en las rocas del desfiladero, traicionaban el secreto de la desaparición. Una ligera brisa era lo único que agitaba la copa de los pinos; de cuando en cuando una piña desprendida caía sobre la imperial del coche, ó bien uno de los caballos invisibles sacudía sus arreos; pero estos débiles ruidos hacían que resaltase más el vasto silencio. La espera se hacía insoportable, cuando la voz, tan cerca entonces, que hizo estremecer á Hale, resonó de nuevo en la sombra:

«¡Buenas noches!»

Ante esta señal que les libertaba, el mayoral restalló su látigo como un tiro, los caballos arrancaron, el pesado vehículo se conmovió y se puso á rodar rápidamente. Cuando Hale se pudo hacer oír en medio del confuso rumor de las voces que se elevaba tanto más ruidoso cuanto más severo había sido el silencio y más absoluta la inmovilidad, dijo con irritación:

—¿De manera que ese bandido no se había meneado?

—¡Toma!—respondió su vecino.—Ha estado ahí, apuntando con el fusil al mayoral, durante los cinco minutos. Mientras tanto sus dos compañeros escapaban con el botín.

—¡Dos hombres!—exclamó Hale.—¡Es decir, que no eran más que tres... y nosotros seis!

El otro se encogió de hombros. El viajero que había entregado los billetes dijo con acento lánguido, con tolerancia perezosa:

—Infiero que es usted extranjero en el país.

—Ciertamente; soy ajeno á semejantes procedimientos, si bien vivo á diez millas de aquí, en la Meseta de las Águilas,—respondió Hale desdeñosamente.

—¡Ya! usted es el individuo que se dedica á la agricultura fantástica, allá arriba, en las Águilas—replicó el hombre negligentemente.

—Haga lo que hiciere en la Meseta de las Águilas, no tengo por qué avergonzarme de ello. No diría lo mismo de lo que he hecho ó más bien dejado de hacer esta noche. Yo he sido uno de los seis hombres que se han dejado desbalijar y aterrorizar por tres bandoleros.

—Respecto á lo de aterrorizar, tal vez sepa usted de ello más que nosotros. En cuanto á lo de desbalijar, usted, por lo que recuerdo, no ha dejado gran cosa. Y si usted quiere hablar de lo que hubiera debido hacerse, yo le hablaré á usted de lo que hubiese podido acontecer. Quizás habrá usted observado que, cuando la diligencia se detuvo, traté de echar mano á mis pistolas...

—Sí, y también que no fue usted bastante rápido en la acción—dijo Hale con sequedad.

—No, en efecto; no fuí bastante rápido, y esto le ha salvado á usted la vida. Si yo hubiese sacado el arma y el mozo del fusil, lo hubiera visto...

—Pues bien—dijo Hale con impaciencia,—eso le hubiera hecho reflexionar, hubiera vacilado...

—Hubiese disparado los dos tiros sobre *usted* y usted hubiera volado por la portezuela antes de tener yo tiempo para amartillar mi pistola.

—¿Y qué? Hubiera muerto uno, pero quedaban ustedes cinco—dijo Hale con altivez.

—¡Ah, sí, perfectamente! Si usted hubiera firmado un contrato para recibir solo todas las balas, no digo que no; pero la octava parte de la metralla le hubiese bastado á usted, y quedaba la suficiente para cada uno de nosotros, y darnos más de lo que pidiéramos. Ya ve usted, pues, que no había que fiarse mucho.

—Pero el mayoral y el postillón estaban los dos armados—  
repuso Hale.—Armados, sí; preparados, no. Todo consiste en  
esto.

—No comprendo.

—¿Sabe usted lo que es un duelo?

—Sí.

—Pues las probabilidades contra usted esta noche eran  
poco más ó menos las mismas que si le colocaran á usted en-  
frente de un mozo atrevido que tuviera derecho á disparar  
sobre usted mientras amartillase usted su pistola. Pudiera ser  
que no entendiese usted nada de estos asuntos y que nunca se  
haya batido usted en duelo; pero, por ignorante que sea us-  
ted en esto, dudo que le convenga jugar la vida á un azar se-  
mejante.

Un acento indefinible en tales palabras, el interés sardónico  
prestado por los otros viajeros á aquel diálogo, impresionaron  
desagradablemente á Hale, ya convencido de la futilidad de  
sus objeciones ante la actitud de su interlocutor.

—¿Así, pues, pretende usted afirmar que cuanto acaba de  
ocurrir era inevitable?—preguntó con tono seco todavía, si  
bien menos agresivo.

—Exactamente, en cuanto eran ellos los que atacaban. Si  
fuese usted quien los persiguiera, llevaría la ventaja; con tal,  
sin embargo, que supiera usted sorprenderlos tan bien como  
ellos saben encontrarle. Comprenda usted. Este coche recorre  
su trayecto regularmente en días señalados; ellos no tienen ni  
hora ni itinerario fijo. Antes de que el juez haya podido lla-  
mar á sus sabuesos, se han puesto en salvo, y su jefe—esto se  
ha visto—fuma tranquilamente su cigarro ante el café en  
boga, ó pierde su parte de robo al *Poker* contra el juez en Sa-  
cramento. Por lo demás, si no los coge usted con las manos en  
la masa, carece usted de pruebas. Los de esta noche podrían  
ser muy bien de la banda de Joaquín Murrieta, pero no lo ju-  
raría.

—¿Sería, por casualidad, el jefe «el hidalgo Jorge» del país

de arriba?—preguntó otro pasajero.—Me ha parecido reconocer algunos detalles pintorescos. En su manera de decir «buenas noches» había algo sentimental. No se parece al «jarrea, recontra!» del otro.

—Que fuera él ó no, el bandido conocía bien el camino y sabía el número de los pasajeros. No sería imposible que hubiera hecho el viaje de ida en el pescante con el mayoral, para entrar en conversación. Sabía perfectamente que yo llevaba esos condenados billetes, aunque los he recibido directamente del Banco de Sacramento. Sin duda el pillastre husmeaba por allí al mismo tiempo que yo.

Hale permaneció callado durante algunos instantes. Ciudadano por nacimiento y educación, había crecido en un religioso respeto del orden y la autoridad, perteneciendo, sin embargo, á esa categoría de hombres dispuestos á tomar en sus propias manos la administración de ese orden y esa autoridad, en cuanto no los encuentran ejercidos á su gusto. Llevaba hasta el exceso la innata veneración del bostoniano hacia las tradiciones, las conveniencias y la respetabilidad; pero no vacilaba en señalar la irregularidad y la negligencia para combatirlas y asegurar el triunfo de sus principios. Amaba á la naturaleza en teoría, pero desconfiaba de sus instintos indómitos y encontraba que las enseñanzas de la misma eran inferiores á las de la Universidad de Harvard y apenas iguales á las de Cornell. Con una energía y una perseverancia prodigiosas había construido é instalado una bonita vivienda, mitad granja, mitad *villa*, en un rincón de las Sierras, en donde oponía sistemáticamente con la terquedad de su naturaleza anglosajona la individualidad de sus gustos y de sus doctrinas á la de aquel medio nuevo. En las circunstancias imprevistas, en las que acababa de encontrarse mezclado, juzgaba de su deber, no solamente afirmar sus principios, sino hacerlos prevalecer con decisión. La indiferencia casi desdeñosa de sus compañeros estimulaba más aún ese deseo.

—¿Por qué no ponerse inmediatamente en persecución de

esos miserables?—preguntó de repente.—¿Quién nos lo impide? Estamos cerca del relevo, en donde encontraremos caballos.

—¿Quién había de tomar la iniciativa? La Compañía de las mensajerías presentará la denuncia á las autoridades; pero transcurrirán cuarenta y ocho horas antes de que se ponga en movimiento la policía del Condado, y después de todo, eso no concierne á nadie.

—Yo estoy dispuesto á empezar—dijo Hale secamente.—Siempre será un hombre de buena voluntad. Tengo un caballo que me espera en el relevo, y puedo ponerme en camino al momento.

Sus palabras fueron acogidas en silencio. El vehículo había salido de la sombra de los pinos, y la mayor claridad permitió á Hale ver que su vecino de enfrente le examinaba curiosamente con sus ojos pálidos y fríos. Al encontrarse con la franca mirada de Hale, dijo lentamente, como si respondiese á un vago pensamiento:

—Podría hacerse con cuatro hombres. Habría que buscar un compañero en el relevo.

Calló un momento, y después añadió con un ligero bostezo y estirando perezosamente las piernas:

—Soy con gusto de la partida.

—También yo, si es usted el Coronel Clinch—dijo el que iba al lado de Hale con repentina viveza.—No me engaño, es el Coronel Clinch á quien hablo. Yo soy Rawlins, Rawlins de Frisco (1). Su proposición me halaga, Coronel, y le he reconocido á usted en la manera de hacerla.

Hale vió con asombro á los dos hombres darse un frío y maquinal apretón de manos y entablar en seguida una lánguida conversación sobre las últimas elecciones de Fresno, sin la menor alusión referente á la persecución de los bandidos. Unicamente cuando un poco después el pasajero, que no se había

---

(1) San Francisco de California.

nombrado, dirigiéndose á Hale le hizo saber que desgraciadamente tenía asuntos en el puerto de la montaña que le tendrían dos horas, pero que si querían esperarle sería de los suyos, el Coronel Clinch replicó con tono breve:

—Bastarán cuatro hombres, y como tendremos caballos de relevo, tendremos necesariamente que tomar allí nuestro cuarto «asociado». Después continuó su diálogo incoloro con Rawlins, tan poco animado como éste, mientras el viajero desconocido se entregaba á una contemplación estática de uno y otro.

A pesar de sus convicciones y del objeto realmente desinteresado que perseguía, Hale no pudo menos de sentirse molesto y un poco enojado por el papel secundario y subordinado que parecían asignarle en una empresa cuyo proyecto había concebido. Ciertamente que no se había propuesto como jefe; que el resultado que quería obtener, el efecto que buscaba, sería igualmente alcanzado bajo cualquier dirección; sin embargo veía, bajo el imperio de una influencia oculta, que la dirección de un plan concebido por él gravitaba hacia un hombre que no la había buscado y al cual, hasta aquel instante, había considerado como absolutamente nulo. Aquel hecho, irrecusable sin embargo, era tan contrario á todo precedente, que, suspicaz como todos los seres esclavos de la tradición, sintió aumentar su desconfianza, y se hubiera retirado de la empresa si no hubiese creído que su honor estaba comprometido en ella. Le quedaba la probabilidad de recobrar su ascendiente en el relevo donde era conocido y donde su autoridad no sería discutida.

Pero no se realizó esa última esperanza. La casa de postas, mitad fonda, mitad cuadra, no contenía más que al fondista, el que acumulaba las funciones de agente de la mensajería, y el nuevo asociado que Clinch había previsto que encontraría entre los mozos de cuadra. El juez de paz más próximo habitaba á diez millas de allí; de suerte que Hale no podía pensar en que le delegase para una misión oficial. La admisión en sus

filas de un palafrenero grosero y vulgar le causaba, además, una sorda irritación, y una observación de Rawlins vino á aumentar su descontento.

—De buena se ha escapado usted—le dijo aquél confidencialmente mientras apretaba la cincha de su caballo.

—¿Cómo eso? Yo pensaba que, no debiendo defendernos, no corríamos ningún peligro—respondió Hale con ironía.

—¡Oh! no hablo de los bandidos, sino de él...

—¿De quién?

—Del Coronel Clinch. Usted no se ha mordido la lengua para decirle que era muy prudente.

—Yo estoy dispuesto á responder de cada una de mis palabras—dijo Hale con altivez.

—¡Es chocante! —repuso Rawlins imperturbablemente. Clinch tiene malas pulgas y es el mejor tirador de la California del Sur; ha hecho que luzca el sol al través de una docena de bravos que no dijeron tanto como usted.

—¿De veras?

—Pero en resumidas cuentas—añadió Rawlins filosóficamente,—como demuestra que se pone *con* usted en lugar de *contra* usted, podrá usted ver de qué madera está hecho, y sus intenciones de usted tendrán la probabilidad de ser ejecutadas hasta el fin. Con él nunca se queda uno corto, ya verá usted. Por lo demás, si, como supongo, el jefe de los bandidos, es ese galopín de Frisco, que se ha hecho salteador de caminos, Clinch tiene personalmente que ajustar cuentas con él, á causa de una disputa de juego que tuvieron,

Estas palabras asestaron un postrer golpe á las ilusiones de Hale respecto de su cruzada ideal. ¡Él, ciudadano honrado y respetable, se convertía en el asociado insignificante de una venganza fuera de la ley cuyo origen databa de una riña de tapiz verde! Sin embargo, pasada la primera impresión, vino en su ayuda cierta filosofía amarga, consecuencia de susceptibilidades refinadas y sueños exaltados. Experimentó una reacción saludable, y, cosa extraña, tuvo conciencia de que co-

menzaba á juzgar y á obrar como sus compañeros, y que de esta nueva impresión nacía una vaga simpatía por los procedimientos que antes condenara. Un consejo familiar que le dió un mozo de cuadra al entregarle un fusil armado y que les colocaba en un pie de igualdad, le halagó casi tanto como le humilló, y reanudó su conversación con Rawlins en tono menos agresivo:

—¿Así, pues, usted cree conocer al jefe?

—¡Oh! Solamente por inducción. A causa de los refinamientos empleados en la tarea. El ataque ha sido llevado con arreglo á una moda nueva. En otros tiempos, y en el país de donde vengo, se tenían nociones más crudas. Los bandidos despojaban á los viajeros de todo lo que poseían, incluso de sus trajes. Se dice que en las fondas de los relevos, á la llegada de la diligencia, estaban preparados con mantas para recibir á los viajeros á la bajada del coche, á fin de no asustar á las mujeres. Cuéntase que un día el mayoral y el postillón llegaron sin más sobre el cuerpo que un número de la «Alta California»; pero—añadió cínicamente Rawlins—preciso es decir también que hay quien pretende que se trataba de un reclamo del periódico.

—¡En marcha!

—¿Están ustedes dispuestos, señores?

Hale se estremeció. Se había olvidado de su mujer y su familia en la meseta de las Aguilas, á diez millas de allí. Se extrañarían de su prolongada ausencia, tal vez llegaría hasta ellas una versión exagerada del ataque de la diligencia y les causaría una real alarma.

—¿Habría un medio de enviar un mensaje á la meseta de las Aguilas antes de que amanezca?—preguntó vivamente.

El relevo había agotado ya todos sus recursos, en hombres y en bestias. El viajero desconocido se adelantó proponiendo ser el portador del billete, en cuanto hubiera arreglado unos asuntos que esperaba despachar prontamente.

—Eso tendrá de bueno—observó Clinch negligentemente—



que si se da usted prisa, podrá usted cortar la retirada á nuestros hombres en el caso de que olfateen nuestra persecución y traten de doblar la cresta del Norte. No se aventurarán por una senda frecuentada, y en esos momentos un hombre vale por diez.

Hale se dijo para sí que él hubiera podido ser aquel hombre, y tener así ocasión de recuperar su prestigio con una acción independiente; pero era demasiado tarde para retirar su imprudente proposición. Escribió rápidamente algunas líneas en el papel de la posada, las entregó al viajero complaciente, y tomó puesto entre los expedicionarios que se pusieron en marcha silenciosamente.

Cabalgaron así durante cerca de una hora; habían dejado atrás el lugar del ataque nocturno, pero por un camino más elevado. Hacía ya mucho tiempo que la aurora había plantado su luminoso pabellón sobre las cimas frías y blancas amontonadas á la derecha, y tomaba posesión de la cresta sobre la que cabalgaban.

—Diríase que va á nevar—dijo de pronto Rawlin tranquilamente.

Hale le miró sorprendido. Nada en la tierra ni en el cielo justificaba semejante previsión. Hacía frío, sin duda, pero podía ser una corriente de aire helado que caía sobre ellos de lo alto de la montaña. La cadena más baja que atravesaban estaba aún toda cubierta por un espeso follaje que apenas amarilleaba, al lado del sombrío y eterno verde de los pinos y los cedros. Las profundas hendiduras labradas en el flanco de la montaña, conservaban como en un horno mal apagado el fuego del sol de la víspera; un hálito caliente flotaba por encima de las quebradas sofocadas entre sus rocas de granito; á sus pies, treinta leguas de eterna primavera se desplegaban á orillas del río americano, y se ocultaban á intervalos bajo transparente bruma. En torno de ellos, Octubre se afianzaba ya; abajo, en el valle, Agosto reinaba aún en toda su plenitud victoriosa.

—He visto el desfiladero de Thompson obstruido por quince pies de nieve antes de esta época—dijo Rawlins contestando al asombro de Hale,—y en el mes de Setiembre último he recorrido en trineo el camino por donde hemos pasado ayer, mientras que Thompson, una milla más abajo, al otro lado, en el fondo de la garganta, fumaba su pipa al fresco junto á las rosas de su terrado. Crea usted que no hay que fiarse de la montaña. Hace el tiempo que le da la gana. Apuesto á que no ha pasado usted aún ningún invierno aquí.

Hale respondió que no habitaba en la meseta de las Aguilas sino desde la última primavera.

—¡Ah! En las Aguilas está uno seguro, siempre que uno haya llegado, sin embargo. Pero sucede como con Thompson; hay que poder llegar... ¡Atención! ¿Qué es eso?

Un tiro lejano, pero perceptible, acababa de repercutir en el aire puro y diáfano, seguido de un segundo disparo que parecía ser el eco del primero.

—Viene de allí, de la cresta del Norte—dijo el palafrenero.—Dos millas de aquí á vuelo de pájaro, cinco por la senda. Alguien que caza osos.

—No con carabina—exclamó Clinch tirando de las riendas á su caballo con un ademán que electrizó á sus compañeros.—¡Son ellos, los bandidos, han doblado sobre nosotros!... ¡A la cresta del Norte, señores, y á rienda suelta!

Ninguno esperó una segunda orden. Todos parecían completamente transfigurados. El instinto bestial de la caza del hombre se había despertado ante la voz y la mirada del jefe. Con un gruñido sordo é ininteligible, Hale, el amigo del orden, Rawlins el filósofo, volvieron brida como los otros, y con ímpetu furioso los expedicionarios desaparecieron en la espesura del bosque.

Una paz inmensa é indecible cayó sobre la montaña. Bajo el sol deslumbrador que hacía brotar chispas de la pizarra y el granito, el vasto horizonte parecía ensancharse y extenderse en un profundo reposo. A lo lejos, sobre la cresta del

Norte, una débil humareda vaporosa subía hacia el cielo como un alma que remonta el vuelo.

## II

La meseta de las Aguilas, situada en uno de los desfiladeros más elevados de las Sierras, era, en efecto, así como su nombre lo indicaba, un terreno llano rodeado, como un lago verde, por un anfiteatro circular de granito que, elevándose á una altura de dos mil pies, servía de pedestal á las nieves perpetuas. Los demonios familiares de la montaña, el aire y el espacio, defendían celosamente aquel rincón apartado y le rodeaban con sus engañosos espejismos. Nunca la meseta parecía desde lejos lo que era en realidad. El viajero, que la veía casi á sus pies desde lo alto de la cresta del Norte, cuando trataba de bajar se encontraba súbitamente separado por una profunda hendidura y un espumoso torrente; los que pretendían llegar á ella por un sendero que creían directo, le perdían enteramente de vista al cabo de una hora de marcha; pero si, renunciando á llegar, deshacían lo andado, les ocurría caer sobre una brecha que á allí conducía. Lo que desde arriba parecía un plantío de chaparros cerca de una pequeña choza, no era otra cosa sino un grupo de árboles de 300 pies de elevación; los terrenos cultivados que parecía debían caber en el pañuelo del viajero resultaban ser un dominio de 3.000 hectáreas.

La vivienda era un edificio largo, bajo, irregular, casi enteramente compuesto de techos inclinados y anchos terrados cubiertos, sostenidos por rústicos pilares de pinos todavía con su corteza alrededor de los cuales trepaban rosales y parras. Sin embargo, ciertos indicios revelaban que la frescura y la sombra creadas por aquella construcción meridional fueron concebidas bajo la deslumbradora y engañosa luz de la Sierra; las chimeneas tenían siempre encendidos grandes fuegos,

hasta cuando en los campos colindantes marcaba el termómetro 40 grados centígrados. Un viento seco y continuo balanceaba sin tregua las elevadas ramas de los cedros con un rumor semejante al de las olas; pero así como provocaba á la marcha y al ejercicio en pleno aire, helaba á los habitantes sedentarios de la casa en la sombra que habían buscado, ó les dejaba quemados por el ardor del sol si trataban de descansar en él. Cortinas de muselina en las ventanas, tapices, pieles y espesas alfombras colocados en los suelos, otros detalles curiosos pero disparatados en el mobiliario, protestaban contra las inconsecuencias y la inconstancia del clima.

Los mismos contrastes ofrecía en su indumentaria la señorita Kate Scott cuando en la mañana del mismo día puso el pie en el terrado. Un sombrero de paja de anchas alas, masculino, afeminado por una cinta de colores vivos anudada alrededor de la copa, prestaba un encanto picante al bonito rostro, que protegía contra el aire y el sol; una blusa de franela roja tenía igualmente un carácter masculino, mientras que un fuerte abrigo destinado á garantizarla contra las crudezas de la brisa matutina contrastaba de un modo extraño con la falda de batista fresca y clara que, por un singular capricho, persistía Kate en llevar siempre, cualquiera que fuese la temperatura. A las prudentes observaciones higiénicas de su cuñado oponía ella constantemente la misma respuesta: «¿Cómo habría de saberse sin esto si estamos en verano ó en invierno en este ridículo clima? Por lo demás, la lana es pesada, los colores oscuros atraen al sol, y por lo menos, se sabe si una está limpia ó sucia.» Desde el punto de vista artístico, la tal combinación no tenía nada de desagradable. La joven se destacaba graciosamente sobre el fondo sombrío de los cedros, y parecía prestar una nueva florecencia á los campos cuyos matices vivos y alegres habían ya desaparecido. Los raros transeuntes de la localidad habían ingenuamente manifestado su aprobación, y más de una vez se habían temerariamente aventurado á seguir la provocadora silueta de Kate hasta encontrarse con

la fría indiferencia de su clara mirada. Su cuñado se preocupaba poco de aquellas manifestaciones halagadoras, tenía plena confianza en el profundo desprecio de la joven hacia el medio en que se encontraba, y la permitía vagar sola por su pintoresco aislamiento, acompañándola solamente cuando, aprisionada en su amazona verde obscuro, corría á caballo por la montaña sin preocuparse de los vecinos.

Kate Scott, á los veinte años, había ya sometido sus ilusiones juveniles á un severo y crítico examen. Había seguido muy gustosa á California á su madre y su hermana casada, con la esperanza ardiente, pero oculta, de que la Naturaleza le revelara secretos que ella ignorase; pero no había tardado en observar que había descontado las sorpresas en sus lecturas. Se imaginó la emancipación de las trabas sociales en la libre existencia que se le ofrecía, y se prometió probar á los demás hasta qué punto era ella capaz de apreciarla con inteligencia; pero hasta aquel día, la única prueba de independencia que hubo encontrado ocasión de dar, fue en materia de trajes. Algunos hombres, y casi todas las mujeres con quienes ella se encontró, tenían en gran estima á las leyes de la convención, que ella desdeñaba, y aspiraban á llevar las cadenas que ella tenía ansia de romper. Aquellos hijos de la Naturaleza, en vez de darle enseñanzas, se las pedían; la cansaban con preguntas acerca de la civilización de que ella había querido huir, y la irritaban con torpes imitaciones tomándola por modelo. «Figúrate—escribía á una amiga de Boston—que he visitado á Susana Murphy, que recuerda la tragedia de *Donnes* (1), la cual ha disparado sobre un oso que rondaba en torno de su cabaña, y, ¿lo creerías?, me ha pedido que le preste el patrón de mi gabán, y ha indagado si las polonesas se llevaban todavía.»

---

(1) Los *Donnes* eran una familia de emigrantes que, con otros varios, fueron aprisionados por las nieves á orillas de un lago, y los cuales, impulsados por la más horrible miseria, llegaron á devorarse entre sí.

Con tanta indignación, recordaba la joven una novela que había exaltado su imaginación: dos amigos de colegio de su hermano, viviendo la vida ideal en las minas, golpeando las rocas con un volumen de Homero en el bolsillo, escribieron, bajo la libre atmósfera de las selvas, cartas que respiraban la más pura filosofía... Un día, cogidos de improviso, fueron encontrados en su Arcadia, impresentables de negligencia y suciedad, é inconfesables por sus complicaciones domésticas, que habían poblado su bucólica cabaña de niños de sangre mezclada.

Kate, por un sentimiento de íntimo orgullo, ocultó habitualmente sus decepciones y desilusiones, ó habló de ellas ligeramente con su madre y su hermana. La señora de Hale y la señora de Scott no tenían ídolo alguno que derribar, ni entusiasmo que enfriar. Convencidas en absoluto de su superioridad á la vida que llevaban en las Sierras y al mundo que las rodeaba, no por eso dejaban de aceptar con solicitud sus nuevos deberes y de cumplirlos á conciencia. Tales deberes, á sus ojos, consistían en una ciega abnegación por los intereses de Hale, en una especie de vago apostolado que ejercer entre sus vecinos, y, como la mayoría de los misioneros, se preocupaban más de imponer sus propias doctrinas que de comprender las de las de los otros. El celo de la anciana señora de Scott era semirreligioso, y alimentado por las puritanas tradiciones de su raza; el de la señora de Hale estaba templado por la afabilidad de la mujer distinguida y las exigencias de su posición. Unía á ello la habitual languidez de la americana bien educada, cuya salud se resiente con el nacimiento del primer hijo, y que ha llegado á considerar el matrimonio y la maternidad con un ligero é indefinible escepticismo. Era sinceramente afecta á su marido, que reinaba en su interior y sobre las tres mujeres con ese despotismo inconsciente, producto de una abnegación pasiva, que hace que la posición de un sultán en su harén sea á la vez tan absoluta y tan precaria. La actitud de John Hale en su familia era la

del dominio, sobre todo porque no se había expuesto nunca á la comparación ó á la censura, y por esto mismo, tal actitud no estaba exenta de peligros.

La señora de Hale no tardó en reunirse con su hermana en el terrado, y poniéndose sobre los ojos á manera de pantalla una de sus manos largas y delgadas, se puso á considerar el paisaje con más cortesía y urbanidad que real interés. El sol implacable, que, según frase de Kate, era de una «vulguridad irritante», le devolvió su mirada; pero, sin poner un tinte más rosado en sus mejillas pálidas, realzó la gracia delicada de su cabeza pequeña y fina con sombras esfumadas, y de sus ojos oscuros y dulces, cuyos párpados, en los que resaltaban las venas, guiñaban ligeramente ante la luz intensa y deslumbradora. Más alta y más esbelta que Kate, tenía á veces una ligera y tímida sinuosidad de movimientos que le prestaba un no sé qué de virginal, y hacía que en ocasiones pareciese ser verdaderamente la hermana soltera. Esta, por el contrario, se había hecho notar desde su infancia por un singular aplomo de actitud y de modales que, unido á un completo desarrollo de líneas y á una voz grave y tranquila, le daba la gracia más madura de la mujer.

—Me temo que John se haya detenido por algún asunto—dijo la señora de Hale á su hermana,—sin lo cual ya estaría de vuelta. Es casi inútil esperarle más tiempo, á menos que no quieras ir á su encuentro. Podrías ponerte la amazona—añadió paseando sus ojos por la híbrida vestimenta de Kate—y decir á Manuel que te acompañe.

—¡Ciertamente que no! ¿Llevarme al único hombre disponible y dejarte sola?—respondió Kate tranquilamente.—¡Jamás!

—Pero ahí están los trabajadores chinos—objetó la señora de Hale.—Vamos, chiquita, ¿no renunciarás nunca á tus prevenciones, y no les concederás algo de humanidad? John me asegura que en el país de esos individuos existe un excelente sistema obligatorio, y que todos saben leer y escribir.

—Lo que no te serviría de mucho si... si...

—¿Si qué?—preguntó la señora de Hale sonriendo.—¿Pien-  
sas en la extravagante historia de Manuel y en los pasos de  
oso que pretende haber encontrado en los campos esta maña-  
na? Te prometo que, ni yo, ni mamá, ni Mimi, saldremos de  
casa hasta que tú vuelvas. Vamos, ¿estás contenta?

—No pensaba en eso—replicó Kate,—aunque tenga poca  
confianza en la eficacia de un redoble de tam-tam ó en una  
serie de palabras gruesas para alejar á los animales salvajes.  
Pero ya sabes que los trabajadores chinos deben bajar hoy  
para un bautizo, ó un entierro, ó un festín de pollos robados;  
no sé. Estarán ausentes todo el día.

—No dejes por eso de llevarte á Manuel. Quedan todavía  
Molly el indio y los criados chinos para protegernos contra...  
Dios sabe qué. Tengo plena confianza en Chy-Lee como gue-  
rrero, y en general en su estrategia nacional. Basta escucharle  
cantar en tiempo de paz para adivinar lo que sería en un com-  
bate. Nunca oí nada más terrorífico que ese poema de amor  
que entonó el otro día. Pero, bromas aparte, te repito, Kate,  
que no tengo miedo de quedarme sola. Ya sabes lo que John  
repite sin cesar: es preciso estar siempre dispuestos para todo.

—Mi querida Josefina—dijo Kate, enlazando con un brazo  
el talle de su hermana,—estoy íntimamente convencida de que  
si Jack, con sus tres dedos de menos, Bill con su pulgar de  
más, el mismo Joaquín Murrieta, ó cualquier otro bandido se  
presentase de improviso, con las manos tintas en sangre de-  
rramada, en este lugar, le ofrecerías graciosamente una taza  
de té, le pedirías cortésmente noticias de sus atentados y no  
te permitirías ninguna alusión á la policía ni al juez. Sin em-  
bargo, no me llevaré á Manuel. No puedo, en verdad, encar-  
garme de vigilar sus costumbres en la posada, ni impedirle  
que se emborrache con aguardiente en compañía de compañe-  
ros sospechosos. Sé muy bien que hasta cuando tiene la len-  
gua gorda me «besa las manos» de palabra, y me ofrece su  
espalda encorvada para ayudarme á bajar del caballo; pero te



confieso que prefiero á su servilismo la brusca familiaridad del posadero del condado de Pike, que se contenta con decirme: «¡Salte la hermosa, yo la atraparé!»

—Supongo que no te picarás por tan poco—replicó gravemente Josefina.—John desea que mantengamos las mejores relaciones con esas gentes, y convendrás que se conducen hoy más decentemente, aun cuando ignoren todavía el uso de la gramática y del tenedor.

—Sí, el hombre se pone guantes y un sombrero de copa para venir á vernos el domingo, y la mujer se niega á visitarnos antes de que lo hayamos hecho nosotras—contestó Kate.—¿Es eso lo que tú llamas progreso? El hecho es, Josefina, confesémoslo francamente, que esas gentes no nos quieren.

—¡Imposible!—exclamó Josefina con sublime candor.—Dí que eres tú quien las detestas.

—Las quiero más que tú, Josefina, y precisamente por eso veo lo que á ti se te escapa.—Se calló, y después de una corta pausa, añadió con tono más animado:—No, después de bien pensado, no iré al relevo. Voy á entregarme á la contemplación de la naturaleza, sin admitir en mi sociedad la menor muestra de vida animal, según la fraseología de Bill, el conductor de la diligencia. *Adiós* (1).

—Me desconsuelo cuando Kate habla como esas gentes, aunque sea de broma—dijo la señora de Scott, sentada en su mecedora cerca de la puerta ventana, cuando Josefina entró en la sala después de haber visto á su hermana alejarse con paso rápido.—Temo que no la convenga la nueva sociedad en que se encuentra. Debería cambiar de aire.

—Precisamente estaba pensando—respondió Josefina—en convencer á mi marido para que la lleve á San Francisco este invierno. Los Careys deben ir allí y podía quedarse con ellos.

—Me temo que si tardamos mucho, la tenga sin cuidado—

---

(1) En castellano, en el original.

dijo la madre, meneando tristemente la cabeza.—A Kate no le gusta ya nada de lo que le gustaba antes.

Sin embargo, la joven, ajena á tales observaciones, proseguía su camino, sumida en sus pensamientos; hasta había despedido á su perro, Spot, otra de sus desilusiones desde que el can, cediendo á groseros apetitos, estranguló á un cordero, porque ella no quería que su comunión solitaria con la Naturaleza corriese el riesgo de ser turbada por una repetición de aquellos incidentes vulgares. El aire era excesivamente picante, y por primera vez, por lo que ella sabía de la montaña, los rayos del sol, que caían á plomo sobre su cabeza, parecían haber perdido su poder. Sin darse cuenta apresuró su marcha y en menos de una hora llegó, sofocada, á aquella parte de la garganta en donde el paso á la meseta de las Aguilas estaba cerrado por una portada natural.

El espectáculo que desde aquel punto se ofrecía á sus ojos, le había parecido siempre uno de los más grandiosos de la montaña; pero aquel día revestía un carácter casi terrible en su austera y glacial majestad. La quebrada se estrechaba hasta tal punto, durante un centenar de pasos, entre dos gigantescos bastiones de granito que los seculares árboles, nacidos entre las hendiduras de la roca, enlazaban sus nudosas ramas y formaban las góticas ojivas de aquella arcada colosal.

Kate levantó los ojos: su corazón palpitaba. Sabía que aquellos troncos, unidos por encima de ella, eran inmensos, como los que acababa de dejar atrás; sabía también que la altura en la que se tocaban no llegaba sino á la mitad de la vertiente, pues recordaba el día en que, habiendo subido hasta la cumbre, los había visto casi á sus pies, semejantes á un plantío de chaparros; sabía que las piñas que el viento desprendía de sus ramas caían perpendicularmente en un abismo de mil pies de profundidad, en el que golpeaban, rebotando como balas, los muros cortados á pico que bombardeaban. Sabía que un cedro, arrancado por una tempestad de sus aéreas raíces, cayó un día como un rastrillo ante la gran portada, y

que hubo necesidad de acudir al hierro y al fuego para desalojarle. Inclinando maquinalmente la cabeza, la joven echó á correr por la angosta galería y no paró, después de haberla franqueado, hasta la abrupta pendiente que subía enfrente de ella al otro lado.

Desde esta parte, únicamente podía uno darse cuenta exacta de la posición de la meseta, que tan difícil era de alcanzar. Dibujábase desde allí como un alto promontorio que se destacaba, rodeado por tres lados por quebraduras y torrentes, bastante reducido para ser completamente dominado por la cadena principal, á la que se unía por un largo y estrecho desfiladero que conducía á la cresta del Norte. Aquel desfiladero, turbulento río en otro tiempo, ofrecía en su desembocadura el aspecto de haber sido levantado por tierras de aluvión y amontonamientos de escombros,—conformación reproducida en miniatura por las excavaciones en la boca de los túneles de minas, abiertos en los flancos de la montaña. Entonces se daba uno cuenta de un hecho, harto á menudo olvidado por los habitantes de la meseta de las Aguilas, á saber: que no se podía llegar al valle, oculto en el fondo, sino empezando por subir todavía antes de bajar, puesto que el único camino existente atravesaba la cadena por un punto más elevado. Nunca había impresionado tanto á la joven aquel singular itinerario, como en el momento de volverse para contemplar la meseta; creyó leer la confirmación visible de una convicción que se había apoderado de su espíritu aquella misma mañana. ¿Era, pues, necesario, para tener la intuición perfecta de un destino más elevado, el elevarse uno mismo, y los que se detenían en el camino no percibían las cimas con tanta claridad como los más humildes que se quedaban en el llano?

Tan profundas reflexiones no impidieron, sin embargo, á Kate coger los helechos y las purpurinas bayas de que gustaba, ni observar con su mirada tranquila y atenta ciertos fenómenos climatéricos que se producían en torno de ella. Desde luego, una extraña densidad en la atmósfera, que, á pesar de

interceptar el calor del sol, no disminuía perceptiblemente la transparencia del aire. A lo lejos, los nevados picos aparecían claros, pero se les hubiera dicho bañados por la luz de la luna; el mismo sol, sin que la menor bruma ó nubecilla le velase, parecía palidecer. Pronto un roce de alas, el rápido vuelo de aves mayores bajo la maleza, el paso furtivo de algún animal invisible en la espesura, llamaron su atención por el hecho mismo de aquellos rumores inusitados en parajes consagrados á una silenciosa soledad. A Kate no la inspiraban ningún temor las bestias feroces; había vivido bastante tiempo en la montaña para saber que el transeunte no tiene nada que temer de animales á los que no molesta, y continuó tranquilamente su paseo.

Descendía por un sendero escarpado cuando un roce de ramas la hizo estremecer. El ruido parecía venir de la vertiente opuesta, poco más ó menos al mismo nivel del que ella se encontraba, y según toda apariencia, en el mismo camino que ella iba á seguir. El rumor se repitió varias veces, pero cada vez más bajo, como si un cuerpo pesado descendiera paulatinamente. Esperando ver aparecer algún tronco desarraigado ó alguna roca desprendida, la joven se detuvo. De repente, el follaje se abrió bruscamente y un oso enorme desembocó en el sendero, medio corriendo, medio rodando; cincuenta pasos más de una y otra parte, y Kate y el animal se encontrarían frente á frente.

La señorita de Scott no gritó, ni se desvaneció, ni siquiera tuvo miedo. Aquella bestia corpulenta y estúpida no le parecía muy aterradora. Sin embargo, sorprendido por la caída de un canto con que tropezó el pie de la joven, el oso se detuvo á su vez, se enderezó lentamente sobre su cuarto trasero y se puso á mirarla con sus ojillos asombrados. Sin apresurarse, naturalmente, puesto que la cerraba el paso, Kate se bajó, cogió una piedra y se la tiró diciendo: «¡Chut, vete!» Le pareció muy sencillo que el animal obedeciese y verle volverse hacia su guarida con su paso vacilante y pesado hasta des-

aparecer como un grotesco fantasma de encantamiento. Sin embargo, después de haberle perdido de vista por completo, se sintió de repente conmovida y turbada, y, volviéndose precipitadamente, tomó de nuevo el camino de la casa, sobrecogida de un ligero temblor y estremecimiento á cada roce de las hojas. Cuando hubo llegado á la portada de rocas no sabía ya si estaba temerosa ó satisfecha por haber corrido aquella aventura, pero se prometió no hablar de ella á nadie.

El frío continuaba siendo intenso. La luz de pleno mediodía seguía disminuyendo, y cuando la joven hubo llegado á la meseta vió una nube opaca, parecida á la de una tormenta, cernirse en el horizonte sobre las nevadas cimas. No obstante la glacial temperatura, aquel recuerdo de las calurosas tardes de verano parecía estar de acuerdo con el verde valle que sonreía á sus pies y con la delicada hierba que iba hollando. Con un apóstrofe medio burlón, medio indignado contra los caprichos del clima, Kate se apresuró á entrar en la casa.

### III

Kate observó, no sin asombro, que el piso bajo de la habitación estaba completamente desierto, mientras en el principal repercutía un rumor inusitado de pasos recios y apresurados. Vió huellas polvorientas en el suelo tan limpio del vestíbulo, y en el primer escalón una gota de sangre. Súbitamente alarmada, olvidándose de todo, gritó con ansiedad el nombre de su hermana. Un roce discreto de faldas respondió á su llamamiento, y Josefina descendiendo con rapidez, con un dedo en los labios, se llevó silenciosamente á Kate á la sala, cerró la puerta y se apoyó en ella. Tenía en su mano un papel arrugado; una ligera sonrisa vagaba en sus labios.

—No te asustes—dijo tendiendo el papel á su hermana.— Pero lee esto. Acaban de traerlo hace un momento.

Kate reconoció la letra clara y firme de su cuñado. Leyó

precipitadamente: «La diligencia ha sido asaltada y saqueada la noche última. No hay ningún herido. Yo no he perdido más que el tiempo, porque este asunto me retiene aquí hasta mañana. Enviadme á Manuel con un caballo de repuesto. Estad tranquilas. Como el dador da un rodeo para entregaros este pliego, cuidado de que no le falte nada.

—¿Y bien?—exclamó Kate impetuosamente.

—Pues bien, parece que en la cresta del Norte los bandidos han tirado sobre el dador y le han herido en una pierna. Afortunadamente un amigo suyo, que salía á su encuentro, le ha recogido y le ha traído aquí, el lugar más próximo al sitio del atentado. Está allí arriba, en el cuarto de los huéspedes, con su amigo que no le abandona. No quiere dejar entrar ni á mamá. Ha sido contenida la hemorragia con los instrumentos y los medicamentos encontrados en la farmacia de John, y ahora que recuerdo, Kate, he aquí una ocasión de mostrar tu arte y si te ha aprovechado de veras tu curso de ambulancia. Tal vez será preciso extraer la bala..., distíngüete.

Kate miraba á su hermana con curiosidad. Ligeramente coloreaba las pálidas mejillas de la joven, y sus ojos dulces y serenos tenían una animación extraordinaria. Nunca había estado tan seductora.

—¿Por qué no enviar á Manuel á buscar inmediatamente al doctor?—preguntó Kate.

—Sabes que vive á quince millas de aquí por lo menos; además, no se encuentra á Manuel. Tal vez ha marchado para recoger el ganado; han hablado de nieve, es absurdo.

—¿Quiénes son esos hombres?—preguntó Kate pensativa.

—Se dicen «amigos», como si esto constituyera una profesión ó una posición social. El herido era, por lo menos así lo creo, uno de los pasajeros de la diligencia asaltada.

—¿Pero qué aspecto tienen?—añadió Kate.—¿El de todo el mundo, naturalmente?

Josefina se encogió de hombros.

—El herido, cuando no se desvanece, se ríe. El otro tiene

grandes bigotes negros y un aire extraordinariamente sombrío.

—¿Qué vamos á hacer?

—¿Qué quieres que hagamos? Aun sin la recomendación de John, yo no podría en manera alguna negar hospitalidad á un desgraciado herido. Lo tendré aquí, no hay para qué decirlo, hasta la vuelta de mi marido. Verdaderamente, Kate, empiezo á creer que tus prejuicios te extravían hasta el punto de hacerte dura y de querer echar á esas pobres gentes. Pero... no, perdona, es que las quieres demasiado... Tranquilízate, querida, y no temas exponerte á las fascinaciones del trovador herido ó á las seducciones del apuesto tenebroso; este último es tan tímido como pocos, y ni siquiera se atrevería á mirarte.

En este momento se oyeron en el rellano de la escalera vacilantes pasos, cesaron, deshicieron el camino y volvieron á acercarse; después se oyó un ligero golpe en la puerta.

Kate se apresuró á abrir, con profunda consternación de un hombre alto de atezado cutis, que se disponía ya á batirse en retirada. No obstante su turbación, tenía realmente muy buen aspecto; sus largos bigotes eran ligeros y sedosos como bucles de niño, y Kate observó involuntariamente que la mano que los atormentaba con ademán nervioso, era blanca y fina.

—Perdón—balbuceó él sin levantar los ojos,—buscaba á la señora anciana...; yo... ruego que me perdonen... no sabía que... las señoritas..., que alguien..., deseaba únicamente..., quería manifestarlas que... mi amigo...

Se paró en seco al ver la sonrisa que se dibujaba en los labios de Josefina, y su rostro tostado se puso rojo de cólera.

—Espero, señor, que su amigo no está peor—se apresuró á decir la señora de Hale, con mayor amabilidad que de ordinario para corregir la sonrisa.—Mi madre está ausente en este momento, pero ¿no podemos nosotras—mi hermana—reemplazarla?

A la presentación, el desconocido, sin mirar á Kate, respondió con un saludo que, aunque breve y encogido, no era, sin embargo, ni torpe ni descortés.

—Gracias, es usted demasiado buena; mi amigo se siente un poco más fuerte, y si pueden ustedes prestarnos un caballo, trataré de transportarle hasta el alto antes de esta noche.

—¡No trate usted de llevárselo tan pronto!—dijo Josefina con tono de adecuada protesta, en la cual notó su hermana, sin embargo, un acento de sinceridad;—esperen ustedes por lo menos hasta mañana á que haya vuelto mi marido.

—No estará aquí mañana—dijo vivamente el extranjero.—Se mordió los labios y añadió en seguida:—Quiero decir que sus asuntos le detendrán; así me lo ha indicado mi amigo.

Kate había notado la vacilación y la corrección; vió también que ambas cosas se habían escapado á su hermana.

—¿Cree usted que el Sr. Hale no podrá venir?—preguntó ella.

El extranjero se volvió bruscamente hacia ella:

—Creo—dijo mostrando por la ventana la densa nube que Kate había observado—que nieva ya en lo alto y que, si la nieve baja hasta el desfiladero, quedará éste bloqueado. Por esto es urgente que nos marchemos sin demora.

—Pero si mi marido no puede pasar á causa de la tormenta, tampoco pasarán ustedes—replicó Josefina;—valdría más permitirnos hacer nuestros posibles para cuidar á su amigo en lugar de exponerlo en su estado á los riesgos de una marcha precipitada. Mi hermana no pide otra cosa que una ocasión de ostentar su talento en cirugía—añadió con dulce malicia desconocida para Kate y que le causó tanta sorpresa como embarazo.—¿No es verdad, querida?

Sin ignorar que su silencio no debía ser interpretado de una manera benévola, la joven no pudo resolverse á formular la menor frase de disculpa cortés ante aquella proposición que le producía un indecible malestar. Permanecía callada y sin moverse. El extranjero, sin preocuparse de su actitud, dirigió una rápida ojeada por la habitación.

—Es imposible—dijo.—Es preciso que marchemos. El caso es que me he adelantado á pedir los caballos. Deben estar en-



sillados. Tenga usted la seguridad—añadió con acento de convicción alzando los ojos para mirar á Josefina y apartándolos en seguida,—tenga usted la seguridad de que le devolveremos el caballo lo más pronto posible y que... no olvidaremos sus bondades. Se calló y se dirigió hacia el vestíbulo.—He bajado ya á mi amigo, está ahí y desea también dar á usted gracias antes de marcharnos.

Las dos mujeres siguieron al extranjero, y se encontraron, echado en un canapé de paja, al herido, cuyo cuerpo, delgado y delicado, estaba oculto bajo los amplios pliegues de una manta mejicana de color oscuro. Su rostro afeitado le daba un aspecto de adolescencia desmentido, sin embargo, por ciertas arrugas en la frente y las comisuras de los labios. Bajo su palidez se adivinaba un sufrimiento real, pero sus ojos brillaban de alegría y de malicia. La soltura de sus maneras contrastaba de un modo extraño con el sombrío embarazo de su compañero, y, por decirlo así, era el único del pequeño grupo reunido en el vestíbulo que pareciese por completo libre de preocupaciones.

—Es algo impertinente el hacer que vengan todos ustedes á despedirme—dijo con una risa sonora y comunicativa;—pero este Ned me ha traído en brazos hasta aquí y quería pasearme por toda la casa, como á un niño, para que me despidiera. Perdónenme ustedes, señoras, que no me levante; pero por el momento me encuentro, en cuanto á las piernas, como una sirena fuera del agua. Ned—añadió lanzando á su amigo una mirada de inteligencia,—Ned quiere marchar, y yo marchó, pero no sin haber antes saludado á la señora anciana. ¡Ah! aquí la tenemos.

Con inmenso asombro de Kate, no solamente dejó pasar su hermana aquella familiar alocución, sino que vió á su madre avanzar con solicitud y tratar de hacer que renunciase el enfermo á sus proyectos, con todas las expresiones de la más viva simpatía y apoyándose en su edad y en su experiencia para amonestarle.

—No es esta mi casa—dijo mirando á su hija,—pero si lo fuera, no consentiría que saliese usted de ella, ni hoy, ni hasta el día en que estuviera usted completamente fuera de peligro. ¡Josefina! ¡Kate! ¿en qué pensais para permitirlo? Pues bien, lo prohibo yo. Quieto aquí, ¿lo oye usted?

Kate se preguntaba, no sin temor, si se habían vuelto locas ó si aquel extranjero sombrío y su compañero, con su odiosa familiaridad, las habían embrujado. Cierto que el segundo estaba herido y que los más elementales principios de humanidad ordenaban el socorrerlo; pero ¿por qué su madre, que no quería permanecer en la misma habitación de Whiskey Dick cuando venía á hablar de arrendamientos, se despojaba de su autoridad para estrechar la mano de un desconocido? ¿Por qué su hermana, que se negaba á dar dos dedos á los visitantes de la comarca, contemplaba efusión semejante con plácida aprobación?

El herido se llevó la mano de la señora de Scott á los labios; después, poniéndose serio, intentó incorporarse.

—Imposible, señoras. Es preciso acabar. Tu brazo, Ned. Pronto. ¿Están ahí los caballos?

—Dios mío — dijo la señora de edad,— se me ha olvidado decir á ustedes que no se encuentra un caballo en ninguna parte. Manuel ha debido tomar el último para correr tras el ganado. Pero volverá más tarde ó más temprano, y si mañana...

El herido volvió á sentarse.

—¿Manuel es un servidor de ustedes? — preguntó con repentino interés.

—Sí.

Los dos amigos cambiaron una rápida mirada.

—¿Marcado en la mejilla izquierda, bebedor empedernido?

—Sí—dijo Kate.—¿Le conoce usted?

El herido recobró su acento burlón.

—No es bueno fiarse demasiado de los borrachos—replicó.

—Habrá que contentarnos con nuestras cabalgaduras. Ned, ¿estás dispuesto?

—Sí.

El herido hizo un movimiento para levantarse y volvió á caer pesadamente. Se había desmayado.

Esponánea y simultáneamente, las tres mujeres se precipitaron hacia él.

—Ya ve usted que no se puede marchar — dijo Kate con firmeza.

—Estará mejor dentro de un momento.

—Tal vez, pero no durará. ¿No hay, pues, nada en el mundo que pueda hacerle cambiar á usted de decisión?

— Sí, por cierto — dijo el extranjero amargamente. ¡Eso!

—¿La lluvia?

— A una milla de aquí esa lluvia es nieve, y antes de que podamos llegar al relevo, el camino se habrá puesto impracticable.

Acompañó sus palabras con un gesto involuntario que parecía aceptar una inevitable derrota, y se volvió lentamente hacia su amigo; éste recobraba el conocimiento merced á los solícitos cuidados de que era objeto.

—He aquí una manera como cualquier otra de irme—murmuró con voz débil todavía.—Para lo que hago aquí, lo mismo será la carretera.

—Ya no hay modo de hacer nada — replicó su compañero en tono breve.—El camino quedará bloqueado para nosotros y los caballos antes de llegar á la Portada.

—¿Para cualquier caballo?—preguntó Kate.

— Para todos, hombres y animales. Por donde no podemos salir, nadie puede entrar — replicó el extranjero como si hubiese adivinado el pensamiento de la joven.—Me temo que no vea usted á Ha...—á su señor hermano mañana por la mañana. Pero iré á efectuar un reconocimiento en cuanto pueda hacerlo, sin torturar á éste — añadió, mirando al herido con inquietud.

Aún no había hablado tan seguido á la joven, y por primera vez la contemplaba cara á cara. Su timidez y su torpeza

habían de repente cedido el puesto á una resignación mal humorada, menos embarazosa, pero igualmente poco halagüena para sus huéspedes. Levantando suavemente á su compañero en sus brazos, como lo hubiera hecho con un niño, desapareció con él por la escalera, precedido de la señora de Scott, que llamaba á la India y daba todas las señales de una extrema solicitud.

Cuando estuvieron solas las dos hermanas, Josefina interpelló á Kate:

—Si no fuera porque nuestros forasteros se muestran tan deseosos de marcharse como tú de despedirlos—dijo,—me hubiesen indignado tus maneras inhospitalarias. No te comprendo, Kate. ¿No son precisamente éstos de los que tú me censuras que no trato con bastante benevolencia?

—Pero, en suma, ¿quiénes son?

—¿Qué sé yo? Ya has leído la carta de tu hermano.

Josefina, cuando hablaba de su marido, le llamaba de ordinario por su nombre de John.

La habilidad completamente femenina con la cual acababa de recordar el parentesco de su hermana con el amo de la casa, descargándose de una parte de responsabilidad é iniciativa, no dejaba de ser significativa. Kate se sintió en falta y tuvo remordimientos.

—Digo únicamente que ni siquiera sabemos sus nombres.

—¿Y qué? Yo no creí que eso fuese necesario para ofrecerles un lecho y la cura. ¿Crees tú que el buen samaritano preguntase cómo se llamaba al judío moribundo, y piensas que el levita hubiera disculpado su sequedad de corazón diciendo que los ladrones no habían dejado al desgraciado su tarjetero? ¿Acaso tu manual de ambulancia, en el reglamento referente al capítulo de accidentes, prescribe el «acostar primero al paciente boca arriba y hacerle declinar después su nombre y apellidos»? En resumen, querida; si lo prefieres, llama al uno Jorge y al otro Ned.

—Vaya, vaya; sabes perfectamente lo que quiero decir,

Josefina—respondió Kate encogiéndose de hombros.—¿Cuál es Jorge?

—El pobre herido. No el que se puso á hablar contigo más que con ninguna de nosotras—para amansarte.—Leía su despedida en tu frente.

—¡Cuánto me alegraría de que John estuviese aquí!— exclamó la joven.

—Aun en ausencia de mi señor y dueño, no tenemos gran cosa que temer de gentes que no tienen más que un deseo: marchar. Si lo que te preocupa es la cuestión de conveniencias, querida Kate, me parece que la presencia de nuestra madre es una salvaguardia suficiente, aunque, á decir verdad, su actitud, respecto del enfermo, no esté libre de toda censura—añadió Josefina con un ribete de malicia, que parecía un reflejo de su alegría de colegiala. Después dijo con más gravedad:—Haremos lo que podamos, y mientras tanto...

—Voy á ocuparme de prepararles la habitación de mi cuñado...

—Eso es; mamá había tenido la misma idea. Es mayor, pueden ponerse dos camas, y como Ned no quiere dejar solo á su amigo, será más cómodo. Pero, dime, Kate, si no sales ¿por qué no te mudas de traje? Ese está muy bien cuando nos encontramos solas...

—¡Cómo!—interrumpió Kate indignada.—¿Acaso te figuras que voy á ir á visitarle?

—Podría muy bien suceder á falta de médico. Él está muy agitado y anda por toda la casa como un perro que ha perdido á su amo.

—¿Quién es ese *él*?

—Ned. Pero es preciso que vaya á velar por su bienestar. El herido debe estar ya acostado—dijo Josefina subiendo rápidamente la escalera, después de haber hecho un gesto cariñoso á su hermana.

Descontenta y disgustada, Kate se decidió á ir en busca de su madre; pero la buena señora se encontraba ya al lado

del herido, y la joven se alejó con presteza de aquella habitación, convertida tan pronto en el centro de todas las atracciones, más irritada y más sola que nunca lo estuviera. En cuanto entró en su cuarto corrió á la ventana, ese eterno refugio de los espíritus turbados, y se puso á mirar maquinalmente hacia fuera. Cuando su mirada cayó sobre el punto hacia el cual había dirigido su paseo matutino, se sintió súbitamente deslumbrada. Se frotó los ojos, después limpió con su pañuelo el cristal oscurecido por la lluvia. No era una ilusión. El paisaje familiar se había transformado en un vasto campo de una blancura unida y mate. Árboles, rocas, vertientes, hasta el horizonte, todo había desaparecido. Un gran mar inmóvil, sin sombras y sin olas, llenaba el espacio y extendía como un pálido sudario entre ella y el mundo exterior. Inmediatamente alrededor de la casa, la verde meseta, con sus prados en declive y su franja de pinos y algodonereros, semejaba una isla primaveral en medio de un océano de hielos.

El insensato deseo de contemplar aquel fenómeno más de cerca y calcular mejor la extensión y los límites de su dominio súbitamente circunscrito, se apoderó de Kate de un modo tan imperioso, que habituada á obrar siempre bajo el impulso del momento, se puso á escape un abrigo impermeable con capucha y se deslizó sin que la vieran fuera de la casa. La lluvia caía sobre el camino en cuesta que seguía; pero una milla más lejos, más allá de la gran arcada de rocas, una espesa cortina formada por giratorios copos velaba el paisaje conquistado de pronto por el invierno. Apresurando el paso con febril impaciencia, la joven no tardó en llegar á la portada de granito, única salida de la meseta de las Águilas; á la primera ojeada vió que una blanca muralla la cerraba herméticamente. Kate sabía que el sendero subía por la vertiente opuesta después de franquear el angosto pasaje, y que, por consiguiente, lo que tenía delante no era otra cosa que la montaña de la que había bajado el oso, pero invertida ya por la nieve que acababa de cerrar la única salida. Sin tomar aliento corrió hacia

el punto más alto de la meseta, una elevada roca que se alzaba detrás de la casa cortada á pico sobre el valle; se inclinó ansiosa sobre el vertiginoso abismo, buscando algún resquicio desconocido ú olvidado; pero fue en vano. El granítico arco era el único medio de salir de su dominio, el solo camino que conducía al llano. Contempló largo rato la nieve que giraba ante la arcada, y su imaginación sobreexcitada concluyó por ver las movibles mallas de una red mágica y fatal, tejida por manos invisibles é inexorables, haciéndose más tupida de minuto en minuto para mantenerla prisionera.

Conmovida y turbada, volvíase por fin, cuando vió á algunos pasos delante de ella al extranjero Ned, absorto también en la contemplación de la nieve. Se había encapillado el poncho negro bordado de plata, y el ala de su ancho sombrero de fieltro blando, levantada por el viento, dejaba al descubierto sus cabellos negros y rizosos sobre su frente atezada. Tenía así un tipo muy apuesto y muy pintoresco, sin estudio ni afectación. Nada en su aspecto ni en su traje parecía en desacuerdo con el medio en que se encontraba, ni—por lo que Kate podía juzgar—con sus costumbres y su posición. Sin embargo, decidió al punto que era *demasiado* apuesto y *demasiado* pintoresco, sin pensar que juzgaba de aquel hombre únicamente con arreglo á los limitados puntos de vista de su experiencia pasada.

Cuando el extranjero volvió la cabeza se encontró enfrente de la joven.

—Las cosas no tienen traza de mejorar mucho—dijo él tranquilamente, como si la fuerza mayor é inevitable hubiese de repente calmado su impaciencia.—Todavía es peor de lo que yo me había imaginado. La nieve ha debido comenzar la noche última; tiene aspecto de querer continuar.

Calló; después, fijando su mirada en la de Kate, añadió gravemente:

—¿Sabe usted lo que esto significa?

—No comprendo.

—Me lo figuraba. Pues bien, esto significa que está completamente interceptada toda comunicación entre el mundo exterior y esta meseta. A esta hora la nieve tiene cinco pies de altura en el único sendero por el cual se puede entrar ó salir de aquí; espero que no la asuste á usted, señorita, porque realmente no hay ningún peligro material. Una casa como esta debe estar aprovisionada, y en cuanto á lo que afecta á usted personalmente, debe haber no tan sólo lo necesario, sino hasta lo supérfluo. Tenemos á la mano leña, agua, ganado, caza; pero, durante quince días por lo menos, vivirá usted en un aislamiento completo.

—¡Durante quince días!—exclamó Kate palideciendo.—¿Y mi hermano?

—A esta hora debe saber toda la verdad y sentirse tan tranquilo respecto de la seguridad de usted, como usted de la suya.

—¡Durante quince días!—repitió la joven.—No es posible. Encontraré algún medio de llegar hasta aquí.

—Lo deseo—respondió gravemente el extranjero,—porque lo que sea posible para él lo será también para nosotros.

—¿Así, pues, tiene usted mucha prisa por marcharse?—preguntó Kate casi involuntariamente.

—Extraordinaria.

Esta afirmación, sin ser descortés en el tono, era, sin embargo, bastante poco galante en la forma para causar á la señorita de Scott una sorda irritación. Antes de que hubiese replicado una palabra, añadió el extranjero:

—Suceda lo que quiera, espero que recordará usted que he hecho cuanto estaba de mi parte para evitar el permanecer aquí un minuto más de lo necesario, sin exponer á mi amigo, en el estado en que se encuentra, á perecer entre la nieve en el camino.

—Ciertamente—dijo Kate;—después añadió con vacilante torpeza: Espero que estará pronto curado.—Se calló, y apresurando el paso, volvió á decir tras una pausa: Es preciso que comunique á mi hermana tan enojosa noticia.



—Creo que la encontrará usted preparada, señorita. Si yo puedo ser á usted útil, disponga de mí. Pudiera ser que me encontrase en condiciones de prestar á usted algunos pequeños servicios. El primero de todos será el de explorar cuidadosamente todos los alrededores de esta meseta, porque sin duda nada podría serle á usted más agradable como desembarazarse de nosotros; además sé manejar el fusil, y el bosque se llenará de la caza que la nieve expulsa de la altura. Permítame que la indique algo en lo que no ha reparado usted.—Se detuvo y señaló con la mano á la joven una especie de excrecencia cubierta en el flanco de la montaña, protegida por escarpadas rocas, y que se destacaba verde y sombría sobre la blancura circundante. Aquel promontorio parecía poblado de objetos agolpados y que se movían.—Son animales salvajes que huyen de la nieve—añadió el extranjero. El mayor de todos es un oso negro; vea usted una pantera, lobos, gatopardos, una zorra y cabras monteses.

—¡Qué grupo tan mal avenido!—dijo la joven en voz baja.

—La desgracia les ha reunido. Están harto espantados para molestarse.

—Pero se devorarán entre sí más adelante—replicó Kate echando una mirada furtiva á su compañero.

Este alzó de pronto sus ojos negros y sorprendió aquella mirada.

—¿En tal asilo?... ¡No!—dijo sencillamente.

#### IV

Como lo había previsto el extranjero, Kate encontró á su hermana perfectamente al tanto de la situación. Un somero inventario de sus recursos y de sus medios de existencia había ya demostrado que la guarnición estaba aprovisionada y podría soportar un sitio más largo todavía.

—Según parece, no es este un acontecimiento tan extra-

ordinario—dijo Josefina á su hermana.—No sé quién, en no sé donde, se vió bloqueado por la nieve durante cuatro semanas, y la misma posada del puerto no siempre es abordable. John hubiera debido informarse antes de comprar esta propiedad; el caso es que casi me avergüenzo de confesar que ignoraba esta particularidad del lugar, pero prefiere siempre sus teorías á la experiencia de los demás. Sin embargo, á excepción de nuestro correo que nos faltará, no sufriremos demasiado. Esto servirá de lección á John, si bien el Sr. Lee asegura que no hay que compadecerle, pues desde el punto en que se encuentra puede dirigirse á donde le plazca, salvo á su casa.

—¿El Sr. Lee?—preguntó Kate.

—Sí, el herido. El otro se llama Falkner. Para darte gusto me he informado de sus nombres, y puedo presentártelos en regla. Había en Chaslestown unos Falkner muy distinguidos, ¿te acuerdas? He pensado que podrías inducirle á que te refiriera su parentesco, ya que estás en tan buenas relaciones con el de los bigotes. Por lo demás, es providencial que estos hombres estén aquí, porque no tenemos ni un solo caballo en la cuadra, y Manuel ha desaparecido. El Sr. Lee opina, sin embargo, que no puede estar muy lejos, puesto que ellos no le han encontrado en el camino.

—¿Ha dicho algo más acerca de Manuel?

—No; pero empiezo á ser de tu opinión y á no tener confianza en él. También es este uno de los frutos del sistema de John, que se obstina en emplear á los naturales del país, dispuesto á sufrir los inconvenientes.

Falkner cumplió lo ofrecido y se encargó del modo más natural de atender á los trabajos de la casa, ayudado únicamente por el chino que se había quedado, y bajo la inmediata inspección de Kate. Ella vió en seguida que si el huésped entendía perfectamente las cosas de caballos, ignoraba por completo todo lo concerniente al arreglo de las granjas y de los establos, y los más vulgares detalles de una administración rústica. Pero la reserva y la desconfianza de la joven cedieron

ante la franca y familiar asociación de ambos; hablaron sin embarazo y con libertad sobre mil asuntos relacionados con su extraña situación. Falkner daba pruebas de un saber vasto, de una intuición rápida de todas las cosas, y se expresaba sin pedantería y sin dogmatismos; Kate, que desconfiaba habitualmente de toda versatilidad de espíritu, admitía, no obstante, que las apreciaciones de su compañero no eran ni menos justas ni menos cuerdas por recaer sobre un número mayor de ideas, y que llegaba á sus deducciones con una sencillez grave y reflexiva, desprovista de toda ostentación. La conversación de Falkner, más pintoresca que la de John, era también menos interesante; el cuñado de Kate tenía siempre el dón de hacerla callar.

Cuando Falkner y la joven volvieron al interior de la casa, el primero no se detuvo en la sala, sino que se dirigió en seguida á la habitación de su amigo. Cuando la comida estuvo servida con alguna más ceremonia que de costumbre, las dos hermanas se asombraron al recibir un recado de Falkner, que las rogaba le dispensaran de que no comiera con ellas; prefería permanecer al lado del herido, lo cual, además, simplificaría el servicio.

—Eso no es más que timidez—dijo Josefina á Kate confidencialmente.—No debemos permitirlo.

—Estoy dispuesta á hacer compañía á esa pobre criatura mientras coma el Sr. Falkner—dijo la señora de Scott con bondad.

—Demasiado dispuesta, mamá—replicó Josefina amenazándola en broma con la mano.—Esa pobre criatura, como usted la llama, no cumplirá ya los treinta y cinco años.

—Ni cumplirá los treinta y seis—repuso la anciana—si no le dejas más tranquilo. Habla demasiado cuando estás á su lado.

—Hay que distraerle. Necesita otra compañía distinta de la de su lúgubre amigo, con su cara de entierro y sus bigotes de duelo—dijo Josefina con singular animación.—No espere

usted que les deje mucho tiempo juntos. Vamos, ven, Kate, ven á examinar al paciente y á contrarrestar con tu prudencia los funestos efectos de mi frivolidad.

El instinto de Josefina veía más claro que la cordura de su madre. Los ojos del enfermo se animaron en cuanto vió á los dos jóvenes, y se hizo evidente que su exuberante vitalidad reclamaba un estimulante moral para recuperar mejor sus fuerzas físicas. Animada con la ayuda seria y práctica de Falkner, Kate se atrevió á emprender el examen de la herida de Lee. Le pareció menos grave de lo que hubo creído en un principio; la gran efusión de sangre era debida á la rotura de varios vasos pequeños debajo de la rodilla, pero ni el hueso ni la arteria habían sufrido nada. Una nueva hemorragia ó un acceso de fiebre eran los únicos accidentes temibles, y uno y otro podían combatirse con la cura y simples precauciones.

El contagio de la inalterable alegría del paciente, su buen humor y su paciencia durante la manipulación de la pierna herida, la espiritual originalidad de sus salidas y la libertad de su lenguaje, corregida por un tacto natural, concluyeron por vencer la resistencia de Kate del mismo modo que habían ya cautivado á su madre y á su hermana. No pudo menos de reírse durante aquella cura que había emprendido por deber; tomó parte en la hilaridad causada por los fingidos terrores de Lee, inspirados por el papel de cirujano que ella desempeñaba cerca de él, y hasta se ofreció á quitarse los vendajes para ayudarla á encontrar el dedal que él la acusaba de haber ocultado subrepticamente en la herida para dar materia á nuevas experiencias.

—Debería usted extender la clientela, señorita—dijo.—No sabe usted las soberbias ocasiones que podrían proporcionar Ned y un pedazo de jabón dejado al descuido en el peldaño más alto de la escalera, y preveo la posibilidad de grandes operaciones quirúrgicas en el uso inteligente de una cáscara de naranja. Unicamente advierto á usted que éste no será tan dócil como yo. Pero atráigale usted bajo un montón de nieve,

hiélele, y en tal estado haga usted ensayos para resucitarle por el deshielo.

—¿No lo has intentado ya, Kate?—preguntó á media voz Josefina.

—Hoy se usa mucho el hielo para suprimir el dolor en las operaciones—se apresuró á añadir Lee, acudiendo en ayuda de Kate, con su aplomo habitual.—Yo mismo he conocido á un hombre en Strawberry que se hundió en la nieve por la caída de un trineo cargado de madera. Aturdido por el golpe se helaba lentamente, cuando, con un esfuerzo sobrehumano, consiguió desprenderse, á excepción de su pierna derecha, cogida bajo un tronco. Afortunadamente, su hacha se encontraba á su alcance, y algunos golpes asestados sobre el tronco le libertaron completamente.

—¿Y le salvaron la vida?—preguntó la señora de Scott, que escuchaba con el mayor interés.

—Sí; pero á costa de su pierna izquierda, pues no era otra cosa el tronco que había partido—replicó Lee sin pestañear.—Después, observando que había herido la susceptibilidad de la señora, se apresuró á cambiar de conversación, y, merced á sus esfuerzos, no se volvió á turbar en la velada la armonía de la reducida tertulia reunida al lado de su lecho. El azotar de la lluvia en los cristales y el chisporroteo del fuego en la chimenea prestaban un nuevo encanto al aislamiento, y únicamente cuando la señora Scott se levantó diciendo que ya era tiempo de dejar descansar al enfermo, se fijaron todos en lo avanzado de la hora. Cuando la puerta se hubo por fin cerrado, después de la última mirada tierna y compasiva de las dos hermanas, Falkner se dirigió á la ventana y contempló en silencio la obscuridad de la noche. De repente se volvió hacia su amigo y exclamó:

—¡Esto es el infierno, Jorge!

Lee, con la sonrisa en los labios, volvió perezosamente la cabeza.

—¿Por qué? Si no fuera por la madre, que es la única per-

sona absolutamente perfecta aquí, que ni pide ni exige nada, sería, por el contrario, en extremo curioso. Las otras dos desean emociones,—se las dan. Hale, el marido quiere darse importancia persiguiéndonos;—pues bien, ya lo ha hecho—y todavía le he de proporcionar, por añadidura, otra ocasión de distinguirse antes de decirle mi última palabra. Ese idiota de mensajero, que se metió en lo que no le importaba al encargarse de la carta, ha encontrado el medio de cambiar una bala conmigo; también él ha recibido lo suyo, según me imagino, y no pide más. Tú has hecho todo lo posible para levantar el campo y has conseguido que esa puritanita esté en camino de adorarte.

—Sea, pero esta comedia que representamos, Jorge, está...

—¿Qué comedia? ¿Quién la representa? Tú le has dicho ya nuestros nombres.

—Yo no podía mentir. Por lo demás, nada han averiguado con eso.

—¿Crees tú que serían más felices con saber toda la verdad? ¿Piensas que esa tierna y encantadora mujercita se hubiera mostrado tan contenta como lo estaba hace un momento si le hubiésemos dicho que su marido ha sido indirectamente la causa de que la conozcamos? ¿A quién engañamos? ¿En dónde está la comedia? ¿En el agujero que tengo en la pierna? Si hubieras estado cinco minutos bajo las diabólicas manos caritativas de esa joven, dirías que es bastante real. ¿En la tentativa que hemos hecho para alejarnos? ¿En la eventualidad de que Hale vuelva y nos encuentre? Todo esto me parece de una realidad bastante. Vamos, amigo Ned, reconcentra tu elevada inteligencia en la investigación de estas verdades.

Falkner no respondió. Hubo un intervalo de silencio, durante el cual se veía el movimiento de los hombros de Jorge agitados por una risa loca.

—Imagínate—dijo por fin—á la señora de Hale presentándome ceremoniosamente á su esposo. Yo le señalo una silla, sin dejar de apuntarle bajo las mantas con mi pistola. Tú, azo-

rado, abandonas tus ocupaciones pastoriles, acudes, te precipitas en mi cuarto con una hoz en una mano, la damisela de la otra, y mientras tanto la excelente mamá, que no comprende nada, es del parecer de cada uno, y nos contenta á todos.

—¡No seré yo quien vea eso!—dijo Falkner con tono sombrío.

—Ya; tú eres capaz de subirnos sobre un caballo, á las dos mujeres y á mí, y arrebatarnos al galope. Sí, sí, no te defieras; te conozco, amigo... Escucha, Ned—añadió el herido con más seriedad,—no hay más engaño que la de haber traído á la mujer el billete del marido, y á ti se te ocurrió la idea. Pensabas que la carta disiparía las sospechas; yo perdía demasiada sangre, tú querías á toda costa salvarme la vida, y has entablado la partida. Hubieras hecho mejor en acceder á lo que te proponía; adosarme á un árbol bajo cubierto, y dejarme. Me quedaba aún bastante fibra para soltar todavía dos ó tres tiros, y después... ¡qué importa! Ayer, hoy, mañana, la primera vez que vuelva á salir á los caminos, ó dentro de un año, es preciso que se cumpla el destino, es inevitable.

El acento de Jorge carecía de amargura; continuaba sonriendo. Falkner, sin decir una palabra, puso su mano sobre las mantas, Lee la estrechó, y así permanecieron unos instantes.

—¿Cómo acabará todo esto?—dijo al cabo de un rato Falkner.—No puede durar, sin embargo.

—¿Por qué no? Si estamos encerrados aquí, preciso será que dure. Sé, pues, razonable, Ned. No tengo intención de llevarme de esta casa sino lo que he traído, ó lo que voluntariamente se me ofrece; pero el diablo me lleve si, eso aparte, pretendo hacerme pasar por mejor de lo que soy. Esto es lo que me dispensa á mis ojos de declarar *quién* soy. No conozco ninguna ley que obligue á un hombre el comunicar al primero que se presente qué compañía acaba de dejar, ó proclamar la última acción que ha cometido. ¿Crees tú que estas lindas damas nos revelan todas sus historias? ¿Piensas que esa especie

de San Juan Bautista en el desierto esté canonizado en el hogar conyugal? ¡Vamos! Si yo me tomara la libertad de inmiscuirme en sus asuntos, como él lo ha hecho en los míos, demostraría lo contrario. No te echo en cara tus susceptibilidades, Ned. Son naturales. Cuando un hombre se sale fuera de las leyes de su jurisdicción, se desquita mostrándose excesivamente quisquilloso en cuestiones de etiqueta mundana. En cuanto á mí, me encuentro bien aquí. Me acuesto mejor en una cama que no he hecho, que en la mía. Buenas noches.

Al cabo de algunos instantes, dormía con el sueño profundo y apacible de aquella adolescencia cuyo eterno privilegio parecía haber conservado. Falkner, de pie junto á su cabecera, le contemplaba atentamente, siguiendo con la mirada las juveniles facciones del rostro de su amigo, la sombra de sus pestañas oscuras, el brillo de su blanca dentadura que asomaba por entre sus labios entreabiertos por una respiración igual y lenta. Solamente algunas arrugas en la frente y junto á la boca, revelaban el paso de los años y una madurez á la vez activa y puesta á prueba.

Toda la casa parecía sumida en el más absoluto reposo. Falkner volvió hacia la ventana y permaneció inmóvil contemplando la tempestad que continuaba. De pronto apagó bruscamente la luz, avanzó más que deprisa hacia la cama y apoyó una mano en el hombro del durmiente. Lee abrió instantáneamente los ojos.

—¿Duermes?

—No.

—Tratan de penetrar en la casa.

—¿No *él*, el marido, eh?—dijo Lee riendo.

—No, dos hombres; dos mejicanos, según creo. Uno de ellos se parece á Manuel.

—¡Diablo!—exclamó Lee enderezándose.

—¿Qué?

—¿No comprendes? cree que están solas las mujeres.

—¡Miserable bandido!



—¡Ah, perdona! Habla con más miramientos de uno de mis hombres, si te parecé, y dame mi pistola; descuelga también esa fusta que cuelga de la pared y ponla á mi alcance. Ahora, vuelve á encender la luz y abre la puerta. Déjales subir tranquilamente. Aquí es á donde vendrán primero—es el cuarto de Hale,—en donde probablemente encontrarían *cumquibus*, si lo hubiera; además da paso á la habitación de las mujeres. Yo me encargaré de Manuel, ocúpate de su compañero.

—Entendido.

—Manuel conoce los sitios y pasará el primero. En cuanto haya entrado en el cuarto cierra la puerta, y ¡hala, sobre el otro! Sobre todo, nada de ruido para que nadie se alarme. Si sale bien será graciosísimo.

—¿Pero tú, Jorge?

—Si no me encontrara en estado de dar mate á ese tunante sin desarreglar mis sábanas, me tiraría de las orejas. ¡Silencio! ¡Atención!

Lee se estiró, cerró los ojos y simuló dormir; pero su mano derecha, colocada como al descuido bajo la almohada, apretaba la culata del arma. La luz proyectaba un pálido resplandor sobre el piso y la pared opuesta, dejando en la sombra el resto de la habitación.

La lluvia y el viento, cuya violencia redoblaba, turbaban únicamente la paz del exterior. Jorge parecía haber realmente sucumbido al sueño que aparentaba; los innumerables é inexplicables rumores de una casa en la que todos duermen hubieran podido engañar á un oído menos práctico que el del herido, pero éste no se engañó ni por un instante respecto del débil ruido que no parecía ser sino el crujir de una madera, y, cuando una cabeza cubierta de un bosque de crespos cabellos, apareció en el umbral del cuarto, Lee la esperaba como si la hubiera visto acercarse. Un minuto más y se dibujó entera la silueta de un hombre. Inmediatamente se cerró la puerta; se oyó el ruido de una lucha, de un cuerpo pesadamente

arrojado contra la pared del corredor; después cesó casi en seguida. La sombra se volvió, cogió más que de prisa el pestillo de la puerta, pero de pronto reculó con espanto al escuchar una voz tranquila que salía de la cama:

—Deja eso, y ven aquí.

El nocturno visitante se estremeció y exhaló una exclamación sorda. Los ojos del durmiente estaban de par en par abiertos; un brazo armado de una pistola se tendía hacia él.

—Silencio, ó suelto el gatillo y te paso.

—¡Basta, capitán!—balbuceó el mulato, petrificado por la sorpresa y el miedo. No sabía que estuviera usted aquí.

Lee se incorporó y, cogiendo el látigo con su mano izquierda, exclamó:

—¡Quieres callarte!

El hombre retrocedió aterrorizado hasta la pared.

—Abre esa puerta—dijo Lee—sin hacer ruido.

Manuel, pues él era, obedeció temblando.

—¡Ned!—llamó Jorge en voz baja—tráeme al otro en seguida.

Falkner entró con el segundo malhechor, cuyos ojos parecían que iban á salirse de las órbitas á consecuencia de lo que le apretaban la garganta los crispados dedos de Falkner.

—¡Silencio!—dijo Lee de repente—¡Ni una palabra!

En medio del silencio se oyó abrirse una puerta en el fondo del corredor, y la voz dulce de la señora de Scott preguntó con inquietud:

—¿Ocurre algo?

Tranquilizando á Falkner con la mirada, amenazando á los bandidos con un gesto, Lee respondió con su tono alegre y bromista:

—Absolutamente nada, señora, sino es que Ned ha estado á punto de echar la casa abajo al querer buscar algo en mi maletín colocado en el vestíbulo.

—Celebraré que no se haya hecho daño—dijo una voz fresca y algo burlona.

Lee hizo un signo á su amigo para que respondiera.

—No, gracias, no ha sido nada, nada, gracias—balbuceó Falkner con un azoramiento que no era en modo alguno fingido.

Todavía se oyó un ligero murmullo de voces femeninas, después el ruido de una puerta que se cierra, luego nada. Lee se volvió hacia Falkner.

—Desarma á ese tunante—dijo—y échale fuera, pero nada de escándalo. Tú, Manuel, enseña á tu colega á lo que se expone si se le ocurre volver á asomar su hocico por aquí.

Manuel dirigió á su cómplice una mirada llena de ruegos y de alarmas, más elocuente que todas las exhortaciones. Falkner se apoderó de su prisionero, le echó al pasillo, después silenciosamente desapareció en la escalera llevándole por delante.

—Déjeme marcharme, capitán—suplicó Manuel con angustia.—Le juro por todos los santos del Paraíso.

—Cierra la puerta.

El miserable no se atrevió á desobedecer.

—Ahora—añadió Lee con una franca sonrisa de satisfacción, colocándose á gusto y sin soltar el látigo y la pistola,—ahora hablemos tranquilamente. Una charla amistosa, ¿eh? Tienes mala cara, Manuel. Apostaría á que bebes demasiado... Eso es malo para el cutis.

—Déjeme marchar—repitió el mulato, tranquilizado por aquella actitud benévola y sin observar el siniestro brillo que despedían los ojos de su interlocutor.

—Pero acabas de llegar, Manuel, y no sin dificultad. ¿No tienes nada que decirme? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué venías á hacer?

El bandido no contestó sino con un gruñido.

—Comprendo tu timidez. Veamos si yo puedo ayudarte. Sabías que Hale estaba ausente, que no volvería y que estas tres mujeres se encontraban aquí solas, sin un hombre para defenderlas. Esperabas encontrar dinero y hacer tu agosto. ¿No es esto?

El tono benévolo de Lee inspiró confianza á Manuel; desgraciadamente le alentó también para familiarizarse.

—¡Qué diablo, capitán! me dije que bien podía trabajar una vez por cuenta propia y divertirme un poco. Cuando uno es de la misma profesión, se entiende uno; entre compañeros no se ponen obstáculos, ¿eh, capitán?—dijo insolentemente.

—Acércate.

—¿Para qué?

—Acércate, te digo.

Manuel avanzó tres pasos presa de una inquietud repentina.

—Un solo grito que dé la alarma y, por Dios vivo, el primero que entre en este cuarto atraído por el grito te encontrará muerto sobre este suelo que has manchado.

Lee dió dos ó tres vigorosos fustazos en las espaldas del miserable, el cual, convulsionado por el dolor, pero sin atreverse á exhalar un solo gemido, cayó de rodillas.

—Escúchame bien—dijo Lee, agitando aún la fusta de una manera siniestra.—Voy á refrescarte la memoria. ¿Te he enseñado, cuando estabas bajo mis órdenes, antes de haberte expulsado vergonzosamente por ser indigno de alternar con las personas honradas, te he enseñado á entrar con fractura en las moradas pacíficas? Responde.

—No—balbuceó el bandido.

—¿Te he enseñado á robar á las mujeres y á los niños, y á atacar á los hombres nada más que cara á cara.

—No.

—¿Te permití jamás tocar á una mujer, joven ó vieja, para acariciarla ó maltratarla?

—No.

—Entonces, mi pobre Manuel, es lo que yo temía. La vida bucólica de los campos ha pervertido tus instintos. Lo veo bien. Te marchabas con el ganado de la Granja y el caballo de tu amo cuando la nieve te ha cerrado el camino; entonces se te ocurrió la luminosa idea de esta escapatoria. Otro error,

mi buen Manuel; en otro tiempo no te consentía tener ideas, ¿eh?

—No, capitán.

—¿Quién es tu compañero?

—Un asqueroso negro del puerto, un bribón indecente.

—Soy de tu parecer, ¡pero qué quieres! no tenía un modelo muy brillante. ¿A dónde va?

—Al infierno, me es igual.

—Entonces, vete á unirte á él. Si hay un medio de salir de esta meseta, lo empleas ó lo buscas. Te doy dos días para desaparecer con tu compañero. Después, la consigna será disparar sobre vosotros donde os encuentren. Ahora, quítate tu calzado.

El sombrío rostro del bandido palideció visiblemente; sus dientes castañetearon con supersticioso terror.

—Vamos, no te mataré hoy—dijo Lee riendo.—Te dejo la eventualidad de morir en tus botas (1), si es lo que deseas. Te propongo simplemente que las cambies por ese par de Hale que veo ahí abajo. Esa manera que tienes de llevar los calcetines encima de los zapatos me parece una moda tan nueva como elegante.

Manuel se descalzó lentamente y cambió sus botas por las que Lee señalaba.

—Está bien, abre la puerta.

El bandido obedeció. Falkner le esperaba ya en el umbral.

—Suelta á Manuel con el otro, Ned, después de haberle desarmado, por supuesto. Podrían pelearse. Esa costumbre de llevar armas—añadió Lee mientras Falkner quitaba al mulato un revólver y un cuchillo—excita á la violencia y no está en armonía con las costumbres rurales y patriarcales.

En cuanto Falkner hubo cumplido su misión, se apresuró á volver cerca de su amigo.

—¿Es prudente—le preguntó—dar libertad á esos conde-

---

(1) «Morir en sus botas», sinónimo de muerte violenta entre los arrieros y mayorales del Sudoeste, y objeto de una temerosa superstición.

nados? ¡Ah! cuando pensaba en lo que esos foragidos venían á intentar aquí, me costaba trabajo aflojar los dedos.

—Querido Ned—respondió Lee estirándose voluptuosamente bajo las sábanas con un ligero estremecimiento de placer ocasionado por el calor,—ponte en guardia contra los prejuicios que el orgullo de una esfera más elevada te inspira respecto de los humildes miembros de nuestra profesión. En cuanto á mí, te confieso que el argumento de Manuel me ha parecido irrefutable, cuando me indicó que me metía en lo que no me incumbía, al oponerme á ciertos actos primitivos que tienen en el fondo la misma razón de ser que los procedimientos empleados por los amigos del orden.

—¡Jorge!—exclamó Falkner enojado.

—Sea. Admito que es un poco tarde para prolongar un diálogo puramente metafísico, y debes estar cansado. Pero desde el punto de vista práctico era prudente despachar á esos dos antes de que se hubieran asegurado de dos cosas: una, nuestras verdaderas relaciones con estas señoras; otra, cuántos somos. A la hora presente, nos creen cinco ó seis, por lo menos, y se imaginan que estamos instalados con la autorización de la dueña de esta casa.

—¡Bandidos!

—Nos hacen el mayor favor que puedan imaginarse al juzgarnos como pillos más astutos que ellos. Eres muy difícil de contentar, Ned.

—¿Pero y si se escapan y descubren lo que ha pasado?

—Entonces tendremos la exquisita satisfacción de considerarnos mejores que nuestra reputación. Esconde esas botas de Manuel en sitio del que podamos volverlas á sacar si tenemos necesidad de probar su visita nocturna; es inútil decir nada que asuste á estas señoras, no hay temor de que vuelvan esos pillastres.

—¿Y si se nos escapan?

—¡Bah! ¡siempre habrá tiempo de encontrarlos!

—¿Y si Manuel habla y da la alarma á la autoridad?

—¿Con esas botas dejadas en nuestras manos como pieza de convicción? Vaya, buenas noches, Ned. Vete á acostar.

Lee se volvió contra la pared y reanudó en seguida su sueño interrumpido. Falkner no se apresuró á imitarle. En cuanto estuvo seguro de que su amigo dormía en efecto, abrió con cuidado la puerta. No parecía escuchar, pero su mirada contemplaba un débil rayo de luz que se veía en el corredor ante la puerta del cuarto de Kate. Le observó en silencio hasta que se extinguió bruscamente; después, dejando su puerta entornada, se echó vestido en la cama: el movimiento despertó á Lee, que comenzaba á experimentar los primeros síntomas de la fiebre. Se agitó penosamente.

—¡Jorge!—dijo Falkner en voz baja.

—¿Qué?

—¿En dónde vimos cierta noche sombría una antigua capilla solitaria, en la que la lámpara que ardía en el altar de la Virgen proyectaba sus rayos á través de los cristales sobre el camino oscuro?

Después de algunos minutos de un silencio desesperante, Jorge dijo con sardónico acento:

—¿Quieres decir con eso que tienes ganas de encender la luz?

—No.

—Entonces no te entretengas en inventar jeroglíficos sacrílegos, y duerme.

Al día siguiente por la mañana, la fiebre del enfermo había aumentado. Josefina, llena de sentimiento y simpatía, le dijo con dulzura:

—Sabía que no ha pasado usted una buena noche, aparte del incidente de su amigo, porque le he oído hablar á usted mucho tiempo después, y Kate afirma que la puerta de ustedes ha estado entornada hasta el amanecer. ¿Pero también usted, señor Falkner, tiene un poco de fiebre?

Jorge miró con curiosidad á su amigo. De pálido que era habitualmente, se había puesto como la grana.

(Se concluirá.)

BRET HARTE.

# POETAS AMERICANOS

---

## SALMO DE COMBATE

---

A Camilo Arriaga.

Ya es la hora que se escucha  
Rumoroso en los confines  
Del gran campo de batalla  
Tras los muros y el baluarte,  
El sonido estrepitoso  
De los épicos clarines  
Que ya anuncian la presencia  
De los vástagos de Marte.

A lo lejos ya levantan  
Espantosa polvareda  
Los magníficos corceles  
Do cabalgan los dragones;  
Y se miran áureas cotas  
Destacarse en la arboleda,  
Y armaduras relucientes  
Con sus góticos blasones.

Ya se acercan, ya es la hora,  
Empuñemos presurosos



Los aceros centellantes  
Que alcanzarán la victoria,  
Y volemos á la lucha  
Como leones furiosos,  
Arrancando con denuedo  
Los laureles de la gloria.

ALFONSO ZEPEDA WINKFIELD.

Méjico, 1900.

# EL CONGRESO PANAMERICANO EN MEJICO

(22 OCTUBRE 1901.—31 ENERO 1902)

(CONTINUACIÓN)

La expedición á Puebla y Orizaba duró desde el viernes 15 de Noviembre en que los Delegados salieron de la capital hasta el 23, en que regresaron. Puebla los recibió de gran gala, y como llegaron de noche hubo espléndidas iluminaciones y gran serenata. En el Casino Español la fachada principal se hallaba adornada con la bandera española rodeada de todas las de las Repúblicas latinas. Hubo recepción solemne en el Colegio de Estado, inauguración de una Exposición regional, banquete con nuevos brindis, visita á las fábricas y á los establecimientos públicos, función de Ópera, y en los obsequios dejó grata impresión el magnífico espectáculo de los adelantos de Méjico, de que era prueba halagadora el progreso industrial de aquel Estado. No dejó de notarse que la palanca del gran progreso agrícola, metalúrgico é industrial del Estado de Puebla es, en su mayor parte, debido á los estímulos de la numerosa colonia española, que forma una parte muy importante de su población total. Las ricas haciendas de *San Isidro, San Bartolo, Santo Domingo, Santiago, Mexhla, Cuacuolcoyán, San Jacinto y Guadalupe*, cuyos exquisitos productos estaban representados en la Exposición de Puebla, eran y son de colonos espa-

ñoles; los ingenios de *Colón, Tatetla, Atencingo*, las fábricas de harinas, alcoholes, almidones, artes suntuarias, mueblaje, etc.; de la *Noria*, el *Carmen*, el *Puente*, la *Cama elegante*, etc., etc., de colonos españoles, y de colonos españoles las fábricas de hilados y tejidos de algodón, lana y seda, estampados, etc., que llevan por nombres en aquel Estado mejicano *Covadonga, El Valor, Santa Cruz, La Alsacia, La Tlaxcalteca, La Guía, La Independencia, La Carolina, El Volcán, Santo Domingo, Economía, Santa Elena, San Luis, Asturiana, El Alto, Josefina, Concepción, San Agustín, María, Mayorazgo, Esperanza y San Juan*. Los congresistas visitantes pudieron observar en el Estado de Puebla que en un cuadro tan variado, extenso é importante de industria fabril, sólo existe en aquel Estado una sola fábrica de tejidos que no es de españoles: la titulada *El León*, de unos colonos franceses que llevan por razón social *Lyons hermanos*. Muchos de los Delegados de nuestra sangre quisieron visitar á Cholula, que tantos recuerdos entraña de la época épica de la conquista y en donde todavía encontraron conservadas como inmortales monumentos del heroísmo español la casa de Hernán Cortés, el ara en que se dijo la primera misa en Méjico y otros recuerdos históricos de que son aún vivo museo la antigua ciudad de los 365 templos y el rico distrito de los 70.000 propietarios.

Tras las animadas excursiones á Attizco, á Metepec, al Cerro de San Juan y á Loreto, el 19, los Delegados salieron para Orizaba, con la única excepción del norteamericano Senador Davis, que no quiso continuar la expedición y se volvió á la capital. De la visita á Puebla quedó el discurso del Delegado de Chile Walker Martínez contestando al del Gobernador del Estado en el banquete que éste ofreció á los congresistas: «Los Delegados á la segunda Conferencia Panamericana, decía, no hemos llegado á Méjico trayendo los presentes hebráicos del oro y de la mirra; pero traémosle una ofrenda de más precio y más alta valía: traémosle la adhesión fraternal de todas las Repúblicas que representamos. Para cumplir digna-

mente esa misión necesitábamos penetrar al interior del país, recorrer sus hermosos valles, ascender sus atrevidas montañas, acercarnos á sus pueblos progresistas á fin de sentir y dejarles sentir los latidos de corazones eminentemente americanos. Vuestra invitación á visitar el Estado que tan dignamente gobernáis, nos ha facilitado, en consecuencia, ilustre General, el desempeño de nuestra misión Panamericana. Y nos ha proporcionado además intenso placer, porque en las veinticuatro horas que llevamos de permanencia en Puebla han desfilado ante nuestros ojos como un panorama amplísimo los monumentos del arte antiguo, que dan testimonio de la grandeza tradicional de esta ciudad, los establecimientos de instrucción pública, que ponen de manifiesto su alta cultura y elevadas tendencias de su expansión intelectual, las poderosas manifestaciones de sus multiplicadas industrias, que la colocan al nivel de las más laboriosas metrópolis: en suma, hemos visto lo suficiente para formarnos juicio perfecto de que el Estado de Puebla está ya sobre los rieles que le conducen por un camino de segura y vigorosa prosperidad. Nuestro recuerdo de Puebla será, pues, imborrable, y han de perdurar también en nuestra memoria para transmitirlos á nuestros Gobiernos y para hacerlos conocer de nuestros conciudadanos, los votos que acaba de formular el Sr. Gobernador, porque de hoy en adelante presida en las relaciones de la América tan sólo el sentimiento de la fraternidad. De hoy en adelante — tomo estas palabras del Sr. Gobernador, porque sintetizan el más juicioso pensamiento político—de hoy en adelante debe abrirse un nuevo horizonte para el Continente que habitamos.»

Pero Orizaba no había de ser sino una reproducción de las emociones de Puebla. Orizaba no tiene la variedad de industrias de que los españoles del moderno coloniaje han dotado á Puebla. En Orizaba el espectáculo admirable es el de la naturaleza: su vegetación variada y exuberante y los esquilmos de tan opulenta vegetación. La industria principal que de ella emana es la de las manufacturas del yute; mas el yute, como

es sabido, ha alcanzado tal perfección en sus tejidos, que con él se imitan los de los más preciosos lanajes.

Desde la hermosa ciudad del Estado de Veracruz, los congresistas volvieron á reanudar los trabajos de su incumbencia, y en la tarde del sábado 24, después de quince días de descanso y distracción, se reunieron las diez y nueve comisiones que entendían en las varias cuestiones que formaban el programa de la Conferencia, á fin de disponer la sesión del día siguiente. Estas diez y nueve comisiones eran: La de *Arbitraje y Tribunal de Arbitraje*, compuesta de diez y nueve miembros (1).—La de *Navegación marítima y fluvial*, de siete.—La de *Comercio y reciprocidad*, de nueve.—La del *Tribunal Panamericano de equidad y reclamaciones*, de siete.—La del *Ferrocarril Panamericano*, de nueve.—La de la *Reorganización de la Oficina de las Repúblicas americanas*, de cinco.—La de *Leyes Internacionales*, de siete.—La de *Extradición y protección contra la anarquía*, de cinco.—La de *Reciprocidad bancaria y monetaria panamericana*, de siete.—La de *Reglamentación sanitaria*, de siete.—La de *Patentes, marcas de fábrica, pesas y medidas*, de tres.—La de *Ejercicios profesionales y relaciones literarias*, de tres.—La de *Recursos y estadística*, de siete.—La del *Canal interoceánico*, de cinco.—La de *Agricultura y Comercio*, de cinco.—La de *Reglamentos y credenciales*, de tres.—La que se encargará de decidir y preparar *la futura Conferencia Panamericana*, de cinco.—La de *Medidas generales de provechos mutuos*, de siete; y la de *Redacción y revisión de las actas de las sesiones*, de tres.

(1) Componían esta Comisión: Por la *Argentina*, Sr. Antonio Bermejo.—*Brasil*, Sr. J. H. Duarte Pereira.—*Colombia*, Sr. Carlos Martínez Silva.—*Costa Rica*, Sr. J. B. Calvo.—*Chile*, Sr. Alberto Blest Gana.—*Ecuador*, Sr. L. F. Carbó.—*Santo Domingo*, Sr. L. F. Carbó.—*Salvador*, Señor Dr. Estupinian.—*Estados Unidos*, Sr. W. I. Buchanan.—*Guatemala*, Sr. Antonio Lazo Arriaga.—*Haití*, Sr. J. N. Leger.—*Honduras*, Sr. Fausto Dávila.—*Méjico*, Sr. Emilio Pardo.—*Nicaragua*, Sr. F. L. Corea.—*Paraguay*, Sr. Cecilio Báez.—*Uruguay*, Sr. Juan Cuestas.—*Venezuela*, Sr. José Gil Fortoul.

La Delegación de Méjico, que había trabajado en la preparación de la Conferencia, desde el primer momento de su constitución definitiva presentó un extenso *Informe*, dividido en capítulos, sobre cada una de las *recomendaciones* que de la Secretaría de Estado del Gobierno de Washington se le habían transmitido como problemas á resolver, emanados de los que quedaron pendientes de la primera Conferencia internacional panamericana reunida en 1889. Entre estas recomendaciones se hallaba la *Unión monetaria entre las naciones de América*, cuya resolución había sido aceptada en la sesión del 7 de Abril de 1890; la *Unión aduanera de las naciones de América y los tratados de reciprocidad*, que aunque se reconoció irrealizable, la Conferencia de Washington la aprobó en su sesión del 12 de Abril del mismo año; la *Uniformidad de los derechos de puerto*, aprobada en la sesión del 10 de Abril; la *Nomenclatura común de mercancías*, que lo había sido en la sesión del 10 de Febrero; las demás *Incidencias de los asuntos aduaneros*, que aunque los aprobó también en bulto la Conferencia de Washington, estaban en su totalidad en pugna con las Ordenanzas generales de Aduanas de todos los países hispanoamericanos; el *Ferrocarril intercontinental*, que aprobado en la sesión del 23 de Febrero de 1900, ni ha salido todavía, ni saldrá en lo sucesivo del estado soñoliento de canuto de langosta; el *Establecimiento de líneas de vapores que favorezcan el tráfico mercantil*, y las *medidas uniformes sobre los servicios de las comunicaciones telegráficas y postales*, materia que la Conferencia de Washington recomendó también en 1900, y en la que, sobre todo en la primera, en toda América funcionan multitud de compañías, que aún radican en el Golfo de Méjico, en los puertos del Atlántico ó del Pacífico, y llevan toda clase de banderas, estando aún en suma minoría la de los propios Estados Unidos. La *Uniformidad de pesos y medidas*, las *Patentes de marcas de fábricas* y las cuestiones de *Derecho internacional privado*, también fueron objeto de las resoluciones del Congreso Panamericano de Washington y del Informe

presentado al de Méjico por la Comisión organizadora de esta capital, pues los acuerdos de 1900 no habían tenido gran eficacia en los doce años transcurridos, y probablemente las nuevas resoluciones del de 1901 irían poco más allá en el terreno donde se excluyen las fantasías imaginarias y los platonismos poéticos.

\*  
\* \*

LIBRARY OF THE  
BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

El Congreso, al reanudar sus sesiones, quedó constituido en la forma que determinaban los acuerdos tomados en la sesión del día 2 de Noviembre. La votación que para los cargos de la mesa en ella se hizo, no careció de detalles interesantes. El General Reyes, queriendo desenojar á los Estados Unidos por su brindis en favor de España en el banquete de la Municipalidad, fue el primero que se levantó para proponer al Delegado y senador norteamericano Mr. Henry G. Davis para Presidente efectivo de la Conferencia, «como un deber de cortesía, según dijo, que se imponía á las Repúblicas iberoamericanas, por ser el jefe de la Delegación del país á quien se debía la parte importante que había tomado en la reunión de las dos Conferencias de Washington y de Méjico, y que, por razón de su lengua, aparece entre todos los pueblos de la América, aquí representados, como un huésped». «Además de este deber de cortesía, añadía, hay razones de gran peso para obrar de esta manera, y entre ellas apunto el reconocimiento que todos estos pueblos hacen del poder civilizador de la gran República del Norte, poder que confían se usará siempre en el sentido de ayudarles á su engrandecimiento y bienestar, bajo los amplios principios de independencia, justicia y libertad.» Mr. Charles M. Pepper, en ausencia de Mr. Davis, sin embargo, no sólo no aceptó para sí el cargo, sino que lo renunció para todos sus compañeros de Delegación, y al dar las gracias, en su nombre y en el de su país, anunció que «su

anhelo supremo en su representación en aquella Asamblea era, como el de los Estados Unidos que lo había delegado en ella, la paz, la concordia y el progreso de las Repúblicas *libres y soberanas* de que el Congreso se componía». A continuación, el Delegado del Ecuador, D. Luis Felipe Carbó, propuso al Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos, Mr. John Hay, para una Presidencia de honor, lo que por unanimidad fue acordado. De modo que la mesa efectiva había quedado formada por el Presidente definitivo de la Conferencia, el Sr. Licenciado D. Jenaro Raigosa (Méjico); por el primer Vicepresidente de la misma, D. José Hyginio Duarte Pereira (Brasil); y por el segundo Vicepresidente, D. Baltasar Estupinian (San Salvador).

Sobre los *Informes* de la Delegación de Méjico, las Comisiones ya indicadas habían desempeñado por sus respectivas secretarías y agregaciones técnicas los dictámenes de las cuestiones que les concernían: de modo que en la sesión del día 27 se sometió á la Conferencia la aprobación del proyecto del *Ferrocarril internacional*, de cuya Comisión era Presidente el Senador norteamericano Davis. No hay que decir que esta cuestión venía ya estudiada desde los Estados Unidos, y que podía considerarse como una de las que formaban para las intenciones de este país uno de los *clous* del Congreso Panamericano. En la sesión del 23 de Febrero de 1890, celebrada por la Conferencia de Washington, este proyecto se presentó sólo como una opinión, y la resolución que sobre él tomó aquella Asamblea se redactó de la manera siguiente:

«La Conferencia Internacional Americana opina:

»Primero. Que un ferrocarril que ligue todas ó la mayor parte de las naciones representadas en la Conferencia, contribuirá poderosamente al desenvolvimiento de las relaciones morales é intereses materiales de dichas naciones.

»Segundo. Que el medio más adecuado para preparar y resolver su ejecución, es el nombramiento de una Comisión Internacional de ingenieros que estudie los trazados posibles,



determine su verdadera extensión, calcule sus costos respectivos y compare sus ventajas recíprocas.

»Tercero. Que dicha Comisión se componga de tres ingenieros nombrados por cada nación y que tenga la facultad de dividirse en subcomisiones y de nombrar los demás ingenieros y empleados que repute necesarios para el pronto desempeño de su cometido.

»Cuarto. Que cada uno de los Gobiernos adherentes pueda nombrar, á su propia costa, comisionados ó ingenieros con el carácter de auxiliares de las subcomisiones encargadas de los estudios seccionales del ferrocarril.

»Quinto. Que la vía férrea, en cuanto lo permitan los intereses comunes, debe ligar las ciudades principales que se encuentren á inmediaciones de su trayecto.

»Sexto. Que, si la dirección general de la línea no pudiese desviarse con el objeto indicado en el artículo anterior, sin gran perjuicio, se estudien ramales que vinculen esas ciudades al tronco del camino.

»Séptimo. Que á fin de disminuir el costo de la obra, se aprovechen las vías férreas existentes, en cuanto sea posible y compatible con el trazado y condiciones del Ferrocarril Continental.

»Octavo. Que, en el caso de que los trabajos de la Comisión demuestren la practicabilidad y conveniencia del ferrocarril, se llame á propuestas para la construcción de la obra en su totalidad ó por secciones.

»Noveno. Que la construcción, administración y explotación de la línea, sea de cuenta particular de los concesionarios, ó de las personas con quienes subcontrate la obra, ó á quienes transmitan sus derechos con las formalidades del caso, previo el consentimiento de los Gobiernos respectivos.

»Décimo. Que todos los materiales necesarios para la construcción y explotación del ferrocarril sean libres de derechos de importación, sin perjuicio de las medidas necesarias para impedir los abusos que pudieran cometerse.

»Undécimo. Que las propiedades, muebles é inmuebles pel ferrocarril, empleados en su construcción y explotación, sean exentos de todo impuesto nacional, provincial y municipal.

»Duodécimo. Que la ejecución de una obra de tanta magnitud merece, además, ser estimulada con subvenciones, concesiones de terrenos, ó garantía de un mínimun de interés.

»Décimotercio. Que los sueldos de la Comisión, así como los gastos que demanden los estudios preliminares y definitivos, sean costeados por todas las naciones adherentes en proporción á sus poblaciones respectivas, según los últimos censos oficiales, y, en defecto de censos, por acuerdo entre sus propios Gobiernos.

»Décimocuarto. Que el ferrocarril sea declarado neutral á perpetuidad, con el objeto de asegurar el libre tráfico.

»Décimoquinto. Que la aprobación de los proyectos, las condiciones de las propuestas, la protección á los concesionarios, la inspección de los trabajos, la legislación de la línea, la neutralidad del camino y el libre paso de las mercaderías en tránsito sean, en el caso previsto por el art. 80, materia de convenciones especiales entre todas las naciones interesadas.

»Décimosexto. Que, así que el Gobierno de los Estados Unidos reciba la adhesión de los demás Gobiernos á este proyecto, los invite para nombrar la Comisión de ingenieros á que se refiere el art. 20, á fin de que ella se reúna en esta ciudad á la mayor brevedad posible.»

Posteriormente, el 4 de Diciembre del mismo año se convocó en la capital federal de los Estados Unidos á los que habían formado la Comisión del proyecto de este ferrocarril. Esta Comisión, hasta el 22 de Abril de 1901, celebró diez y ocho conferencias, aunque á ellas no concurrieron representantes sino de once Repúblicas; pero todos sus trabajos se habían reducido al envío de ingenieros para el acopio de datos é informes, de que desde entonces en toda América se han publicado noticias numerosas, pero no compactas. El informe de

la Comisión, presidida por Mr. Davis, y presentado á la Conferencia de Méjico el 27 de Noviembre último, después de un extenso preámbulo decorativo, terminaba por las siguientes conclusiones:—1.<sup>a</sup> Que un ferrocarril que ponga en relación las naciones representadas en el Congreso Panamericano, contribuirá poderosamente al desarrollo de las relaciones materiales y de los intereses de las mismas.—2.<sup>a</sup> Que el ferrocarril, según los intereses comunes lo permitan, deberá conectar las principales ciudades de América.—3.<sup>a</sup> Que si la dirección general no puede ser desviada para tocar las principales ciudades, se deberán construir líneas troncales que las unan á la vía central.—4.<sup>a</sup> Que con objeto de que el costo de la construcción sea el menor posible, se deberán utilizar las vías ya existentes, siempre que su posición sea compatible con la dirección general del camino.—5.<sup>a</sup> Que todo el material necesario para la construcción y operación del ferrocarril deberá ser declarado libre de todo derecho de importación, tomándose, sin embargo, ciertas medidas para evitar abusos.—6.<sup>a</sup> Que la propiedad real ó exmuelle del ferrocarril, empleada en la construcción y operación de la vía, se declarará exceptuada de todo pago de contribución nacional, de estado ó municipal.—7.<sup>a</sup> Que la construcción de una obra de semejantes magnitudes deberá ser ayudada por medio de subvenciones, concesiones de tierra ó garantías de todas clases.—8.<sup>a</sup> Que el ferrocarril deberá ser declarado para siempre neutral en todos los conflictos, con el objeto de asegurar la libertad del tráfico.—9.<sup>a</sup> Que los Delegados á la Conferencia Panamericana recomienden á sus respectivos Gobiernos, de la manera más firme, hagan concesiones liberales á la empresa en la forma más aceptable para cada Gobierno.—Además, en el dictamen el Senador Davis insinuaba que *los Estados Unidos nombrarían una persona competente para que visitara todas las Repúblicas americanas y estudiase sus fuentes de riqueza, trazado de sus ferrocarriles, condiciones actuales de su comercio, tráfico en perspectiva y concesiones que estaba dispuesto á hacer cada*

*Gobierno*; y concluía diciendo que la Comisión del Congreso Panamericano que entiende en este proyecto, *habría de declararse permanente*, dándole poder para formar subcomisiones, citar á juntas y hacer todo aquello que asegurase el buen éxito de la realización del ferrocarril. Este dictamen del honorable Davis tenía todavía su broche de oro. El ferrocarril continental internacional había de ser propiedad exclusiva de los Estados Unidos, con una faja de terreno en todo su trazado para garantir esta propiedad.

La grata impresión de este proyecto debían los Congresistas saborearla con más delicia entre los vinos espumosos que aquella noche se sirvieron en el banquete ofrecido por los Delegados norteamericanos á sus demás compañeros latinos en el restaurant de Chapultepec. A este banquete fueron invitados los Ministros de la Guerra, de Hacienda, de Gobierno y Fomento del Gabinete mejicano, el Coronel Ahumada, Gobernador de Chihuahua, el General Mucio P. Martínez, Gobernador de Puebla, Mr. A. A. Robinson, Presidente del Ferrocarril Central, y otras distinguidas personas del mundo político de Méjico. Hubo natural sorpresa en las excusas del Ministro de Relaciones Extranjeras, D. Ignacio Mariscal, que no asistió. Pero sin saber si con esta abstención se relacionaría, el telégrafo de Nueva York dió noticia de que *The World* de aquel día había publicado una correspondencia de la capital mejicana en que se censuraban los actos groseros cometidos en aquella ciudad y en ciertos actos solemnes por la Delegación norteamericana, añadiendo que el Senador Davis había rehusado dar el brazo á la señora del Presidente Díaz; que las señoras de los Delegados yanquis se presentaban en traje de calle en las más encopetadas fiestas sociales á que la culta sociedad de Méjico las había invitado, y que había sonado mal en todo el pueblo mejicano la pretensión que se había tenido por parte de la Delegación anglosajona de ser hospedada en el Palacio del Gobierno. *The Sun* apuntaba otras deficiencias de urbanidad, y *The New York Herald* criticaba que el día anterior, 26;

se hubiera inaugurado una temporada de corridas de toros con brutos y toreros llevados de España, y que á la primera de estas corridas se hubiera invitado á la Delegación norteamericana.

Realmente, estas notas oficiosas de la Prensa norteamericana quedaron en Chapultepec desmentidas, como no era posible dejar de esperar, en el *toast master* del Senador Davis, cuando en su discurso expresó las solícitas atenciones que la Delegación yanqui había recibido desde su llegada á Méjico, así de su Gobierno como de todas las clases de aquella sociedad. Su peroración fue un latigazo á España y otro á las Monarquías de Europa, para realzar á sus expensas los progresos de las libres Repúblicas americanas: «Volved la vista á Centro y Sud-América, y encontraréis que, relativamente en pocos años, han sido libres y han alcanzado más progresos que en tres ó cuatrocientos años bajo el régimen monárquico. Méjico es un bello ejemplo de lo que se obtiene bajo un Gobierno libre é independiente; los pueblos son prósperos y felices, y están satisfechos. Ha habido más progreso en Méjico en veinte años que en todas las épocas anteriores. Estoy seguro de los grandes bienes que resultarán de la Conferencia Panamericana. Mostrará á las testas coronadas de Europa y al mundo entero que los pueblos de América, libres, independientes, amantes de la libertad y hablando diversas lenguas, pueden armónicamente trabajar á fin de que todos sean felices y prósperos y vivan satisfechos.»—A los mejicanos les añadía: «La política liberal y progresista de vuestro Presidente tiene el respeto y la admiración del pueblo de todas las Repúblicas americanas, y propongo que, poniéndonos en pie, brindemos por la salud y larga vida del Presidente Díaz y de sus colaboradores en los asuntos de Estado.»—Como objeto de la reunión internacional, sólo dijo: «Vosotros encontraréis que los Delegados de los Estados Unidos están dispuestos y deseosos de cooperar á todo lo que tienda á *fomentar la prosperidad comercial y política*, y os ruego que os unáis á nosotros en ayu-

dar al mantenimiento de la paz, que es el camino más seguro y verdadero para alcanzar la riqueza, la felicidad, la prosperidad y la libertad.»

El Presidente de la Conferencia, Raigosa, aprovechó el deber de la contestación para contornear bien la situación real de las nuevas nacionalidades iberoamericanas en su pasado no remoto, desde su emancipación hasta la actualidad, y sintiendo la fe de su independencia inviolable y de sus destinos ulteriores, decía: «Las naciones iberoamericanas, al emanciparse de la dominación europea, no tuvieron la fortuna, como los Estados Unidos del Norte, de nacer á la vida autónoma, ya conformados orgánicamente para el ejercicio del gobierno propio por una larga práctica preparatoria de las instituciones políticas y sociales, arraigadas en sus costumbres tradicionales y en el carácter homogéneo de sus pobladores; sino que surgieron de repente al inmediato ejercicio de la soberanía absoluta del fondo de la sumisión y del aislamiento más completos; y enfermas, además, de grave enfermedad orgánica, que las incapacitó, por largos años de doloroso sufrimiento interno, para adaptarse con el vigor debido á sus juveniles energías al nuevo medio creado por instituciones políticas de orden tan elevado como las que fundan el gobierno propio, en el pueblo, como fuente de poder, por el pueblo, como medio de su ejercicio, y para beneficio del pueblo, como único objeto y razón de ser de toda autoridad. De tan profunda diferencia en el punto de partida ha provenido en parte prominentemente la desigualdad del desarrollo material de las nacionalidades iberoamericanas en comparación con el de la gran República del Norte; pues ellas se han visto obligadas á restablecer antes que todo su equilibrio orgánico interior, para consagrarse en seguida á su propio desenvolvimiento; por lo cual no sería ni racional ni verdadero atribuir á las instituciones democráticas un estado de perturbación que ha reconocido otras causas más profundas y nocivas. El estado presente de la civilización continental, no obstante aquel pasado lamenta-

ble, y tal vez precisamente á causa de él, porque nada hay que aproxime tanto á los hombres como el dolor, ha aquilatado los sentimientos unánimes de concordia entre los pueblos americanos reunidos hoy felizmente en Conferencia internacional en esta ciudad de Méjico, para discutir y acordar resoluciones encaminadas á fomentar útilmente los grandes intereses comunes bajo la sombra bienhechora de la paz y al amparo del respeto recíproco de la soberanía é integridad territorial de cada uno. Bajo este punto de vista, señores, América, Europa, el mundo entero, está pendiente de nosotros. El momento histórico es supremo. El gran libro de la evolución humana está abierto delante de vosotros para inscribir una victoria más en la glorificación del derecho ó para añadir una corona de espinas al martirio de la justicia.»

Al Delegado iberoamericano del Norte sucedió el Delegado iberoamericano del Sur, y D. Augusto Matte, que lo era por Chile, en el extremo austral de los Andes y del Pacífico, así completaba las ideas de su antecesor en la palabra: «Como no hemos venido á reunirnos, decía, en favor de nadie ni en contra de nadie, sino con la alta mira de promover la felicidad común de la América entera y de colaborar á nuestra armonía con la Europa y con el resto de la humanidad, podemos y debemos afirmar que el pensamiento inspirador del Congreso Internacional Americano ha sido un pensamiento altamente sano y altamente generoso. Nosotros no sólo no debemos sentir que haya dos razas, la latina y la sajona, en nuestro Continente americano, sino que debemos congratularnos altísimamente de ello, como uno de los más preciados dones de que podemos disfrutar, pues una y otra raza, llevando sus aptitudes y sus manos estrechamente enlazadas, recorrerán esforzada y lealmente el camino del progreso, aportando la una su espíritu práctico y su perseverancia, y aportando la otra su espíritu estético y la riqueza de su colorida imaginación, que hace tan grata la vida. El medio de llegar entre las dos á esa hermosa armonía que todos buscamos, es reunirnos para

acordar abrir ancho sendero al cambio de productos y de ideas por medio de las redes de ferrocarril, de las líneas de vapores, del franco paso de nuestros libros, del acceso franco de los hombres de profesión de uno á otro país, etc., etc. Enseñar, por último, el inglés en las regiones del habla latina, y enseñar el español en las regiones del habla sajona, y así nos conoceremos y nos estrecharémos en intereses y en afectos.» Otro Delegado norteamericano, Mister John Barret, creyó entonces oportuno dar algunas explicaciones sobre el verdadero sentido del movimiento panamericano, como en los Estados Unidos se interpreta, y en su largo discurso dijo: «La política panamericana de los Estados Unidos es tan clara como un libro abierto. No está modificada y debilitada por convenciones secretas. En su ampliación, los Estados Unidos no asumen ningún aire de patronato. La nación no trata de hablar como «un ascendiente á sus descendientes», aunque con el mismo afecto; habla solamente como una hermana mayor á sus hermanas menores, cuando, tal vez una preeminencia en edad de República establecida, puede dar algún peso á sus consejos, inspirados por la simpatía, amor de familia é intereses comunes. A Panamérica, el pueblo de los Estados Unidos, dice que no tiene la idea de intervenir en los derechos soberanos de las Repúblicas hermanas, grandes ó pequeñas; declara que desea que ellas realicen sus deseos individuales, como lo están tratando de hacer, con las mismas simpatías, con el mismo patriotismo y orgullo nacional y con intereses recíprocos. Para el Viejo Mundo, los Estados Unidos, sin presumir de fanfarronería y con respeto á las instituciones y precedentes europeos, no le impone una prohibición de engrandecimiento territorial entre las Repúblicas del Hemisferio Occidental, que no se refiere en términos inequívocos á ellos mismos. En otras palabras, el pueblo americano intenta y ambiciona que la política panamericana de los Estados Unidos sea siempre un corolario de la regla de oro: *No hagas á los demás lo que no quieres que te hagan*. Si estas concepciones de la política paname-



ricana de los Estados Unidos, en sus relaciones respectivas con la América latina y Europa, fuese recordada por los críticos americanos y extranjeros, habría terminado todo motivo de mala interpretación y la inauguración de una nueva era de confianza y buena voluntad de las relaciones internacionales. En este punto, permitidme alabar sin restricción la doctrina Díaz—la doctrina de la Paz—tan clara é inteligentemente, delineada por el Sr. Chavero en el reciente notable banquete de la Delegación Mejicana. La genuina respuesta y el aprecio que esta declaración ha encontrado en los Estados Unidos, es un merecido tributo de nuestro país á la grandeza y bondad del Presidente de Méjico. No necesito decir que tan nobles sentimientos y principios representan igualmente la política y los fines del Presidente Roosevelt y su Gabinete acerca de la América latina.»

Aún hablaron otros cuatro oradores: el Delegado del Perú, D. Manuel Alvarez Calderón; el de Costa Rica, D. Joaquín Bernardo Calvo; el de la Argentina, D. Martín García Merrou, que brindó en inglés, y el norteamericano Charles M. Pepper, que, por más galantería, habló en castellano. Alvarez Calderón, después de hacer la apología de los Estados Unidos, añadió: «Nuestras Repúblicas saben bien que nada tienen que temer y sí mucho que esperar del pueblo que les enseñó á amar y á conquistar su libertad; que les ha dado fe en las instituciones republicanas, y que les muestra día tras día la prosperidad que se alcanza bajo su egida; del pueblo, en fin, que habiendo llegado al pináculo del poder y de la riqueza, sabe inclinarse humildemente ante la justicia, y proclama, por medio de sus más conspicuos estadistas, que *el arbitraje y el respeto á la integridad territorial de las Repúblicas de este continente* deben ser las piedras angulares del Derecho Internacional Americano. Por eso hemos acudido todos á la cita que nos dió el Excmo. Gobierno de Méjico, y estamos aquí reunidos, dando al mundo vivo testimonio de confianza y de confraternidad y haciendo una obra que convencerá en breve

hasta á los más incrédulos, de que América ha resuelto vivir en paz y fraternalmente.» Los últimos discursos no fueron más que nuevas afirmaciones sobre las mutuas aspiraciones y las mutuas garantías que allí, al parecer, se habían dado las dos razas, las dos lenguas, los dos poderes, los dos destinos.

\*  
\* \*

Hay que observar que después de tantos actos y de tantas palabras, la Conferencia Panamericana, después de más de un mes de reunión, todavía no había logrado salir de sus prolegómenos. En la sesión del 29 de Noviembre, además del dictamen de la Comisión del *ferrocarril panamericano*, habían presentado los suyos, ó habían dado cuenta del estado de sus tareas otras Comisiones, como la de *Profesiones liberales y propiedad artística y literaria*, *Medidas sanitarias*, *Reglamento y credenciales*, *Arbitraje*, *Oficina de las Repúblicas americanas en Washington*, *Futuras conferencias*, *Producción y Estadística*, *Comercio y reciprocidad*, *Derecho internacional*, *Canal interoceánico* y *Tribunal de Reclamaciones*. Y aquí conviene advertir lo que acerca de la constitución de las Comisiones había pasado. Al hacer la elección de sus miembros se había acordado que cada Comisión estuviese presidida por uno de los Delegados representantes de cada una de las Repúblicas asistentes. Estas en total eran diez y ocho, y los asuntos ó temas sobre que se habían de formar las Comisiones diez y nueve. Los norteamericanos se hicieron representar en todas las Comisiones de carácter económico, estadístico y político-internacional, y no manifestaron interés alguno en que se les incluyera en las de carácter meramente científico, jurídico, literario y social. El Senador Davis se hizo elegir para la Comisión del *Ferrocarril Intercontinental*, cuya presidencia asumió, y para la Comisión del *Banco Panamericano* y de la *Uniformidad del*

*sistema monetario*; Buchanan, para la de la promoción de *Futuras Conferencias Panamericanas* y en la de *Bienestar general*; Pepper, en las de *Comercio recíproco* y *Fuentes de producción y estadística*; Foster, en las de *Transportes marítimos*, *Reglamentos sanitarios* y *Canal Interoceánico*, y Barret, en las de *Tribunal de equidad y de reclamaciones*, *Reorganización de la Oficina de las Repúblicas americanas* y *Reglamento y credenciales para la Conferencia*. Dejaron, por lo tanto, de tomar parte solamente en las Comisiones 7.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup>, 11.<sup>a</sup>, 12.<sup>a</sup>, 15.<sup>a</sup> y 19.<sup>a</sup>, cuyos temas eran *Derecho internacional*, *Extradición y protección contra la anarquía*, *Patentes, marcas de fábrica y uniformación de pesas y medidas*, *Profesiones liberales y derechos de propiedad literaria y artística*, *Agricultura é industria* y *Redacción de las actas*. Es decir, los norteamericanos, hombres prácticos, se reservaron para sí las materias referentes á supremacía, soberanía, relaciones internacionales, estadísticas de producción y obras de pública utilidad, y dejaron para los sudamericanos la ciencia del derecho y la poesía.

Aun así y todo, en el reparto de las Presidencias hubo una omisión, que en la sesión del día 28 tuvo que tratarse á puerta cerrada. El Delegado de Venezuela, D. José Gil Fortoul, hizo conocer al Presidente de la Conferencia que la República que representaba había sido excluída del acuerdo tomado sobre las Presidencias de las Comisiones, y su Delegación no había sido designada para ninguna. Este acuerdo constituía el artículo 2.º del reglamento aprobado para el régimen de la Conferencia, que, como se veía, había sido violado. El representante de Venezuela amenazaba con no tomar la Delegación de dicho país parte en los acuerdos y votaciones del Congreso, con la única excepción de la cuestión del Arbitraje. Cuando el Presidente, Sr. Raigosa, trató de averiguar lo acontecido, el Sr. Macedo, Delegado también de Méjico, le informó de que, en efecto, no sólo aparecía eliminada de la lista de las Presidencias de las Comisiones que constaban en Secretaría la Delegación de Venezuela, sino la de Colombia también, países

que, aunque se hallaban perturbados por dos revoluciones interiores y por una guerra entre sí, no habían sido excluidos de la invitación á la Conferencia, como la República de Cuba, que aún no se hallaba definitivamente constituida, sino que, por el contrario, la Comisión competente había encontrado valederas y legítimas las credenciales con que dichas Delegaciones habían concurrido á la Conferencia. En todo esto se vió un manejo oculto inexplicable. Parecía cierto que, invitados por la Conferencia los Presidentes de las dos Repúblicas en guerra, Venezuela y Colombia, á deponer las armas, el General Cipriano de Castro, Presidente de la primera, había dado una contestación poco correcta. Y por otra parte, el Delegado de Colombia, General Rafael Reyes, con su nota en pro de España, había quedado siempre bajo el estigma del enojo que entre los anglosajones promovió. Pero, en realidad, esto no justificaba la preterición antirreglamentaria que de sus respectivas Delegaciones se había hecho, y aunque el Sr. Raigoza resolvió equitativamente la cuestión, endosando á las Comisiones ya constituidas que en su propio seno se diera solución al conflicto, quedó desde luego en el ánimo de todos la duda de las secretas intenciones que pudiera envolver semejante jugarreta clandestina, y aun se creyó por muchos que en la situación en que los maquiavelismos del Norte habían colocado las dos Repúblicas septentrionales de la América Meridional, en cuyos territorios los Estados Unidos se preparaban á intervenir militarmente, en Colombia, bajo el pretexto de la seguridad del ferrocarril del istmo y en Venezuela bajo la excusa del interés americano de la doctrina de Monroe, ante la perspectiva de un acto de agresión por parte de Alemania, á la que sin cesar se provocaba para obligarla á acudir á los instrumentos de la fuerza, cabía sospechar que en toda aquella intriga palpitaba un pensamiento semejante al que, favoreciendo y aun explotando las insurrecciones de Cuba con la añagaza de la Independencia, sometió este país á la intervención de los Estados Unidos, de cuyas garras ni ha salido ni saldrá, á pesar de su

autonomía nacional proclamada, hasta que, á fuerza de vejámenes, la misma isla solicite ser devorada corporalmente por su astuta protectora. Con la Delegación de Venezuela se llevó á cabo el acto sordo de exclusión que el Sr. Gil Fortoul denunció ante la Conferencia. Contra la de Colombia, y principalmente contra el General Reyes, tratóse hasta de crearle el ridículo, enviándole mensajeros echadizos con cartas arrancadas á la debilidad del moribundo San Clemente, en que le llamaban á la Presidencia de aquella República. El juego fue conocido, y cuando, después de la presentación de los dictámenes sobre el *Ferrocarril Intercontinental*, la burla del proyecto de los *Juegos Olímpicos*, la *Nomenclatura Comercial* de Buchanan, la delineación del *Banco Panamericano* y el *Cambio Monetario* de Davis y otros proyectos semejantes, descubrieron bien la hilaza del tisú que se tejía por la sagacidad púnica de los anglosajones del Congreso, se dividieron á principios de Diciembre las Delegaciones Panamericanas en dos partidos, principalmente sostenidos por los intereses en pugna de las dos razas, de las dos lenguas, de las dos soberanías y de las dos potencias. Unos Delegados anunciaron su retirada y otros, más prácticos, la realizaron. Entonces en la nuevas fiestas de Puebla, con ocasión de las anuales de la Virgen de Covadonga, se pronunció la reacción favorable á los que en España ponían el vínculo inquebrantable de la *maternidad* de la raza, y el General Reyes fue objeto de nuevas manifestaciones y obsequios. Estas manifestaciones se hicieron en una visita á la fábrica de tabacos denominada *La Cigarrera Mejicana*, en un banquete celebrado en *la Maison Dorée* y en las fiestas celebradas en Puebla para conmemorar la Virgen de Covadonga. En el *lunch* que se sirvió á los visitantes de *La Cigarrera*, al descorchar los vinos espumosos, hubo brindis, y el primero fue del representante del Consejo de Administración de aquella fábrica. Se pidió que le contestara el General colombiano Rafael Reyes, y su brindis, así como todos los que después se dijeron, fue un verdadero himno á España y á la raza latino-

americana. Dijo, entre otras cosas, que no debe olvidarse que el gran progreso que alcanza Méjico, lo mismo que el que tiene Chile, la Argentina y otros países de la América latina, se debía á España, que descubrió y dió su civilización á estos países. «Al contemplar—añadía—el progreso de Méjico, debido á la energía para manejar la espada de un caudillo insigne, me siento orgulloso al pensar que esta nación podrá ser el mercado de la América del Sur, sin que tenga ésta que recurrir á otros pueblos de distinta raza y que hablan de distinto modo que nosotros.» Este discurso del General Reyes fue interrumpido diferentes veces por grandes aplausos. Habló á continuación D. Telesforo García, el depositario en Méjico de los pensamientos de Castelar sobre los destinos de nuestra raza en América; y tras él brindó el Coronel del Ejército de Méjico D. Adolfo M. de Obregón, quien en su discurso dijo: «Todos los pueblos de América, incluyendo á los Estados Unidos, deben levantar un himno de gratitud á España, pues todos la deben lo que son.» Hablando después de Méjico, hizo ver cuánto debe al insigne General Porfirio Díaz, y terminó diciendo: «Por mi Patria, por mi General Porfirio Díaz, por las Repúblicas hermanas y por esa España y esos españoles á quienes debemos amor y gratitud, brindo con toda mi alma.» Este fue el tono del banquete de la *Maison Dorée* y de las fiestas de Puebla, y resonando sus ecos, así en toda la América de nuestra sangre como en la anglosajona, y repitiéndolos el telégrafo á Europa, por todas partes se creía que se acercaba la hora de la disolución de la Conferencia Panamericana antes de haber entrado de lleno en el fondo de ninguna de las cuestiones que contenía su programa.

Un redactor de *El Universal*, de Méjico, fue visitando Delegado por Delegado, para conocer sus impresiones. Los de la Argentina, el Perú, Bolivia, el Uruguay, el Paraguay, Venezuela y Guatemala, no le ocultaron que esperaban la resolución de sus Gobiernos para emprender la retirada. Estos pretextaban para tal acto la mixtificación del arbitraje en que, de

acuerdo con los de Chile, se empleaban los Delegados norteamericanos. *El Tiempo*, de Buenos Aires, daba por disuelto el Congreso antes de solucionar ninguna de las cuestiones que motivaron su instalación. «Pero ésta era—añadía—una contingencia prevista, que no podía sorprendernos á los que conocíamos las dificultades que ha habido para su reunión y los medios empleados para vencerlas.» *The World*, de Nueva York, testificaba que la mayor parte de los Delegados habían escrito á sus Gobiernos, invitándoles á que les mandase retirarse. En Londres *The Times* decía que los Estados Unidos, con sus pretensiones y su política engañosa, había hecho nacer contra sus manejos una gran desconfianza en los representantes de las Repúblicas latinas, y *La Tribuna*, de Roma, comentando lo dicho por el periódico londonense, añadía: «Gli Stati Uniti non disponendo che dei loro voti, hanno dovuto, per far prevalere li loro vedute, cercare di pesare sulle repubbliche latine, coll'intento di raccogliere una maggioranza favoravole alli resoluzioni conformi alla politica loro. Di qui il malcontento di un certo numero di delegati. L'insuccesso del Congresso pare che si accentui sempre più, ed esso non lascerà probabilmente dietro di sé che una latente ostilità fra le due Americhe.» Por medio de otro periódico del mismo nombre, *The Tribune*, de Nueva York, la política de la Casa Blanca se apresuraba á dar explicaciones momentáneas para aquietar los ánimos. «El Presidente Roosevelt y todos los miembros del Gabinete de Washington—escribía—están de acuerdo en cuanto á la línea de conducta invariable que seguirán los Delegados de los Estados Unidos en el Congreso de Méjico: dejar que los representantes de los países hispanoamericanos procedan fuera de toda influencia ajena á los intereses comunes de la América latina. El Gobierno de los Estados Unidos aboga por la unión estrecha de todas las naciones del continente, y en ello no lo anima ningún propósito egoísta. Los periodistas europeos que hablan de ambiciones absorbentes de parte nuestra, no podrían citar ni siquiera un caso en que se hubieran puesto de mani-

fiesto tales tendencias de absorción» (1). Después de estas manifestaciones, por medio de la prensa y del telégrafo de Méjico, el Ministro de Relaciones Extranjeras del Gobierno de Porfirio Díaz hacía negar que en la Conferencia Panamericana existiesen desavenencias ni descontentos, capaces de hacer retirar las delegaciones de las Repúblicas que á ella habían concurrido; y como fuera dato contrario á esta afirmación la nueva interrupción que habían sufrido sus sesiones, la proyección de nuevas excursiones á Guadalajara y otros puntos, las fiestas del Parque, las maniobras militares en los Campos de la Vaquita, la visita á las obras del desagüe y al Colegio de la Paz, y otras distracciones semejantes discernidas para entretener y ganar tiempo y activar negociaciones, en los mismos telegramas se afirmaba que aquel receso no tenía más objeto que el permitir á los Delegados el estudio de las cuestiones que tendrían que discutir después, y sobre las que las Comisiones respectivas habían emitido ya todos sus dictámenes. No obstante, el Delegado norteamericano, Barret, había sido llamado por su Gobierno; el argentino García Merou había salido para los Estados Unidos, para apoyar sus pretensiones sobre el arbitraje en oposición á los proyectos presentados principalmente por Chile; moría el Delegado del Brasil, Duarte Pereira; el de Nicaragua, Sr. Corea, se hacía sustituir por el de Honduras, y del mismo modo se despedían el de Venezuela, Fortoult, y el de Costa Rica, Párraga.

En cuanto al norteamericano Barret, antes de marcharse, no dejó de echar en el seno mismo del Congreso su candente botafuego, y dejando traslucir bien claramente que en la Conferencia se había pronunciado la dualidad de razas y tendencias entre la hispanoamericana y la anglosajona, cuyas con-

---

(1) Cuando esto se escribía se estaba firmando en Bolivia el criminal tratado para entregar el vasto territorio del Acre á una Compañía explotadora norteamericana, y al Perú se le estrechaba para ceder á los Estados Unidos un depósito de carbón en el Pacífico.



secuencias serían difíciles de preveer, no tuvo empacho en significar que la Conferencia no respondía hasta aquel momento á lo que en los Estados Unidos se había esperado de ella. Verdaderamente no se equivocaba. En la Conferencia se habían significado ya lo bastante para poder individualizar bien los dos grupos con límites perfectamente deslindados: el de los anglosajones y el de los latinos. Exactamente lo que hubo de suceder en el primer Congreso, donde Mr. Blaine creyó hallar predominante el espíritu sajón y encontró todo lo contrario.

No dejó de llamar la atención que Mr. Barret, en su discurso de despedida, hiciera constar que, teniendo los Estados Unidos cerca de ochenta millones de habitantes y constituyendo una agrupación de cuarenta y ocho Estados, sólo contaba cinco representantes en el Congreso, en tanto que las diez y ocho Repúblicas iberoamericanas tenían treinta y siete Delegados. Muchos creyeron que Mr. Barret había querido significar con esto que la representación de los Estados Unidos no era proporcionada á su población, importancia y riqueza; y aunque el argumento era sofístico y falso, pues en el seno de estas Asambleas de carácter internacional se establece por base de derecho la perfecta igualdad representativa á fin de que el voto de los más poderosos no ahogue la razón de los más pequeños, el artificio de presión que se empleaba no pudo menos de ahondar más las desconfianzas, pues aquello parecía una amenaza.

\*  
\* \*

Con el principio del año nuevo pareció cambiar el aspecto del Congreso. Se hacía necesario acabar y clausurarlo, y era preciso que la Conferencia no se disolviera sin haber tomado acuerdos y resoluciones sobre todas las cuestiones recomendadas. La influencia de los Estados Unidos se había hecho sentir en todas las capitales de las Repúblicas latinas, y Méjico con-

tribuía á la demanda de que los Delegados no se dispersaran sin que se diera una solución á las grandes cuestiones que al Congreso habían sido propuestas. Las cuestiones morales estaban debatidas. Había que hacer algún sacrificio en las cuestiones formales, á fin de que no resultara que en la Conferencia nadie había pedido entenderse para nada. Pero aunque las conclusiones de los Congresos jurídico-internacionales no son tratados que obligan, hacen siempre mal los que, por acelerar el fin, todo lo conceden. En efecto, en las conclusiones de la Conferencia Panamericana de Méjico se han arrancado á última hora algunas concesiones que son contradictorias con el espíritu de independencia de que se habían hecho manifestaciones tan repetidas como las que dejamos bosquejadas.

Todos los pujos de independencia resultan meros sentimientos platónicos desde el momento que el dictamen de la Comisión sobre la Oficina de las Repúblicas americanas, redactado por el Delegado de Guatemala Sr. Lazo Arriaga, ha prevalecido, y la América latina por segunda vez se conforma á sostener en Washington un organismo político presidido por el jefe del Gobierno norteamericano, que, aunque asistido por Vocales de los demás países independientes, se halla investido de una inspección menuda sobre todos y cada uno de los intereses de todo orden, y principalmente los políticos, los económicos y los diplomáticos, que en sí entrañan la alta prerrogativa de cada una de las soberanías nacionales en las tres Américas constituídas. Se dirá que el objeto de dicha oficina se limita á hacer cumplir los acuerdos de las Conferencias internacionales americanas que ya se han verificado y á ayudar á los preliminares de las que se proyecten en lo sucesivo. Se dirá que el Consejo permanente de administración que la dirige no tiene otras atribuciones que las que se refieren á la organización económica de estas mismas oficinas y al mejor éxito de sus trabajos. Pero la residencia perpetua de este organismo ha de ser Washington; la presidencia continua de su Consejo ha de encarnar en el jefe del Gabinete norteamericano; la mi-

sión que le incumbe le faculta para llamar á sí los antecedentes de toda cuestión de todo orden que interese á cualquier punto de América; la influencia que sobre este organismo y sus Vocales ha de ejercer incesantemente el poder en cuyo dominio reside ha de ser irresistible, y á este poder por este hecho se le inviste de una unidad tal de facultades y de medios de acción, que casi equivale á poseer con ella el arbitrio esencial de cada una de las diversas soberanías. Esta oficina arguye casi un tácito reconocimiento de una supremacía rayana del imperio, y mientras esta oficina subsista, toda la América de nuestra sangre tiene implícitamente enajenada su libertad á la hermana mayor anglosajona del Norte. Esta oficina es la antesala de una extensa federación panamericana.

La obsesión que se ha apoderado de todos los Delegados de Hispano-América en el Congreso de Méjico acerca del ferrocarril intercontinental panamericano, no puede razonarse sino por una verdadera alucinación. ¿Qué necesidad hay de entregar á los Estados Unidos un arma de intervención y de fiscalización tan terrible como la hegemonía que se le concede sobre una obra de utilidad general que no ha de ser acometida por los Estados Unidos á ningún riesgo, y que tarde ó temprano ha de ser el resultado del incesante progreso con que por medio de estas vías han de ponerse en fácil y llana comunicación todos los Estados de las tres Américas entre sí? En Europa, cuyo continente se atraviesa en ferrocarriles entre sí articulados, sin el menor espacio de continuidad desde Cádiz hasta San Petersburgo, con ramificación á todos los Estados de cualquier posición geográfica en que se encuentre, á nadie se le habría ocurrido que la Francia de Napoleón III, la Alemania de los dos Guillemos ó la Rusia de Nicolás, hubieran osado proponer para sí á las demás naciones, grandes ó pequeñas, la hegemonía de un ferrocarril pancontinental para que pudieran activarse las relaciones humanas desde los últimos confines septentrionales de Rusia hasta los extremos australes de España. ¿No avanza ya Méjico por el Sur hacia Guatemala?

Del Centro al Mediodía, ¿no son cada día más expeditas las vías que se construyen por uno y otro lado de la inmensa costilla de los Andes? El ferrocarril intercontinental panamericano jamás será la obra de los dollars generosos de los Estados Unidos, sino el resultado de los incesantes progresos que este género de comunicaciones hace en todos los Estados iberoamericanos, sobre todo los que disfrutan ya del asiento definitivo de su paz interior. Méjico, por la vía del ferrocarril central, pone ya á servicio de la general panamericana 3.164 kilómetros en explotación, y 2.525 por la del Nacional Mejicano. La red de los ferrocarriles argentinos se compone ya de 17.662 kilómetros construídos, y para unir á Jujuy con Bolivia en la dirección del trazado panamericano ó intercontinental sólo le faltan 125 millas de construcción. ¿Es que los Estados Unidos se hallan dispuestos á sacar de sus tesoros los 174.290 271.000 pesos en oro que se necesitan para las 5.456 millas de construcción que se necesita agregar á las líneas ya existentes desde la frontera del Bravo hasta el Estrecho Magallánico, con lo que el ferrocarril panamericano que tanto alucina á nuestros hermanos del otro hemisferio, fuera una realidad? Harto se sabe que éstos no son sino proyectos imaginarios sobre el papel, con los cuales se entretiene la poética fantasía de los iberoamericanos. Lo que los norteamericanos creadores de este pensamiento se proponen es fundar un compromiso diplomático, por medio del cual se les reconozca el derecho de intervenciones semejantes á las que repetida y recientemente hemos visto ejercer en el istmo de Panamá con el ferrocarril á Colón.

Esto no obstante, la segunda Conferencia internacional americana ha aprobado el 5 de Enero el dictamen redactado por el senador Davis, Presidente de la Comisión del ferrocarril, en virtud del cual se ha acordado: I. Que se ratifique la resolución de la Conferencia de Washington que recomendó la construcción de las líneas complementarias del «Ferrocarril Intercontinental», pasando éste por las diferentes Repúblicas,

uniendo los sistemas de los Estados Unidos con los de la Argentina, y ligando, hasta donde lo permitan los intereses comunes, las principales ciudades situadas en el trayecto del ferrocarril; ó en caso de que éste último fuera inconveniente, trazando ramales que unan esas ciudades con la línea troncal; y en fin, utilizando las líneas en explotación hasta donde sea posible y compatible con el trazo y condiciones del «Ferrocarril Intercontinental».

II. Que se auxilie por las Repúblicas interesadas la ejecución de la obra por todos los medios que estén en su poder; y especialmente, que se exceptúen de los derechos de importación los materiales necesarios para la construcción y explotación del ferrocarril, con sujeción á los reglamentos convenientes, para evitar abusos; y que se exonere de todo impuesto nacional, de Estado, provincial ó municipal, las propiedades y derechos reales ó personales de la empresa; eximiéndose de derechos de Aduana y de otros impuestos el tráfico en tránsito por las diversas Repúblicas; y coadyuvándose á la obra, en cuanto sea posible, mediante subsidios, concesiones de terreno ó garantía de un minimum de interés sobre los capitales invertidos en cada país.

Con tal objeto, se recomienda que todas las personas que favorezcan la construcción del ferrocarril gestionen ante los respectivos Gobiernos, con toda eficacia, la concesión á la empresa de esos ú otros subsidios liberales, según lo que se considere más conveniente y factible para cada país.

III. Que se invite al Gobierno de los Estados Unidos de América para que inicie cerca de los representantes diplomáticos de las demás Repúblicas acreditadas en Washington las medidas más apropiadas, que den por resultado el envío, dentro del término de un año, de personas caracterizadas y competentes á los diversos países de América, que fijen con certeza los recursos de cada país, la situación y condiciones de los ferrocarriles hoy en explotación, el estado actual del comercio y las expectativas de tráfico para una línea intercontinental,

en caso de que llegue á terminarse, y qué concesiones haría cada uno de los respectivos Gobiernos á la empresa.

IV. Que el Presidente de la Conferencia nombre una Comisión de cinco miembros residentes en los Estados Unidos de América para que entre en el ejercicio después de clausurada la Conferencia, con la facultad de aumentar el número de sus miembros ó reemplazarlos en caso necesario, nombrar las subcomisiones que estime convenientes, informar á la próxima Conferencia sobre el resultado de sus labores, proporcionar cualquiera clase de informes sobre la obra del Ferrocarril Intercontinental, y ayudar y alentar, en cuanto sea posible, el feliz término de ella, sin perjuicio de que los demás miembros de la actual Comisión sigan prestando sus servicios con igual propósito; y, finalmente, que la Comisión, de acuerdo con el Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, y con los Ministros de los demás países interesados, residentes en Washington, procure que se convoque, dentro del término de un año, una reunión de representantes de todas las Repúblicas del Continente, debidamente autorizados, con el objeto de ajustar una Convención que provea á la construcción del proyectado Ferrocarril Intercontinental.»

En materia de Bancos, la ciudad de Buenos Aires sola tiene constituídos trece, que entre capitales y depósitos disponen de más de 550 millones de pesos oro para las transacciones bancarias. Méjico, el Brasil, Chile, el Uruguay y otras Repúblicas no disfrutan menos comodidad, ya en sus Bancos propios, ya en los numerosos que son sucursales de los mejor constituídos, ora en América, ora en Europa. Los Estados Unidos, en la Conferencia Panamericana, ha tratado de hacer el *trust* ó acopio para sí de este género de instituciones, organismos indispensables de la prosperidad, del crédito y del comercio, y los Delegados iberoamericanos se han dejado coger en el lazo, aprobando el dictamen cándidamente suscrito por el argentino D. Martín García Merou, Presidente de la Comisión de Banco y Bolsa, por el cual se declara que esta Comisión

opina que «será de gran interés comercial para las poblaciones de Centro y Sud América la institución de un gran Banco en Nueva York (¡siempre en los Estados Unidos! ¡qué fiebre de concentración!), consagrado á los intereses comerciales de Norte, Centro y Sud América, con agencias ó sucursales en las principales ciudades de las diferentes Repúblicas de América, para hacer operaciones sobre la misma base, cargando los mismos tipos de interés y otorgando los mismos créditos. Así recomendaba que se establezca en Nueva York un Banco de la especie referida, *ayudado por las poblaciones de Centro y Sud América.*» Aquí no faltaba más sino que la ilustrada Comisión hubiera añadido un artículo, complementario y aprobatorio del Banco fundado en Philadelphia, y que se había dirigido ya por cablegrama al Congreso de Méjico, no sólo dándole noticia de su fundación y de su razón social, *The American Trust Company*, sino ofreciéndole los servicios de su instituto, pues su objeto era «iniciar cuantiosas operaciones en los países hispanoamericanos y acaparar todos sus productos». Este *trust* no transmitía, como los que forma Morgan, el número de millones de dollars que constituye su capital; pero tal vez sea mayor que el *trust* de los aceros, si se propone *acaparar* todos los productos de la América española.

Más grave todavía que el dictamen sobre el ferrocarril panamericano y el Banco panamericano es el aprobado el 22 de Enero último sobre la celebración de un Congreso aduanero, equivalente al proyecto de una gran *Zollverein* americana. La resolución aprobada en la Conferencia de Méjico contiene los cuatro artículos siguientes:

I. Que dentro de un año, contado desde la clausura de las sesiones de la Conferencia Internacional Americana, se reúna en la ciudad de Nueva York, Estados Unidos de América, un Congreso aduanero, compuesto de uno ó más Delegados nombrados por cada Gobierno entre sus Directores ó Jefes de Aduanas, Cónsules, Presidentes ó individuos de Cámaras de Comer-

cio, comerciantes notables ú otras personas á quienes se juzgue dotadas de conocimientos técnicos ó periciales en materia de Aduanas. El Consejo directivo de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas fijará la fecha en que haya de reunirse el Congreso aduanero, el cual se organizará como él mismo lo decida, con el auxilio ó asistencia de los empleados de dicha Oficina Internacional, y tendrá por objeto resolver sobre las proposiciones que se le presenten por los Delegados ó por las Comisiones que se nombren, respetando el sistema aduanero de cada país y la legítima percepción de sus derechos fiscales. .

II. Las materias sobre que han de versar las resoluciones del Congreso aduanero son las siguientes: *A.* Uniformidad de las reglas para dar entrada, despacho y salida á los buques que hagan el comercio internacional. *B.* Uniformidad y simplificación de las formalidades aduaneras referentes á manifiestos de buques, redacción y datos de facturas consulares y declaraciones á las Aduanas. *C.* Simplificación y uniformidad de las formalidades aduaneras para el despacho de mercaderías y equipajes. *D.* Medios adecuados para establecer una nomenclatura común de productos y mercancías de las Repúblicas de América, en castellano, inglés, portugués y francés: 1.º Para que sirva de base á la estadística de importación y exportación, de conformidad con un modelo uniforme y sin perjuicio de las reglas que cada nación tenga adoptadas para su estadística particular. Y 2.º Para que, con más amplios detalles y especificaciones, sea adoptada en los Aranceles ó Tarifas y en las demás leyes aduaneras de dichas Repúblicas y sirva de base á la percepción de los impuestos que cada una de ellas tenga establecidos. *E.* Adopción de un sistema uniforme y sencillo para las declaraciones y el despacho aduanero de las muestras y mercancías que circulen en bultos ó paquetes postales. *F.* Simplificación y uniformidad de las formalidades aduaneras á que hayan de sujetarse las mercancías que atraviesen simplemente el territorio de una nación, con desti-



no al consumo de otra ú otras, respetando el principio del libre tránsito mercantil por las vías terrestres ó fluviales de las naciones de América, sin cobro de otros derechos ó impuestos que no sean justa compensación de servicios efectivos. *G.* Conveniencia de establecer la periodicidad en la reunión de futuros Congresos aduaneros. *H.* Cualesquiera otros asuntos conexos con los que quedan indicados y que en general se consideren por el Congreso aduanero útiles ó convenientes para favorecer ó desarrollar el tráfico mercantil.

II. Organización de una Comisión permanente de Aduanas, compuesta de personas dotadas de conocimientos técnicos ó periciales, y que, como una dependencia de la Oficina Internacional de las Repúblicas americanas, ó en otra forma que el Congreso mismo juzgue adecuada, se encargue, principalmente, de la ejecución de los acuerdos ó resoluciones que éste hubiera tomado y de la comparación y estudio de las leyes arancelarias y tarifas de las naciones de América, con el fin de iniciar ante sus Gobiernos la expedición de las leyes y medidas que, en materia de formalidades de Aduana, tiendan á simplificarlas y á facilitar su tráfico mercantil.

III. Que á fin de hacer provechoso y completo el estudio por el Congreso aduanero de la cuestión á que se refiere el inciso *D* de la precedente resolución, cada uno de los Gobiernos de las Repúblicas de América haga estudiar por su dirección ó administración superior de Aduanas la nomenclatura ó vocabulario formado por la Oficina Internacional de dichas Repúblicas y remita á la mayor brevedad posible al Consejo directivo de la expresada Oficina las observaciones ó correcciones al vocabulario que tuviere por conveniente sugerir. Dicha Oficina Internacional presentará al Congreso aduanero, en la forma que fuera posible, las observaciones de los Gobiernos que las hubieren hecho, y además una traducción al francés de la nomenclatura ya publicada.

IV. La ratificación de la presente resolución por parte de los Gobiernos de las Repúblicas americanas que tengan á bien

otorgarla, será comunicada al Consejo directivo de la Oficina Internacional de dichas Repúblicas antes de seis meses, contados desde la fecha de la clausura de esta Conferencia.

Complemento del proyecto de Congreso aduanero es también el dictamen de la Comisión que ha informado sobre *Fuentes de producción y estadística*, por el que ha propuesto y resuelto el Congreso: 1.º, que los gobiernos de las Repúblicas americanas remitan periódicamente, y á más tardar cada año, á la Oficina Internacional de dichas Repúblicas los informes y datos estadísticos más completos que les sea posible, acerca de su población, recursos naturales, manufacturas, comercio, y sobre todo lo demás que juzguen útil para el incremento de las relaciones económicas de la América; 2.º, que la Oficina de las Repúblicas americanas dedique especial atención á obtener los datos estadísticos á que se refiere la cláusula anterior, y una vez obtenidos, los ordene, clasifique y publique; 3.º, que los mismos Gobiernos envíen y renueven periódicamente muestras de los productos naturales é industriales de sus respectivos países á las Exposiciones permanentes establecidas ya ó que se establezcan en las Repúblicas del Continente, acompañando dichas muestras de los informes que puedan contribuir al desarrollo de su comercio recíproco, sin perjuicio de las Exposiciones particulares que cualquiera de ellas establezca dentro de su territorio; 4.º, que los datos sobre pesas y medidas se expresen según el sistema decimal, con la anotación de su equivalencia, según el sistema nacional, en los países que lo tengan distinto de aquél; 5.º, que para expresar los valores se tome como base la moneda de oro de los Estados Unidos de América, indicando su relación con la moneda de las demás Repúblicas, al tipo de cambio medio en cada año correspondiente. Que para obtener la uniformidad en la valuación de las materias de comercio internacional, se fije como precio de ellas el que tengan á bordo en los puertos de desembarque, en moneda de oro de los Estados Unidos de América.

Como se ve por estos proyectos y por estas resoluciones,

la política de los Estados Unidos respecto á la América latina no es en realidad, por ahora, una política de absorción, y Mr. Barrett hacía bien en declararlo así: «La absorción en los Estados Unidos, por ahora, habría Mr. Barret, sin embargo, dicho mejor, no es una *absorción política*; es sólo una *absorción económica*. Aceptadla con todas sus consecuencias, y lo demás vendrá después.» La píldora para que no amargue el paladar se dora, y los Estados Unidos por ahora no son más que *los doradores* del interés panamericano.

Todos los demás proyectos y todas las demás resoluciones tomadas aceleradamente en los últimos días de Enero, ante la prisa de disolverse que los Delegados sintieron, tienen este mismo carácter: los relativos á las comunicaciones marítimas, á la supresión de las cuarentenas, á las marcas de fábrica, al comercio internacional y sobre todo á los tratados de comercio. En este punto toda la función económica de los Estados Unidos, reflejada en la Conferencia, es *absorber* ¡siempre *absorber!* las materias primas de los países hispanoamericanos y devolvérselas manufacturadas. Esta misión en la actualidad en la América española la llenan Alemania, Inglaterra, Italia, España y Francia. Hay que arrojarlas de los mercados hispanoamericanos y que éstos articulen con los de los Estados Unidos. Aislar á la América española comercialmente de Europa: esta es la función económica suprema de los Estados Unidos reflejada en sus proyectos presentados como programa del Congreso internacional.

\*  
\* \*

Fuera de estas cuestiones económicas y antes de abordar la del arbitraje, que era el caballo de batalla de los hispanoamericanos asistentes á la Asamblea de Méjico, se debe reconocer que en esta Conferencia se han tratado otros asuntos sobre los que han recaído acuerdos, unos de alta importancia jurídica y otros de interés social más secundario. Los dictá-

menes tan debatidos sobre *Propiedad artística y literaria*, apoyados por las Delegaciones de Chile y Haití, calcados sobre los tratados existentes desde 1880 entre Alemania, Francia, España y Bélgica; sobre la *Libertad de las profesiones literales y su ejercicio*, en que intervinieron los Delegados Guachalla por Bolivia, Cuestas por el Uruguay, Macedo por Méjico, Blest Gana y Matte por Chile y Bermejo por la Argentina, y otros de índole análoga, evidentemente no ofrecían para el progreso de la jurisprudencia internacional el interés que absorbieron con legítimos títulos el *Informe sobre la Codificación del Derecho Internacional* suscrito por de la Barra, Cuestas, Estupinián, Guachalla, Bello Codecido, Alzamora, Bermejo y Alvarez. Por el art. 50 de este proyecto se establece que la Comisión encargada de la redacción de los Códigos de que se trata podrá funcionar en Europa, lo que despoja á este proyecto del carácter exclusivista americano que en los Estados Unidos se había pretendido imprimir sobre todos los actos de la Conferencia de Méjico. Los Delegados Estupinián, Doctor Reyes, Calvo, Carbó, Lazo Arriaga, Corea, General Rafael Reyes, Leonard y Fortoul son los que suscriben otro informe no menos luminoso acerca de la *Declaración sobre derechos de extranjería*, á fin de poner coto á las injustas reclamaciones diplomáticas de que algunos países americanos, como Colombia con la cuestión Cerrutti, han sido víctimas por mucho tiempo, y de que, en defensa de sus connacionales, se había obligado á algunos Gobiernos como el de los Estados Unidos y el de Italia á amparar una verdadera industria criminal. Y aunque en menor escala, no han dejado de ser muy importantes los acuerdos sobre *Extradición de delincuentes y medidas contra el anarquismo*. Pero todas estas resoluciones han sido inferiores en importancia á las que, al cabo de tantas incidencias, tuvo la de la cuestión del arbitraje.

La leyenda del arbitraje americano dará siempre una gran base á la noción histórica de la ciencia jurídica en aquella parte del planeta donde tanta atención se ha puesto desde el

origen de sus Repúblicas ibéricas al estudio de todas las ramas del derecho internacional. Su bibliografía forma un inmenso catálogo. Las notas diplomáticas que ha promovido constituye un inmenso archivo, y las controversias que ha suscitado así en las polémicas de la palabra y en los foros de la elocuencia como en los debates periodísticos, pueden medirse por toneladas de papel escrito ó impreso. Siendo la América española la cuna de esta conquista del derecho moderno; habiéndose congregado en aquella parte del mundo repetidas Asambleas de carácter internacional para regularizarle y aun codificarle; después de haberle practicado en todas sus nuevas sociedades jurídicas más que en ninguna otra región de la tierra, la segunda Conferencia Panamericana de Méjico le llevaba íntegro á sus sesiones envuelto entre el fárrago de su variado programa, con los mismos prejuicios que hasta aquí habían impedido su reglamentación y con las mismas tendencias opuestas que hasta aquí habían impedido llegar en esta materia á resoluciones concordes.

Al inaugurarse la Conferencia Internacional de Méjico, el arbitraje, que ya tenía un glorioso precedente en el Congreso de diplomáticos de la Haya, se imponía á los espíritus superiores como una suprema necesidad del equilibrio americano.

Por desgracia todos los cerebros no concurrían á la alta urgencia de este elevado pensamiento. La representación iberoamericana venía dividida en partidos, cada uno de los que había procurado preparar el terreno á su modo para sacar el mayor beneficio para los ideales que alimentaba. A la cabeza de uno de estos dos partidos se hallaba la Argentina con sus políticas coligaciones; frente á la Argentina Chile, esgrimiendo sin descanso las aceradas armas de su habilidad y su intriga. Había un tercer partido neutro entre las delegaciones hispano-americanas que arrastraba tras sí la poderosa influencia de los norteamericanos, y entre aquellos dos grupos de enconados contensores y esta pequeña colectividad de espectadores tai-

mados, Méjico aparecía manteniendo con frente serena en la mano el símbolo de la paz:

La primera moción que se presentó al Congreso de Méjico acerca del arbitraje, en la sesión celebrada el 7 de Noviembre, procedía de Europa y de parte de la *Sociedad de los Amigos de la Paz*, en la capital de Inglaterra establecida, y que acaba de celebrar su última Conferencia Internacional en Berna. Esta *Sociedad de la Paz*, en su comunicación á la Asamblea panamericana, la excitaba vehementemente á tender en sus acuerdos á la *pacigerancia* permanente entre las Repúblicas del Nuevo Mundo por medio de la reglamentación del arbitraje, y en apoyo de su moción incluía una numerosa edición de su libro de propaganda universal pacífica que, ya al constituirse por vez primera, hizo llegar á manos de todos los Monarcas y jefes de Estado del mundo, y más tarde á los ilustres miembros de la Conferencia del Haya, á fin de que profusamente fuesen distribuídos entre las Delegaciones en Méjico congregadas. El mismo día el Delegado del Brasil presentó un proyecto de cinco bases sobre el mismo tema, cuyas bases eran las siguientes: 1.<sup>a</sup>, el arbitraje será el medio regular que se emplee para arreglar las diferencias que puedan surgir entre los países de América; 2.<sup>a</sup>, se establecerá un Tribunal internacional que juzgue, de acuerdo con su ley especial, los casos que se sometan á su jurisdicción; 3.<sup>a</sup>, se nombrará una Comisión de seis jurisconsultos, que se encargará de formular un proyecto de Código de Derecho Internacional Público, y otro de Derecho Internacional Privado, que se sujetará á la revisión de los Gobiernos de América; pero no será necesaria la ratificación de los Tratados para que dichos Códigos sigan, sino que será suficiente con una comunicación en que se consigne el hecho de haber sido aprobados dichos Códigos; 4.<sup>a</sup>, los Abogados que los formen serán expensados por conducto de la Oficina de Repúblicas Americanas por los Gobiernos de América, y el término que se les señala para terminar sus trabajos será el de cuatro años; 5.<sup>a</sup>, los miembros de esta Co-

misión residirán en la capital europea ó americana que se designe, y sus trabajos deberán ser presentados á la próxima Conferencia, que se reunirá dentro de cuatro años.

La proposición del Brasil durmió el sueño de los muertos, hasta que en la sesión del 30 de Diciembre el Presidente Raimosa permitió al Delegado del Paraguay Sr. Báez leer un discurso sobre el arbitraje universal y obligatorio, que á unos pareció una excitación á la Comisión que entendía en esta materia, para que presentase su dictamen definitivo, y á los Delegados chilenos Walker Martínez, Blest Gana y Matte pareció un reto, pues si Báez en su escrito combatió con calor las guerras de conquista y oponía contra ellas este procedimiento jurídico, no sólo lo defendía con carácter obligatorio, sino también retroactivo. Puede decirse que aquel fue el primer disparo que rompió de hecho las hostilidades entre los dos partidos que traían divididos de larga fecha atrás á los iberoamericanos concurrentes al Congreso. La discusión se hizo muy viva, y tras Báez apareció el Delegado argentino Sr. Bermejo, que no sólo tomó la defensa del Delegado paraguayo, sino que sostuvo su misma tesis, sosteniendo que, ó la segunda Conferencia panamericana tenía que ser un fracaso mayor que el de la primera, ó que había que resolver en ella la cuestión del arbitraje, ya fuese en el sentido más ó menos facultativo de las conclusiones del Congreso de la Haya, ya declarando explícitamente el arbitraje forzosamente obligatorio, ó cuando más con algunas restricciones accidentales. Sin embargo, su opinión, que era la opinión del país que representaba, era combatir las soluciones de la Conferencia de la Haya, no conceptuándolas suficientes en su aplicación para las necesidades actuales de la América latina. No quisieron por aquel momento los Delegados de Chile profundizar la cuestión, entendiendo que aquel debate se promovía de una manera irregular y contra las prescripciones del reglamento. Ni aun siquiera impugnaron los consejos del Sr. Bermejo para hacer desviar la Conferencia mejicana de las decisiones platónicas de la de la Haya,

cuyas teorías irresolutas ni constituyen soluciones efectivas ni victorias prácticas, ni son verdaderos elementos de paz en los conflictos internacionales; sino que hasta aplaudieron la manera cómo el orador argentino se había colocado en la cumbre de los intereses generales é inmanentes que correspondían á las supremas exigencias de la previsión y del tiempo. Esta cuestión había sido ya debatida en la Asamblea de Madrid de 1900, y el mismo Delegado de Méjico que en ella tomaba parte, no pudo menos de convenir en que el arbitraje facultativo de la Haya no constituye un precedente autorizado, porque ni fue la expresión de la doctrina jurídica, ni siquiera la opinión dominante de las naciones allí representadas.

A consecuencia de la polémica suscitada por la lectura de la Memoria del Sr. Báez en la sesión del 15 de Enero, después de tormentosas discusiones en el seno de la Comisión respectiva, se presentó un dictamen, cuyo objeto principal era evitar la ruptura, en aquellos momentos en que el telégrafo y la Prensa de los dos mundos pregonaban por todas partes la inminencia de la disolución del Congreso, sin haber llegado á acuerdo alguno en esta cuestión en que tan interesada se hallaba toda América. Este dictamen decía:

«Considerando: Que los Delegados á la Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas creen que la opinión pública en las Naciones que aquí representan aumenta de una manera constante, en el sentido de favorecer vivamente la aplicación más amplia de los principios de Arbitramento; que las Repúblicas Americanas dirigidas por los mismos principios y responsabilidades del Gobierno democrático y ligadas por crecientes intereses mutuos, pueden por sí mismas conservar la paz del Continente, y que la paz estable entre ellas será el propulsor más eficaz de su desarrollo nacional, así como del bienestar y de la grandeza comercial de sus pueblos;

En consecuencia, convienen en el siguiente

#### PROYECTO

Artículo 1.º Las Repúblicas Americanas representadas en la Conferencia Internacional de Méjico, no signatarias de las tres Convenciones



firmadas en La Haya el 29 de Julio de 1899, reconocen los principios consignados en ellas, como parte del Derecho público Internacional Americano.

Art. 2.º La adhesión respecto de las Convenciones que tienen el carácter de abiertas, una vez ratificadas por los Gobiernos respectivos, será comunicada por éstos y por la vía diplomática, el de los Países Bajos, para sus efectos.

Art. 3.º Siendo de notoria conveniencia general que las diferencias cuya solución se convenga en someter al arbitraje, se confine á la jurisdicción de un tribunal de tan alta importancia, como lo es la Corte de Arbitramento de La Haya, así como también que las Naciones americanas no signatarias de la Convención que creó esa benéfica institución, puedan ocurrir á ella en uso de un derecho reconocido y aceptado, y tomando además en consideración el ofrecimiento de los Gobiernos de los Estados Unidos de América y de los Estados Unidos de Méjico, la Conferencia confiere á dichos Gobiernos el encargo de negociar con las demás potencias signatarias de la Convención, para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, la adhesión de las naciones americanas no signatarias de la misma Convención.

Por la Delegación de *Guatemala*: Antonio Lazo Arriaga, Francisco Orla.—Delegados de *Méjico*: G. Raigosa, E. Pardo, Joaquín D. Casasús, Francisco L. de la Barra, M. Sánchez Mármol, Rosendo Pineda.—Por la Delegación *Argentina*: Lorenzo Anadón, Antonio Bermejo.—Por la Delegación del *Perú*: Isaac Alzamora, Manuel Alvarez Calderón.—Por la Delegación del *Uruguay*: Juan Cuestas.

(El Delegado por *Venezuela*, firma «ad referendum»; y además, advierte que no quedan comprendidas en este tratado, por lo que á su país se refiere, las cuestiones de navegación en lo que con ellas se relacionan.)

Por la Delegación de *Venezuela*: M. M. Galavis.—Por la Delegación de *Costa Rica*: J. B. Calyo.—Delegado de *Haití*: J. N. Leger.—Delegados de la *República Dominicana*: Federico Henríquez y Carbajal y Quintín Gutiérrez.—Por el *Paraguay*: Cecilio Báez.—Delegado de *Bolivia*: Fernando Guachalla.—Baltasar Estupinián, Delegado de *El Salvador*.—Rafael Reyes, Delegado de *Colombia*.—Por la Delegación de *Honduras*, y como Delegado de *Nicaragua*, F. Dávila.—William I. Buchanan, Charles M. Pepper, Volney W. Foster, Delegados de los *Estados Unidos de América*.

Art. 4.º Para que se pueda llegar del modo más satisfactorio y rápido á la aplicación más amplia y menos restringida de los principios de justo arbitramento, y con el fin de que se pueda conocer con toda exactitud la forma más adelantada y mutuamente ventajosa, en la cual dicho princi-

pio pueda ser expresado en una Convención que habrá de firmarse entre las Repúblicas Americanas, se suplica respetuosamente al Presidente de Méjico se sirva hacer constar, por una cuidadosa investigación, los propósitos de los distintos Gobiernos representados en esta Conferencia, respecto de la forma más adelantada por medio de la cual pudiera concertarse una Convención general de arbitramento, capaz de reunir el voto aprobatorio y la ratificación final de las Naciones representadas en la Conferencia, y que al terminar dicha investigación prepare un proyecto para dicha Convención general que llene las aspiraciones de todas las Repúblicas y que, si es posible, forme protocolos parciales, á fin de poner en práctica dicho proyecto, ó bien, si esto no fuere practicable, presente á la próxima Conferencia esa correspondencia con el informe respectivo.

Méjico, Enero 15 de 1902.

Delegación de *Guatemala*: Antonio Lazo Arriaga, Francisco Oria.—Delegados de *Méjico*: G. Raigosa, Joaquín D. Casasús, José López Portillo y Rojas, E. Pardo (jr.), Pablo Macedo, Alfredo Chavero, F. L. de la Barra, Manuel Sánchez Mármol, Rosendo Pineda.—J. N. Leger, Delegado de *Haití*.—Delegación del *Perú*: Isaac Alzamora, Manuel Alvarez Calderón, Alberto Elmore.—Delegación de los *Estados Unidos* de América: William I. Buchanan, Charles M. Pepper, Volney W. Foster.—*Uruguay*: Juan Cuestas.—Delegación *Argentina*: A. Bermejo y Lorenzo Anadón.—Delegado de *Costa Rica*: J. B. Calvo.—Por la Delegación de *Honduras* y como Delegado de *Nicaragua*, F. Dávila.—Cecilio Báez, Delegado del *Paraguay*.—Fernando E. Guachalla, Delegado de *Bolivia*.—Federico Henríquez y Carbajal y Quintín Gutiérrez, Delegados de la *República Dominicana*.—Rafael Reyes, Delegado de *Colombia*.—Delegación de *El Salvador*, F. A. Reyes y Baltasar Estupinián.»

Este dictamen, que no es más que un protocolo de adhesión á los tratados de la Haya, dos días permaneció en estudio, hasta que en la sesión del día 17 se abrió amplio debate sobre él. Siete horas no interrumpidas duró esta discusión, la cual comenzó por una proposición del Sr. Bello Codecido, en virtud de la que hacía suyo el proyecto de adhesión á los tratados de la Conferencia de Holanda y pidiendo que se sometiera á la aprobación de la Asamblea panamericana. El Delegado del Ecuador, Sr. Carbó, apoyando esta proposición, decía que aquel proyecto era el único que resolvía satisfactoriamente el problema, sin que prevalecieran los antagonismos

tradicionales que habían dificultado hasta entonces la inteligencia común sobre el asunto. Le siguió el delegado mejicano Macedo, que tributó sinceros aplausos á Chile, pues haciendo suyo el proyecto, completaba la unanimidad de las naciones de América para adherirse á la Convención en la Haya. Entonces Walker Martínez propuso que el proyecto quedara definitivamente aprobado en el salón de sesiones y que después en la Secretaría de Relaciones Extranjeras se firmara en forma de tratado por las quince Delegaciones que lo habían autorizado, á fin de dar este gran espectáculo de concordia entre todas las naciones de América. Después de algunas explicaciones de forma entre el Presidente Raigosa y Walker Martínez, el Delegado norteamericano Buchanan exaltó la actitud conciliadora que en el asunto del arbitraje había asumido la representación de los Estados Unidos y puntualizó la forma en que el protocolo debería ser suscrito, para su efecto legal. Cualquiera que fuese la cuestión de trámite, que era ya lo único que se discutía para la firma, en cuya controversia intervinieron el Delegado argentino Sr. Bermejo, el chileno Bello Codecido y el peruano Alzamora, cerró el debate el Sr. Blest Gana, habiendo tomado parte en discusión tan interesante doce veces el chileno Walker Martínez, tres su compañero Blest Gana, dos el mejicano Macedo, cinco el norteamericano Buchanan, una el peruano Alzamora, dos el Sr. Matte y dos el Sr. Pereda, una el Sr. Guachalla y una el Sr. Pardo. Buchanan pidió todavía que las actas de aquellas sesiones se agregaran también al protocolo que había de enviarse á la Secretaría de Relaciones Extranjeras del Gobierno mejicano, que había de poner este suceso en conocimiento, así del de los Países Bajos, como de los de América. La solemnidad del día concluyó con la lectura por un secretario del Tratado de arbitraje, en virtud del cual «las altas partes contratantes se obligan á decidir por medio de árbitros las cuestiones que se susciten entre dos ó más de ellas, y ponen como sola restricción que los asuntos sometidos á arbitraje no ataquen á su inde-

pendencia y soberanía, en la inteligencia de que no serán conceptuados ataques de este género las cuestiones de límites y de cumplimiento del tratado celebrado».

Dígase lo que se quiera, ¿ha sido este un éxito para el resultado de la segunda Conferencia panamericana y para las intenciones de sus promovedores? La solución dada á este gran caballo de batalla de la Asamblea internacional congregada en Méjico, se reduce lisa y llanamente al acto mediante el cual, las naciones americanas que no estuvieron representadas en el Congreso de La Haya, ni, por lo mismo, suscribieron las convenciones que fueron el resultado de tal Congreso, se adhieren desde luego á aquellos Tratados que tienen el carácter de abiertos, es decir, que pueden ser aceptados en cualquier tiempo por cualquier Estado Soberano (1). La adhesión

---

(1) De este carácter responden los telegramas siguientes, cambiados con los Gobiernos de los Países Bajos y de Rusia:

Méjico 17 de Enero de 1902.

*Ministro de Relaciones Exteriores.—La Haya.*

Los Delegados de Chile á la Conferencia Internacional de Méjico, después de haber consagrado sus mejores esfuerzos para obtener del Congreso su adhesión á las Convenciones de la Haya, tienen el alto honor de poner en conocimiento de V. E. que hoy esta adhesión ha sido acordada por la unanimidad de todas las Repúblicas americanas.

Con motivo de este importante acontecimiento, tienen el honor de presentar al Gobierno de S. M. la Reina de Holanda la expresión de sus felicitaciones y de su más alto respeto.—*Alberto Blest, Emilio Bello, Augusto Matte, Joaquín Walker.*

Sagravenhage 18 de Enero ds 1902.

*A los Delegados de Chile al Congreso de las Repúblicas Americanas, en Méjico.*

Es con viva satisfacción que el Gobierno de la Reina se impone por vuestro telegrama que las Repúblicas americanas, animadas de los mismos sentimientos de justicia y de paz que han prevalecido en la Conferencia de La Haya, reunidas en Congreso en Méjico, desean adherirse á los actos de esta Conferencia.—*El Ministro de Relaciones Exteriores.*

firmada en Méjico, ¿es en realidad un triunfo para los Estados Unidos, y su política de absorción y aislamiento? Nadie habrá que lo entienda así. La garantía de esta adhesión emana de un derecho que, aunque facultativo, está reglado por convenciones de una jurisprudencia universal. Esas garantías no serán ya emanadas del poder superior de los Estados Unidos, en su aspiración á constituirse por ahora en el supremo

Méjico 17 de Enero de 1902.

*Ministro de Relaciones Exteriores. —San Petersburgo.*

Los enviados extraordinarios y Ministros plenipotenciarios de Chile á la Conferencia Internacional Americana de Méjico, después de haber consagrado todos sus esfuerzos para obtener en la Conferencia la adopción de todas las Repúblicas americanas á las convenciones de La Haya, tienen el honor de participar á V. E. que la Conferencia ha acordado hoy, por unanimidad, su adhesión á dichas convenciones.

Con ocasión de este feliz acontecimiento, rogamos á V. E. hacernos el honor de presentar la expresión de nuestros más respetuosos homenajes y de nuestras más humildes felicitaciones á S. M. I. el Czar, noble y augusto iniciador de la Conferencia de la Paz.

Los plenipotenciarios de Chile aprovechan esta oportunidad para ofrecer á V. E. las seguridades de su más alta consideración.—*Alberto Blest, Emilio Bello, Augusto Matte, Joaquín Walker.*

Méjico 20 de Enero de 1902.

*Legación Imperial de Rusia.*

Señor Ministro: He recibido la orden de S. E. el Ministro imperial de Relaciones Exteriores, de hacer llegar á V. E. los sinceros agradecimientos de mi augusto soberano por el telegrama que la Delegación de Chile á la Conferencia Internacional Americana de Méjico, de la cual sois miembro, ha tenido á bien dirigir al Conde Yamsdorff, y de expresaros que S. M. I. se muestra muy sensible á los sentimientos manifestados en dicho telegrama.

Cumpliendo gustoso con este deber cerca de V. E., aprovecho esta ocasión, señor Ministro, para rogaros que aceptéis la seguridades de mi alta consideración.—*T. Hansen.*

A S. E. D. Emilio Bello C., enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile á la Conferencia Internacional Americana.

(De la nota anterior envió el señor representante ruso un ejemplar á cada uno de los otros Delegados de Chile.)

moderador de las cuestiones americanas. Esa adhesión es una doble herida que reciben por una parte el *Monroismo*, que presta su base á la pretendida supremacía, y al casi protectorado de los Estados Unidos sobre las pequeñas Repúblicas de sangre ibérica, y al imperialismo, que por los medios indirectos que se han expuesto al tratar de las cuestiones económicas y político-económicas llevadas á las resoluciones de la Conferencia de Méjico, sólo entrañan un velado sistema de concentración, de intervención y de absorción, que al cabo se formula por el principio de la conquista moral y en todas las evoluciones de la acción humana precede al principio de la conquista física.

Se han ponderado los resultados que, como emanación de los anteriores acuerdos, se han obtenido en la promoción de los Tratados parciales de arbitraje obligatorio que de las diez y nueve Repúblicas asistentes á la Conferencia de Méjico han firmado diez, es decir, la Argentina, Bolivia, Dominicana, el Salvador, Guatemala, Méjico, el Paraguay, el Perú, el Uruguay y Venezuela (1). Pero este mismo Tratado indica lo incompleto del éxito, pues entre los que los han firmado y los

---

(1) He aquí el proyecto de arbitraje obligatorio:

Art. 10. Las Altas Partes Contratantes se obligan á someter á la decisión de árbitros todas las controversias que existen ó lleguen á existir entre ellas, y que no pueden resolverse por la vía diplomática, siempre que á juicio exclusivo de alguna de las naciones interesadas, dichas controversias no afecten ni á la independencia ni al honor nacional.

Art. 20. No se considerarán comprometidos ni la independencia ni el honor nacionales en las controversias sobre privilegios diplomáticos, límites, derechos de navegación, validez, inteligencia y cumplimiento de tratados.

Art. 30. En virtud de la facultad que reconoce el art. 26 de la Convención para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, firmada en La Haya en 29 de Julio de 1899, las Altas Partes Contratantes convienen en someter á la decisión de la Corte Permanente de Arbitraje que dicha Convención establece, todas las controversias á que se refiere el presente

que se han abstenido, no sólo se ha hecho más evidente la diferencia de los dos partidos en que la América de nuestra sangre se halla dividida, sino la ineficacia de las tentativas de unión y concordia que parecían dirigir los pasos de la Conferencia. De ésta no quedará permanente más que el protocolo de adhesión á las Convenciones de la Haya. Todo lo demás, incluso los proyectos económicos en que la Delegación norteamericana ha fundado los triunfos que calladamente celebra,

---

Tratado, á menos que alguna de las Partes prefiera que se organice una jurisdicción especial.

En caso de someterse á la Corte Permanente de La Haya, las Altas Partes Contratantes aceptan los preceptos de la referida Convención, tanto en lo relativo á la organización del Tribunal Arbitral, como respecto á los procedimientos á que éste haya de sujetarse.

Art. 40. Siempre que por cualquier motivo deba organizarse una jurisdicción especial, ya porque así lo quiera alguna de las partes, ya porque no llegue á abrirse á ellas la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, se establecerá al firmarse el compromiso, el procedimiento que se haya de seguir. El Tribunal determinará la fecha de sus sesiones, el idioma de que haya de hacerse uso, y estará en todo evento investido de la facultad de resolver todas las cuestiones relativas á su propia jurisdicción, y aun las que se refieren al procedimiento en los puntos no previsto en el compromiso.

Art. 50. Si al organizarse la jurisdicción no hubiere conformidad de las Altas Partes Contratantes para designar el árbitro, el Tribunal se compondrá de tres jueces. Cada Estado nombrará un árbitro, y éstos designarán el tercero. Si no pueden ponerse de acuerdo sobre esta designación, la hará el jefe de un tercer Estado, que indicarán los árbitros nombrados por las partes. No poniéndose de acuerdo para este último nombramiento, cada una de las partes designará una potencia diferente, y la elección del tercero será hecha por las dos potencias así designadas.

Art 70. Las Altas Partes Contratantes estipulan que en caso de disentimiento grave ó de conflicto entre dos ó más de ellas que haga inminente la guerra, se recurra, en tanto que las circunstancias lo permitan, á los buenos oficios, ó la mediación de una ó más de las potencias amigas.

(Los artículos 7.º á 19 reglamentan los buenos oficios, la mediación y las Comisiones de investigación. No los insertamos, á pesar de su importancia, por no referirse directamente al punto del arbitraje.)

Art. 20. El presente Tratado no deroga los anteriores existentes entre

no es sino platonismos sobre el papel. El *Zollverein* panamericano, platonismo; el ferrocarril intercontinental, platonismo; la unidad monetaria, platonismo; la nomenclatura aduanera, platonismo; el banco panamericano, platonismo; todo platonismo, y eso pronto se verá en el Congreso aduanero, acordado para dentro de un año. ¡Allí se verá si la América latina suscribe un *Zollverein!*

dos ó más de las Partes Contratantes, en cuanto den mayor extensión al arbitraje obligatorio. Tampoco altera las estipulaciones sobre arbitraje relativas á cuestiones determinadas que han surgido ya, ni el curso de los juicios arbitrales que se siguen con motivo de éstas.

Art. 21. Sin necesidad de canje de ratificaciones, este Tratado estará en vigor desde que tres Estados, por lo menos, de los que suscriben, manifiesten su aprobación al Gobierno de los Estados Unidos Mejicanos, el que lo comunicará á los demás Gobiernos.

Art 22. Las naciones que no suscriban el presente Tratado, podrán adherirse á él en cualquier tiempo. Si alguna de las signatarias quisiere recobrar su libertad, denunciará el Tratado; mas la denuncia no producirá efecto, sino únicamente respecto á la nación que la efectúe, y sólo después de un año de formalizada la denuncia. Cuando la nación denunciante tuviere pendientes algunas negociaciones de arbitraje á la espiración del año, la denuncia no surtirá sus efectos con relación al caso aún no resuelto.

Artículo transitorio. Este convenio será elevado á la categoría de Tratado, y firmado para incorporarlo al Acta final de la Conferencia.

Méjico, 16 de Diciembre de 1901.—(Firmas de las diez Delegaciones de la República Argentina, Bolivia, Dominicana, El Salvador, Guatemala, Méjico, Paragnay, Perú, Uruguay y Venezuela.)

La cláusula transitoria del proyecto de tratado de Arbitraje obligatorio, firmado en 26 de Diciembre último por las Delegaciones que suscriben, queda modificado como sigue por virtud de la supresión acordada del art. 25 del Reglamento de la Conferencia. «Este convenio se elevará á la categoría de Tratado, firmándose un solo ejemplar que se depositará en la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de los Estados Unidos Mejicanos, y del cual ejemplar se sacarán copias certificadas para enviarlas por la vía diplomática á cada una de las potencias signatarias.

Méjico, Enero 14 de 1902.—(Firmas de las Delegaciones ya expresadas, con excepción de la de Venezuela.)



La Conferencia Panamericana de Méjico había llegado al cansancio antes de disolverse. Al fin se procedió á su clausura en la sesión del 31 de Enero de 1902. ¿Contiene el magistral discurso que en aquel acto pronunció el Sr. D. Ignacio Mariscal, que lo había abierto, todo el espíritu de la campaña internacional? Al expresarse en los términos optimistas que lo hizo, el patriotismo y la cortesía le imponían su doble deber. «Posible es—decía—que los resultados obtenidos no sean todo lo que un entusiasta americano hiciera esperar á alguno de vosotros; pero son bastantes y aun sobrados para que ninguno se retire descontento. *In magnis et voluisse satis est.*»

Los que, al inaugurar el Congreso sus sesiones, aprovecharon la primera ocasión que se les presentó para levantarse á brindar por España, envolviendo en su brindis la línea eterna de división que ha de separar las dos razas cultas asentadas sobre el suelo de América, á la vez que la conciencia de sus destinos y la resolución de conservar su independencia, hasta el último momento han tenido la satisfacción de hacer resaltar esta nota hasta en los actos finales de la Conferencia. No indiquemos aquí siquiera el tributo personal que se ha dado al General colombiano Rafael Reyes, tomando la Asamblea bajo su amparo sus proyectos sobre navegación de los ríos afluentes del Amazonas, en la vasta extensión de territorio que ha sido para él y para sus sacrificados hermanos glorioso teatro de heroicas exploraciones. Suscritas por las Delegaciones de todas las Repúblicas asistentes á la Conferencia, por los argentinos Anadón y Bermejo, por el boliviano Guachalla, por los chilenos Walker Martínez, Matte y Bello, por los mejicanos Pineda, Mármol, Pardo, Casasús, Macedo, de la Barra, Raigosa y Chavero, por el oriental Cuestas, por los nicaragüenses Carbó y Dávila, por el salvadoreño Estupinián, por el colombiano Reyes, por el paraguayo Orla y por ¡los norteamericanos! Buchanan, Pepper y Foster, en la sesión del día 28 de Enero, tres antes de la clausura, se acordó recomendar á los respectivos Gobiernos la cantidad de 210.000 francos para

hacer una edición completa de 1.200 ejemplares del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana* del escritor colombiano D. Rufino J. Cuervo; que la expresada suma de 210.000 francos que costará la edición, según informes del propio autor, sea distribuída entre los países que aceptaran el convenio, en la forma siguiente: las Repúblicas de la Argentina, Colombia, Chile, los Estados Unidos y Méjico, contribuirán por partes iguales con la cantidad de 110.000 francos, es decir, con 22.000 francos cada una; las Repúblicas de Bolivia, Costa Rica, Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay, contribuirán también, por partes iguales, con la cantidad de 100.000 francos, es decir, con 10.000 francos cada una, y que se suplique al Gobierno mejicano tenga á bien encargarse de la realización de este pensamiento, recabando el importe de las suscripciones, suministrando los fondos al autor de la obra y distribuyendo los ejemplares entre los Gobiernos contribuyentes.

¿Qué significa este tributo final á la lengua gloriosa que España dió con su sangre al mundo que sacó de las nieblas del olvido á la luz de la civilización? Este holocausto á España, en el hermoso y diáfano tesoro de su lengua, signo perenne de la raza que en América dejó establecida, es el verdadero éxito de la segunda Conferencia Internacional Panamericana que se ha celebrado en Méjico. Sobre sus acuerdos y convenciones, de allí no ha salido más que la purificación inenajenable de sus dos razas, de sus dos lenguas, de sus dos soberanías, de sus dos independencias y de sus dos destinos.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

# TENDENCIAS AL INDIVIDUALISMO

## EN LA CIENCIA ALEMANA CONTEMPORÁNEA

---

La concepción evolutivo-monista, base la más amplia de la cultura moderna, ha encontrado recientemente en Alemania interesantes aplicaciones y consecuencias morales y sociales, después de haber sido afianzada en el terreno experimental, aunque con trascendencia filosófica, por fisiólogos rusos como Baer y Cienkowsky y por los psicólogos y naturalistas ingleses. Seguramente si hay alguna clase de espíritus que, como los brotados del ambiente germánico, respeten y veneren más que nadie la inclinación á la unidad de la patria, es esta clase de sabios radicales, de principios invencibles, que viven en el único país de la tierra donde, según frase de Lange, el boticario no puede despachar ninguna receta sin conocer de antemano la conexión que media entre lo que va á hacer y el estado general del mundo. Como el saber teórico no tiene más que una manera de humanizarse y esta humanización se reduce á la adaptación de los ideales científicos al medio nacional y étnico, me será lícito proclamar que la sociología práctica que hoy priva en el Imperio alemán ocupa en el *Kulturkampf* europeo uno de los puestos más preeminentes.

No se deduzca de esto que es en rigor el puesto más avanzado, ni mucho menos el más orientado. Todo exclusivismo social, tratándose de pueblos civilizados, no suele ser sino la

forma que para su conciencia colectiva toma el progreso intelectual según las condiciones de tiempo y de raza, y en tal concepto ha de apreciarse, si no se quieren falsear los cánones de la crítica más severa. Téngase en cuenta que es un español el que juzga, y que no hay español que reconociendo la grandeza y superioridad de otras naciones, no pueda y no deba repetir aquella hermosa expresión que el Apóstol de los Gentiles dirigía á sus obstinados adversarios: *Civis romanus sum*. Comparto con los pesimistas de nuestra patria la admiración hacia los alemanes; sólo que me abstengo de presentar sus ideales como adaptables á nuestro genio nacional, y creo que en lo único que debemos imitarles es en el método, es decir, en crear ideales propios para nuestra vida propia.

¡Notable evolución la de las inteligencias alemanas! Decía Kant, á últimos del siglo XVIII, que el ingenio de sus compatriotas residía en la raíz, como el de los italianos en la copa, y el de los franceses en la flor, y el de los ingleses en el fruto (1). Hoy los alemanes, sin dejar que se seque la raíz, buscan el «fruto» con tanta diligencia como los ingleses, y cuando se multipliquen las teorías, capaces de aportar elementos prácticos á la solución del problema social, la madurez de los frutos estará en razón directa de la consistencia de las raíces. Verdad es que esta obra de reconstrucción no ha llegado á su término; pero conforme á su genialidad histórica, Alemania tiene un espíritu más autónomo, que socialista y solidario.

En todo caso, no hay que dar importancia al hecho de que haya sido ese país la cuna del panteísmo radical y del socialismo económico. Si el *dilettantismo* científico de los Marx, de

---

(1) «Lo que el poeta latino dice de Homero, *qui nihil molitur inepte*, podemos decir de los ingleses desde el punto de vista político. Su tacto delicado, su sentido práctico, que les evita conmociones, acciones y reacciones demasiado vivas, merecen nuestra admiración, y más aún nuestra emulación. En los franceses, la frase; en los alemanes, el ideal extraño á la realidad, tienen una fuerza demasiado grande y peligrosa.» (Strauss: *Der alte und der neue glaube*, IV, 15.)

los Lasalle, de los Litzs, ha podido dar cierta apariencia de cultura á las doctrinas socialistas, la ciencia social de los grandes maestros, la ciencia de los Blustchi, de los Ihering, de los Gneist, está con el individualismo, para proclamar que no existen ni pueden existir los supuestos deberes de protección pecuniaria de las clases que sufren, desde que el privilegio ha sido sustituido por la igualdad y la libertad de clase se ha convertido en libertad común. Ellos fueron quienes pronunciaron por primera vez la hermosa frase *Rechtsstaat*, tan difícil por lo significativa de traducir á los idiomas neo-latinos. Y precisamente por la realización y generalización en Alemania del concepto que esa frase implica, empezó á insinuarse en los círculos científicos experimentales, bien que con cierta templanza y muchas tergiversaciones, una teoría que ha venido á ser el fundamento de la sociología positiva: el pretendido derecho de los hombres de genio y de las razas superiores, aquella virtud de estirpe que los griegos llamaron *eugeneia*. No pienso ahora en las tendencias á la aristocracia de Nietzsche, que falsea del modo más indigno la dirección más soberana de la civilización moderna para que su efectismo filosófico pase entre los incautos por individualismo real (1): más bien tengo en cuenta las exageradas consecuencias sociales que de las teorías de la herencia, de la selección natural, del *struggle*

---

(1) Sin duda por lo á propósito que son para sacarse partido de ellas á favor del anarquismo intelectual, hemos visto con asombro y consternación entronizarse las tendencias de Nietzsche en casi toda Europa, y muy principalmente en Italia. El secuaz y ampliador de estas tendencias es allí D'Annunzio, insoportable esteta y estilista arcaico. Consúltese su famosa novela *egotista* que lleva por rótulo *Les vergines delle rocces*. Esta obra, mezcla desordenada y, las más de las veces, quimérica, de individualismo y de agonismo, es una continuada rapsodia de Nietzsche, y hallaría uno demasiado ridículo menospreciarla, si sus horribles ideas no tuviesen eco en esa juventud superficial, plaga de nuestro tiempo, que creyéndose sabia porque posee una lectura más ó menos vasta, se abraza con calor á creencias cuyo fondo no examina antes maduramente, cual debiera.

*for life*, se han sacado á favor de la desigualdad, del despotismo de las aristocracias y de la ley del más fuerte. El horror que estas consecuencias naturalmente inspiran ha impulsado á los representantes más genuinos del transformismo á emprender una obra de rectificación, que á la vez lo ha sido de renovación, produciendo mucho que ha venido á redundar en pro de la verdad.

No será desacertado señalar entre los naturalistas alemanes á Wirchow como el primero que dió la voz de alerta en el mundo sabio, sobre los peligros sociales del darwinismo. «No debemos olvidar—exclamó en la Asamblea de naturalistas y médicos, verificada en Munich (1),—que las cosas que nosotros decimos aquí con cierta tímida reserva son divulgadas por los de afuera con seguridad mil veces mayor... Imaginaos cómo se representa ya en la cabeza de un socialista la teoría de la descendencia basada en el monismo mecánico. ¡Ah, señores! Puede haber á quien esto dé risa, pero no por eso deja de ser muy grave, y quiero expresar que la teoría de la descendencia no nos acarree tantos horrores como teorías análogas á ella han causado en la vecina República francesa. Sea como fuere, también esta teoría, consecuentemente desarrollada, tiene un lado sumamente grave, y no se os habrá escapado que el socialismo ha entablado relaciones con ella.»

Ante estas significativas manifestaciones de Wirchow, los hombres de ciencia dividiéronse en dos bandos. Unos las aplaudieron y prohicieron, al menos como medida de precaución política. Otros, por el contrario, las estimaron infundadas é indecorosas ante la seriedad científica. A la cabeza de los últimos colocóse el célebre zoólogo y teólogo positivo Haeckel, á quien sus compatriotas llaman el Darwin alemán, complacidos de lo muy hábilmente que descifra la ley de la evolución y de la gallardía y elevación con que reflexiona sobre el universo y su unidad y sobre las leyes universales. En su afán de

---

(1) Vid. *Freiheit der wissenschaft* (1877).

armonizar los puntos de vista particulares de su monismo evolutivo con las concepciones políticas y económicas, Haeckel (1) volvió vigorosamente contra Virchow sus propios argumentos. Protestó una vez más para siempre de la falsa interpretación que se daría á sus trabajos si se considerasen verificados con la mira de consolidar opiniones anticipadas sobre alguno de los puntos de la legislación ó de la sociología en que se halla todavía indeciso el mundo moderno, y observó que «es una estupidez trasportar brutalmente las teorías científicas al dominio de la política práctica». Tratar de fundar en premisas que se reconocen por todos como exactas, y sólo porque ciertos espíritus pequeños lleguen á conclusiones aventuradas, la negación de dichas premisas, sería dar una medida insignificante. «Como naturalista—prosigue Haeckel,—tengo el derecho de exigir á los hombres políticos que, antes de deducir consecuencias de nuestras teorías, se tomen el trabajo de estudiarlas. Seguramente que entonces se abstendrán de hacer de ellas aplicaciones cabalmente contrarias á las que la razón puede hacer. No faltarán nunca malas inteligencias; pero ¿qué doctrina no las habrá tenido? ¿De qué doctrina realmente sana y verdadera no se han extraído los más perniciosos y absurdos resultados?» (2).

A tan juiciosas observaciones, hubiera debido Haeckel aña-

(1) *Les preuves du transformisme réponse, á Virchow*, pps. 116 y siguientes de la trad. franc.

(2) Años antes de la manifestación de Virchow contra el evolucionismo monista, tuvo lugar en Gotinga otra semejante contra el positivismo materialista de Vogt y Moleschott, de la que fue el protagonista el profesor y Consejero de Estado *Wagner*, conocido en toda Alemania y fuera de ella por sus méritos como fisiólogo y como pensador. ¿Adivinanse cuáles fueron las acusaciones que levantó contra Moleschott y Vogt? Les hizo los mismos cargos que Virchow á Haeckel. Les acusó de cambiar todas las ideas nobles y grandes en vanos sueños y quitar á la sociedad su base moral y su porvenir; les echó en cara el ser la causa ocasional de que la humanidad moderna vuelva á repetir la báquica canción de los

dir otras más elevadas y profundas en obsequio de la selección natural y de la lucha orgánica, malamente calumniadas por el socialismo sentimental. Ni las selecciones son tan eternas y necesarias como se supone, ni la inteligencia y la ciencia son otra cosa que las fuerzas de la realidad que han surgido de la misma vida material para dominarla. La lucha orgánica la aprovechan todas las inteligencias y todas las fuerzas, y la conquista del derecho se ha conseguido por me-

---

antiguos epicúreos: «Comamos y bebamos, que mañana no seremos.» Esta aseveración hizo que se le tachara de convencionalista, y Reclam le replicó que, de admitir su principio como regla general, habría que prohibir las cerillas químicas, porque pueden producir un incendio; ó expedir órdenes de prisión contra las locomotoras, porque han destrozado ya los cuerpos de muchas personas; ó impedir la construcción de casas de muchos pisos, á fin de que nadie se caiga de los balcones ó ventanas. No de otro modo defendió Schmidt á Haeckel contra Wirchow. También Hellwald (en la revista monística *Kosmos*, t. II, p. 180) decía: «La investigación científica sigue su tarea de encontrar la verdad, sin entrar en averiguaciones sobre quién sacará provecho de ella ni en interés de quién redundará su conocimiento.» Y el antropólogo Acby (en el Congreso de sabios de Cassel) pronunciaba estas palabras: «La ciencia no tolera medidas coercitivas; lo que se permite investigar y pensar debe también ser lícito como objeto de enseñanza.» Tales demostraciones de independencia traen á la memoria las célebres palabras de Voltaire: «La verdad goza de imprescindibles derechos; y como siempre es tiempo de descubrirla, no está nunca fuera de razón el defenderla.» O aquellas otras de Boerne: «Sólo á consecuencia de las más funestas preocupaciones se califica de inmoral ó se atribuye á debilidad de carácter un simple cambio de opinión; desprendernos de un error nos hace tan sabios como descubrir una verdad.» O las más enérgicas de Cotta: «El estudio empírico de la Naturaleza no tiene otro fin que la investigación de la verdad, sea ésta consoladora ó triste, estética ó antiestética, conforme con la lógica ó contraria á ella, racional ó absurda, necesaria ó milagrosa.» ¡Con cuánto motivo repitieron Hobber y Malebranche, Leibnitz y Helvecio que «hasta los fundamentos de la Geometría serían negados ó falseados si estuvieran en oposición con nuestros intereses!» Cf. acerca de esto la excelente disertación de Caspari: *Virchow y Haeckel ante el tribunal de la investigación científica* (1878).



dios violentos y coercitivos, como por medios suaves, persuasivos y humanos. Yo, que me precio de ser espiritualista ferviente, reconozco esta selección, esta legítima, esta sagrada, esta sublime selección en la preponderancia de la civilización sobre la barbarie y de la libertad sobre el despotismo.

El mismo Haeckel, en su obra *Ciencia libre y enseñanza libre*, ha aportado un nuevo elemento para justificar el individualismo futuro. Aparte de algunas ideas discutibles (1), hállese allí señaladas todas las ventajas del régimen individualista, y en pocas palabras se desvanecen los sofísticos argumentos con que pretenden desvirtuarlo sus estultos enemigos. Mas lo que critica Haeckel en los ideales socialistas no es lo que tienen de verdaderamente humanitario en sus principios, sino la parte de comunismo y de utopía. «La teoría de la evolución muestra que es imposible realizar la igualdad de derechos, deberes, bienes y goces que el socialismo pide para todos los ciudadanos.» Esta imposibilidad se funda, según Haeckel, en uno de los postulados más corrientes é imperiosos de la investigación natural, pero á la vez, y acaso por esa misma causa, de los peor apreciados: la fórmula de las *condiciones de existencia*. Según esta fórmula, todos los individuos son *desiguales* desde el comienzo de su vida, y aun sus propiedades

---

(1) Tales como las que apunta su discípulo *Reé* en una obra que intitula: «Origen de los sentimientos morales». Ya Matilde Reichard, en su carta á Moleschott (1856), se extravió mucho en las aplicaciones, llegando á sostener que la moralidad consiste en dar satisfacción á la naturaleza. «Mientras haya hombres á quienes una propensión, un instinto predominante excita á engañar ó hurtar, tales hombres no pueden ser intrínsecamente morales sino siendo embusteros ó ladrones... Trajeron á la vida el derecho á acabar su naturaleza y desplegarla en todos sentidos, y no pueden ser individualidades vigorosas y perfectas sino de este modo. Y como los ladrones, así los demás sujetos viciosos, aun los que nacieron para asesinos.» Apenas es necesario advertir que los monistas y evolucionistas genuinos son los primeros en rechazar deducciones tan abominables y tan absurdas.

transmitidas por herencia, sus disposiciones ó aptitudes, son más ó menos distintas. ¿Cómo, pues, se quiere que sean enteramente iguales los fines y los efectos de su proceso vital? «La teoría mencionada, agrega Haeckel, enseña además que, lo mismo entre los hombres que entre los animales y las plantas, sólo pueden vivir y florecer una reducida minoría de individuos privilegiados, en tanto que la inmensa mayoría vive en la estrechez y perece miserablemente más tarde ó más temprano.» Así pensaba Darwin, cuya principal teoría no es más que una generalización de la ley económica de Malthus, ese rey de los individualistas; así pensaba Spencer, que para librar á la humanidad de las enfermedades físicas y de los males del orden moral aconsejaba destruir los hospitales, las cárceles, los asilos de todo género abiertos á la miseria y al vicio; así pensaba Clemencia Royer, en quien la caridad y la filantropía estaban juzgadas como una estupidez, por lo que pretendía que se debía dejar á los enfermos morir y á los perversos perderse para reformar á la sociedad por «selección artificial». Haeckel, implacable también en este punto, encarece calurosamente el «ejemplo insigne» de la «cría artificial de hombres», cual se ejercitaba entre los lacedemonios y en algunas tribus indias, á la vez que tiene por incorrecta la «cría medicinal», por ser arte de prolongar durante muchos siglos las enfermedades crónicas.

A pesar de fórmulas tan desoladas y tan crudas, Haeckel no puede resignarse á que todo sér que no ocupe puesto en el festín de la vida deba morir. A los clamores que arranca el hambre al desgraciado, opone él los consuelos del sentimiento religioso. «Claro es, dice, que la tarea principal de la educación, tanto hoy como mañana, será formar con todo cuidado imaginable el carácter moral y consolidar la convicción religiosa... Independiente de todo credo ó símbolo de la Iglesia, vive en el pecho de todo hombre el germen de una genuina religión natural... cuyo pensamiento capital es el *amor...*» Pero si se advirtiera á este simpático dogmatizador que no es

posible que semejante amor y semejante moralidad puedan desenvolverse empezando por meros intereses, egoísmos y utilidades, nada tendría que responder, sino únicamente sabría notar que la sociedad cuyos individuos guardan la fe y la verdad en su trato, es más fuerte y más preparada para la lucha por la existencia que una sociedad en la cual uno miente y engaña al otro. El socialismo, que desconoce la realidad de los hechos y las verdaderas leyes del progreso humano, mira siempre como perjuicio para los nacidos de mujer el dolor y la guerra. De estas dos causas depende, sin embargo, completamente la fuerza y el vigor de las tendencias de nuestra alma. El dolor es meritorio precisamente porque es merecido, y el hombre, al adquirir la conciencia de su debilidad, adquiere la conciencia de la realidad de su destino. No ya sólo Schopenhauer, cuyo pesimismo proclama que el estado de la humanidad es desde todos aspectos sumamente miserable, sino darwinistas y discípulos de Haeckel, como Jäger, no han temido afirmar, partiendo de la necesidad de la religión comprobada en la lucha por la existencia, que el Cristianismo es la mejor de las religiones, porque es la que, en la universal concurrencia, tiene la mayor ventaja en su propia conservación. Según la observación de Schopenhauer, el Cristianismo «en general» necesita subsistir entre los hombres, por haber adquirido y conseguido en los fallos de la historia la suerte reservada á toda concepción noble, elevada y grande. «Las partes verdaderamente humanas de la doctrina cristiana, dice también Haeckel, son enteramente conformes á la naturaleza por su pureza y generosidad, y sin vacilar les doy entrada en la moral de mi religión natural monista.» Jäger va todavía más lejos: á su juicio, no sólo el Cristianismo racional, sino el Cristianismo histórico y dogmático, es una religión muy buena y ha sido un arma muy ventajosa en el combate por la vida. La fe cristiana, añade, infunde confianza y valor, y particularmente la fe en la inmortalidad del alma es muy á propósito para engendrar el sacrificio. Atendiendo á tan relevante ven-

taja, Jäger se coloca persuadido en el terreno del Cristianismo al lado del cura de almas, defendiendo las bases en que éste se funda. No son estos testimonios, como puede suponerse, conformes al verdadero espíritu cristiano, pero sí bastante significativos en labios de adversarios del Cristianismo.

Apartémonos ya de Jäger en otra dirección, seguida por biólogos y moralistas. Establécese desde luego que el amor de que habla Haeckel y que quiere conservar como base de toda virtud, consiste únicamente en que el individuo sufra, por prudencia ó por fuerza, aquellas limitaciones que fomentan su egoísmo personal. En el fondo, el instinto de felicidad no es otra cosa que la consecución personal del precio de la vida, alcanzada de un modo enteramente independiente y libre, sin mirar á un lado y á otro, haciendo sólo lo que responde á nuestras energías y á nuestras tendencias. A esto llaman monistas y evolucionistas «el fundamento racional de la vigente ley moral sobre la base de leyes naturales fijas».

Afirmase luego que de los resultados de la biología se deduce con irrefutable seguridad que el fin del individuo es la conservación de sí propio, la lucha por su existencia. Bien que el hombre mire también á la existencia y al desenvolvimiento de todo el género humano, pero solamente en cuanto es un medio para amparar los intereses individuales (1). Con semejante concepción, inútil es pensar en ideales de desinterés; no hay más que ideales de utilidad: todo cuanto vive, desde el protoplasma y la célula, hasta el hombre que piensa y ama, todo se mueve por razones de conveniencia. Esta es la última palabra del individualismo empírico en Alemania.

Entre los individualistas teóricos, Stirner es el que ha alcanzado más fama por sus atrevidas ideas sobre la moral, las cuales derivan en línea recta del socialismo hegeliano y para-

---

(1) Véase á Rolph, *Biologische Probleme*, Leipzig, 1882; Hocffeling, *Grundlegung der humanen Ethik*, Bona, 1880; Carneri, *Grundlegung der Ethik*, Viena, 1875.

dógico de los Bauer, los Ruge, los Feuerbach. Nada iguala á la claridad de sus afirmaciones egotistas: *en realidad, el yo no puede salir de otra forma de vida individual que de su pellejo*. En cuanto *yo* efectivo, sólo me es dable querer mi voluntad y pensar mis pensamientos, que son los únicos motivos de mi acción. Con audacia genuinamente fichtiana (1), Stirner reduce la existencia á subjetividad y egoísmo radical como sus únicos factores. Para él, el *yo* es el solo Dios á quien debemos servir. *Quisque sibi Deus*. El culto á la humanidad, concebida como un Gran Sér á la manera de Comte, le parece un «misticismo» absurdo é imposible. «Esa pura humanidad y ese amor místico al hombre colectivo ó al hombre género son fantasmas, palabras abstractas que no tienen sentido alguno.» El amor á los hombres, ó la *anthropolatria*, es el culto más hueco que puede imaginarse, y su valor, si alguno puede tener, no es otro que el de preparar la época del amor de sí mismo, ó sea la *autolatria*. ¿Qué me habláis, continúa Stirner, de hombre género? ¿No decís que no hay nada de real sino lo individual que dan los sentidos? Pues si la humanidad es una quimera, resto del espiritualismo y del misticismo, el individuo no debe amar á nadie más que á sí mismo. ¿Qué vale la felicidad de una abstracción si los seres reales son desgraciados? La humanidad no tiene existencia ni valor más que en los individuos que la componen, y el verdadero culto es el culto

---

(1) La moral altruista desenvuelta por Fichte en su *Wissenschaftslehre* parte del mismo punto de vista que esta moral egoísta. La idea del deber y la idea de la libertad ó del verdadero *yo* son una misma cosa, según Fichte. El *yo* se pone primitivamente por un acto absolutamente libre, y por consiguiente, por un acto creador. El deber, que es el límite del *yo*, existe sin duda alguna; pero el *yo* no se le encuentra creado, sino que lo establece el mismo: no es un *datum*, sino un *quoesitum* implícitamente contenido en la libertad y que se sostiene por sí propio. La moralidad y la virtud suponen el esfuerzo y la lucha: es, pues, preciso concentrarlas en ese *yo*, que es lo único verdaderamente libre, y que tiende perpetuamente á ser, por lo mismo que debe ser.

del individuo, el culto del *yo*, que será completo cuando todas las entidades escolásticas, como la Humanidad, la Nacionalidad, el Estado, la Autoridad y la Ley hayan cedido el puesto á una realidad única: el *yo*. Aquellos que creen aún en el ideal de la humanidad, en algún género de verdades, conviértendolo en ley para el hombre, á la cual tiene el hombre que sacrificar el goce egoísta de su vida y su ilimitada soberanía, y pertenecen al número de los sacerdotes, aunque sean los más esclarecidos filósofos y liberales. La redención de la humanidad se consumará cuando cada uno no reconozca sobre su persona, que es la única y exclusiva propiedad del hombre, ningún poder superior á él, y cuando cada uno se tenga á sí mismo como su único Dios y señor y á su propio deleite como el único fin de su vida. Para mí no existe verdad alguna, pues nada hay superior á mí. Es una ridiculez querer hacer diferencia entre mí, que soy un hombre real, y un hombre ideal, considerado como hombre verdadero, esto es, imagen fantástica de un hombre, tal como pudiera y debiera ser. Antes retrocedían los hombres religiosos en presencia del pecado; hoy retroceden los hombres ante el egoísmo: esta oposición es la misma que había en la Francia antigua entre el bien y el mal. No tengo que hacer justicia á nadie, porque la única justicia es el egoísmo ilimitado.

Deduzcamos de esta moral el derecho. Según Stirner, el derecho es el espíritu de la sociedad; si la sociedad tiene una voluntad, esta voluntad constituye el derecho, siendo éste la voluntad de dominio de la sociedad. Todo derecho existente es un derecho extraño á mí, un derecho que se me da por un sabio ó por un ignorante, pero independiente de mi verdadero derecho. Sin embargo, á él hemos aspirado hasta ahora, procurando obtener justicia de un tribunal real, papal ó popular, en el cual busco el derecho de ese tribunal, pero no el mío. Babeuf aprobaba el derecho al goce de todos los bienes por ley natural. ¡La ley social, replica Stirne, no se halla basada, por lo tanto, más que en el producto de un acuerdo. «Esto es li-

mitarse á la parte ilusoria de los derechos, pues no es suficiente admitir en estas deducciones (tan disparatadas en otro sentido) un automatismo legal ó una legislación objetiva, sino que hay que hacer de toda función pública una opinión particular. Si, por ejemplo, mato á un tigre que me ataca, no defendiendo contra él mi derecho, sino mi persona. Para que verdaderamente pueda decirse que tengo ese derecho es preciso que ejercite y realice *mi fuerza, mi poder*. El mayor enemigo de la justicia y del derecho es, pues, en sentir de Stirner, el Estado. El liberalismo supone que el derecho debe ser obligatorio para mí, porque lo ha establecido la razón humana, prescrita antes por la razón divina. Esto es una alucinación, dice Stirner, pues ni la razón humana ni la razón divina tienen realidad mientras que existan la *tuya* y la *mía*, porque *tú* y *yo* somos realidades.

Quería reflejar completa y fielmente el pensamiento de Stirner, que puramente dogmático y de afirmaciones, no merece una crítica seria. Si á algo me siento aquí obligado, es á desvirtuar la única razón que da cierta apariencia de verdad á su peregrina teoría. Dice Stirner que *yo* y sólo *yo*, puedo ser el *sujeto* de mi pensamiento y de mi voluntad, y que el motivo de mi voluntad y de mi pensamiento soy *yo* mismo; pero lo que debe decirse es que la idea de *otros* es lo único que despierta en mí la moralidad y la justicia. Oersted explicaba ya el origen de los sentimientos morales y jurídicos, admitiendo que en las primitivas relaciones el hombre debió suponer en su semejante un sér consciente como él, *y así se encontraba consigo mismo en el mundo exterior*. La percepción del *yo* no implica volición verdaderamente intelectual sino ante la idea de otro *yo* equivalente al mío y á la vez distinto de él. En este contraste de personalidades han fundado todos los filósofos el derecho de aprobar ó desaprobar las acciones humanas. Ya Mencio proclamaba que la regla de la vida es la reciprocidad; y Czolbe observó, con razón, que sin ella se concibe tan poco el derecho, como los teoremas geométricos sin admitir líneas, ángu-

los, figuras ó cuerpos determinados. De ahí también la necesidad de que los bienes de este mundo se individualicen y se personalicen con antelación á todo criterio del Estado. «Como una sociedad, decía Voltaire, se compone de muchas casas y de muchos terrenos, es contradictorio que un solo hombre sea dueño de todas esas casas y esos terrenos, y está en la naturaleza de las cosas que cada amo de casa tenga su voto para el bienestar de la sociedad. Sabida cosa es que corresponde á los ciudadanos determinar la suma con que deben contribuir para los gastos del Estado.» «Libertad y propiedad es el grito inglés. Vale más que San Dionisio y *Montjoie*. Es el grito de la Naturaleza.»

Con algo de paciencia y penetración es aún posible hallar un germen individualista en todas las teorías alemanas de psiquismo ó hiloísmo, sin que para ello sea necesario invalidar la teoría atómica, ni transportar al terreno de la sociología las antiguas disputas entre nominalistas y realistas, ni desplegar sus antinomias, tan bien y tan maliciosamente contrapuesto con motivo análogo por Wirchow en su obrita «Atomo é individuo.» Natorp creyó pronunciar una sentencia de muerte contra el individualismo tradicional, cuando proclamó que el individuo es tan abstracción como el átomo. Mas debió considerar que el individualismo germánico no sólo ve en el átomo una individualidad real—hipótesis, si se quiere, pero fundada, puesto que las más elevadas inteligencias del Universo se han acomodado á ella,—sino una individualidad formal, consciente, casi una personalidad (1). Noiré (*Grundlage der zeitgen*, p. 55) habla sin distinguos de la «obscura conciencia del átomo» y le concede una cierta «percepción», una vaga, pero indudable noción de las cosas (*vernehmen*). Cuando el pulso del éter universal, añade Noiré, obra sobre el átomo, el contenido de lo que éste llega á sentir se reduce á la sensación de

---

(1) Véase, para más detalles, el trabajo que en la revista ΣΟΦΙΑ estoy publicando con el título de *El hiloísmo*.



que ahí fuera llama algo (*draussen pocht ewtas*). Afirma luego Noiré en su obra sobre «La doble naturaleza de la causalidad» que el origen de las formas orgánicas encuentra en tal modo de ver una sanción más completa que en el criterio del transformismo mecánico ú ortodoxo. Explíquese, por ejemplo, cómo nació la *gástrula* de la *mórula*. Según Noiré, es preciso admitir para ello que sobre una célula de *mórula* cayó una partícula de mediana magnitud de una planta, la cual fue atacada al momento por aquellas células, mientras que las células vecinas no llegaron á gustar sino los extremos de esa partícula vegetal. Incitadas por la agradable sensación, las células vecinas trataron de alargarse hasta la mayor proximidad posible al trozo de planta aprisionado, y efecto necesario de este común esfuerzo fue un *arremango*, la formación de una cavidad, ó bien de una *gastrea* (*urdarm*, intestino primordial). «Es seguro, concluye Noiré, que las células han ejecutado este notable cambio de lugar con la fuerza única de que pueden disponer, esto es, con el movimiento atómico que les proporciona el calor; pero lo que les incitó á moverse fue la sensación» (1).

---

(1) Léase á Pesch: *Los grandes arcanos del Universo*, trad. Vogel, t. I, p. 562, 1890.—En estos últimos años dirigieron un ataque audaz contra el panteísmo materialista los hilozoístas alemanes, y principalmente el Dr. Meynert, en su *Mechanik des gehirbanes* (1874). El astrónomo Zoellner, iniciador de este movimiento, publicó más tarde su célebre tratado «Sobre la naturaleza de los cometas», en que defiende la espiritualidad absoluta del Universo. Yo mismo añado algunas cosas en mi citada disertación, que bien puede considerarse como la primera tentativa hecha en España para reunir y sistematizar las mejores ideas que acerca de metafísica transcendental han promulgado los realistas de última hora, y para sacar á nuestro público filosófico de la esfera abstracta á que lo ha tenido relegado la funesta escuela krausista.—«El mundo de los átomos —escribe Meynert—nos es desconocido. Bajo una forma sola, los átomos nos descubren su esencia real; bajo la de nuestra propia conciencia, la cual está ligada á la de las células nerviosas en estado de excitación. La facultad de tener conocimiento de sí propio debe estar comprendida ya en la esencia del átomo, porque si no, nuestro cerebro, complejo de áto-

No refiero estos hechos para oponerlos á la afirmación socialista y desvirtuarla; otros juzgarán si, en efecto, los esfuerzos y los propósitos de cuantos han tomado parte en esta labor individualizadora encuentran base sólida en la realidad. Quiero sólo indicar la porción de imposibilidades y obstáculos filosóficos que ofrece el estudio de la Naturaleza á los socialistas que pretendan fundar en ella sus aventurados ideales. Extendamos ahora el argumento. Suponiendo siempre exactos los principios del atomismo, el átomo es un individuo más real que el individuo orgánico, pues es la última expresión formal de la existencia y de la materia, mientras que este último es ya un todo determinado, un conjunto de partes. ¿No hay, pues, motivo para preguntarse si en lo complejo de la vida existe sólo el individuo y no la especie? ¿Y no pudiera esto mismo

---

*mos, no podría tener conciencia.»* El naturalista Naegeli desarrolla el mismo argumento, afirmando que «somos puestos en estado de placer y dolor por los movimientos de las moléculas y de los átomos elementales, y sólo de este modo llegamos á sentir. Pero como también fuera de nosotros los procesos materiales, sin excepción alguna, consisten en movimientos moleculares ó atómicos, el placer y el dolor deben tener asiento en cada partícula mínima de la materia». De esta propiedad de los átomos de traer consigo su propio conocimiento, hace asimismo mérito Zoellner, para quien «así como se atribuyen fuerzas motrices á la materia para explicar el fenómeno de la movilidad, hay que suponer sensibilidad en los procesos más elementales de la naturaleza para explicar el fenómeno de la sensación». Geiger abunda en las mismas ideas, aunque envuelto en una dicción nebulosa, nos sea difícil aclarar los extremos principales de sus teorías. Tan imposible como es—dice—el cuerpo que sentimos si no consta de átomos que no sentimos, lo es en un sér complejo viviente una sensación tan fuerte que participásemos de ella á consecuencia del movimiento por el cual se manifiesta si en los vientos, ó sea en los átomos, no sucediese algo parecido, ya que no tan fuerte, que se nos sustrae. Soy del mismo parecer que Geiger en este punto; pero no quiero hacer extensiva mi opinión á ciertos aspectos, así de doctrina como de apreciación de hechos, en que no estoy conforme con el exclusivismo hilozoísta, cosa que me llevaría demasiado lejos. Remito al lector á mi mencionado escrito sobre *El hilozoísmo*.

explicar los misterios que ofrece el conocimiento concreto de una individualidad, y la intuición relativamente clara con que determinamos el todo por la generalidad y constancia de sus leyes? (1).

Ya hemos visto lo que Virchow pensaba en 1877 sobre la necesidad de combatir el socialismo en el terreno de la ciencia y de la filosofía natural. Ahora debo añadir que el ilustre sabio no ha cambiado de opinión y ha reformado el darwinismo para mejor llegar á ese resultado. En una reunión de hombres científicos, tenida lugar en la fecha reciente de 1899, ha presentado un plan de corrección muy ingenioso y acertado, cuya transcendencia se presenta en toda su significación al compararlo con las antiguas teorías formalistas de la moral y de la justicia. El individualismo de Kant y de Fichte era un individualismo abstracto; el individualismo de Virchow es un individualismo vivaz y concreto, para el que los deberes y derechos de la personalidad no se constituyen sólo por concepciones vagas, sino que á ellas une un estímulo real de la naturaleza humana, que la biología encuentra ya anticipado en la resistencia de la célula al mundo exterior y en la unidad de los principios vitales más sencillos.

Cierto que Virchow no admite, en todo el rigor de la palabra, esta última idea. Al menos en su período antiguo, dominado por la influencia de Goodsir, consideró á las plantas y animales como simples «colonias» celulares, y creyó ver en la célula la verdadera individualidad anatómica, biológica y genética. Esta teoría perdió su valor á medida que las observaciones se fueron perfeccionando. Hoy, gracias á los experi-

---

(1) Aprovechate bien de este aforismo, el más sabio de todos: «No hay secreto para ti en el total, pero sí lo hay, y muy grande, en las partes.» (Goethe: *Faust.*, III.) He aquí una hipótesis que se opone bastante á lo que el poeta alemán llamaba «tener las partes en la mano, faltándonos el vínculo espiritual que las une» (*ihr habt die Teile in eurer Hand, fehlt leider nur das geistige Band*).

mentos de Heitzmann, Strasburgues, Russow, Turet, Frommann, etc., sabemos que nada está aislado en el organismo vivo ni hay colonias celulares independientes, sino una red de células que se relacionan de la manera más íntima para la realización de sus respectivos fines especiales y del fin general del individuo que componen. De este modo se explica la finalidad interna del viviente, finalidad que en esta nueva concepción no es ya lo opuesto, sino lo idéntico á la individualidad.

Fuera de esto, Wirchow ha dado testimonio á la verdad en la apreciación de las leyes que los darwinistas quieren hacer valer contra el triunfo del individualismo en teoría: la adaptación y la herencia. Wirchow saca conclusiones directamente contrarias á las que los darwinistas presentan como resultado de observaciones exactas. Si, en efecto, la herencia fuese la ley primordial é insustituible que preside el desenvolvimiento de los individuos, ¿cómo serían concebibles ni posibles sus numerosas desviaciones y suspensiones? (1). En esto hay una contradicción irresoluble. La herencia de los darwinistas es una  $x$  misteriosa, con la cual se quiere dar la solución de este solo misterio del organismo. La adaptación de Wirchow es un objeto de observación, por el contrario. Porque el sér vivo no implica como tal su ordenación á una forma con preferencia á otra, siéndole suficiente en principio la que le sirva para asimilar y desasimilar, para formarse y para formar otros seres. En esto no se distingue un cuerpo organizado de un cuerpo mecánico, pues ambos lo esperan todo, no de su generador primario, sino de una influencia externa que en uno y otro caso merece con justicia el nombre de causa directriz. Pero avancemos más la cuestión: si el organismo antecesor le da su

---

(1) Max Nordau, en su *Psico-physiologie du genie et du talent*, reproduce la misma observación. Para él, la adaptación y la herencia se confunden. El individuo encuentra su adaptación en su ilimitada libertad ante las circunstancias exteriores, y las formas heredadas son condiciones de existencia adquiridas en su desarrollo inmanente.

propia forma, no nos es dable determinarlo; ¿por qué hemos de admitirlo? Como hipótesis contraria, podría suponerse que la acción del mundo exterior es *exclusiva*. Entonces no tenemos ya nada necesario, sino sólo dos agentes de puro azar. Sería, pues, un abuso idéntico en biología el atribuir la adaptación á la herencia por el desdén del medio, ó el mirar toda herencia orgánica y toda persistencia funcional como algo vago y específico (*ancestral*). Hay que procurar obtener el verdadero producto de estos dos factores: la herencia y la adaptación.

Ahora podemos comprender con cuánta verdad insinué anteriormente que los individuos son las únicas realidades formales y formadas, esto es, irreducibles y determinables científicamente. No se podría decir lo mismo de las especies que están siempre en formación y transformación. Todos sus límites se presentan indecisos, vagos, borrosos, aun para los que las clasifican y estudian con el mayor rigorismo de método. Darwin desiste de definir lo que es especie, y dice que basta con que cada naturalista sepa vagamente lo que quiere significar cuando habla de una especie. ¿Sería posible que alcanzasen á tan poco las investigaciones científicas si la especie fuese una realidad anterior y superior al individuo? El origen de la herencia está precisamente en la propiedad que tiene el individuo de persistir en la especie; su fin está en esa economía á que tiende la naturaleza en la conservación de sus organismos, y ambas actividades, fijadas para siempre, son la causa de todas las afinidades individuales y específicas. Gracias á estas dos tendencias, los individuos no pueden jamás compenetrarse uno en otro ni fundirse mutuamente, conservando siempre frente á la confusión de las especies su maravillosa unidad. Tal es, en resumen, lo que la biología tiene por cierto y averiguado, y exactamente lo mismo que ella predica la sociología del género humano y de los hombres, sobreponiendo el valor de los últimos al que el socialismo concede al primero.

Otra característica puede señalarse como propia de nuestra individualidad, y que no apunta Wirchow, acaso porque constituyendo la distinción más saliente entre el átomo y el individuo, le resultaría sin duda poco escrupuloso reconocerla desde su punto de vista exageradamente empírico. Pero no, no es que la ignorara, toda vez que la utiliza en otro libro (1) contra algunos atomistas que él fustiga con razón, por presentar reparos á la admisión de las individualidades orgánicas como seres reales. Ahora bien, esa característica es que «toda apariencia (*erscheinung*) del individuo en el apogeo de su desarrollo ostenta el sello legítimo de la unidad». No en otro sentido indiqué antes que en la realidad concreta sólo el individuo viviente es algo verdaderamente existente, independiente, limitado con absoluta precisión. Los seres vivos obran ante todo y sobre todo para sí mismos, y todo lo que llegan á ser lo son de sí mismos, aunque no siempre por sí mismos. De esta manera el individuo lleva en sí propio su fin y su norma, demostrando que, á más de poseer la unidad meramente ideal del átomo, es una unidad real. Pues hagamos ahora la aplicación. Si en los meros organismos naturales, que viven sólo por la necesidad, existen fines propiamente subjetivos, no obstante relacionarse todos ellos al universo físico, ¿cómo negar esa subjetividad final al hombre que nunca se fatiga en los caminos de su perfeccionamiento personal, é instintivamente se acerca al término á que aspira: perfecta conciencia de sí, plena posesión de sí? Porque, al fin, si invocando la evolución se nos dice lo que yo admito, que la adaptación al medio social, que el equilibrio con este medio es el ideal supremo del individuo, la adaptación á sí mismo, el equilibrio con las condiciones de su desarrollo interno y de su imponente actividad, son otro ideal individual no menos supremo, y patentizan que ahí está el verdadero acrecentamiento de la vida; esto es, *máximun de potencia para la acción*: de potencia sensitiva, por

---

(1) *Vier Reden ueber Leben und Krankheit*, p. 50.

mayor grado de salud; de potencia mental, por mayor grado de conciencia; de potencia moral, por mayor grado de libertad. Por lo demás, no trato en modo alguno de confundir á lo Stirner el individualismo con el egoísmo sublimado, ni siquiera negar las bases fisiológicas de la verdadera sociabilidad, tan desdeñadas por Virchow y los alemanes. Si hay una función de la vida que parece negar el altruismo en parte, hay otra que afirma la ley eterna del amor. Si hay una *nutrición* que conserva al individuo, hay una *reproducción* que perpetúa la especie. Si hay una tendencia que induce al hombre á permanecer solo, encerrado en su debilidad, enteramente individual y ajeno á sus semejantes, hay una expansión que crea la familia y da margen á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios, á todos los heroísmos, sin los cuales la sociedad no podría persistir ni prosperar.

Después de esta exposición tan sucinta, pues para hacerla con prolijidad hubiera sido preciso un espacio de que no dispongo en este artículo, cabe proclamar definitivamente que la ciencia alemana contemporánea navega con las velas desplegadas hacia la diferenciación social, y por eso la declaro individualista en los dos sentidos de la teoría y de la práctica, independientemente de los prejuicios de patriotismo y de escuela. Y desde el punto de vista experimental se halla completamente ordenada á los hechos, puesto que lo necesario para Alemania, en el grado de evolución á que ha llegado, no es ya retirarse del movimiento de la sociedad europea, apretar los lazos de su unidad y mantener en su seno por el método de Bismarck la autoridad y la fuerza, sino volver orgánicamente y sin atavismos provocados al individualismo germánico, á lo que pudiera llamarse «feudalismo de libertad», y á la vez evitar el principio disolvente que informa los nihilismos utópicos de los pueblos eslavos, sus vecinos é inferiores á ellos en instintos sociales y patrióticos. En suma, y para decirlo de una vez: reconozco el mérito indudable de las novísimas direcciones del saber alemán hacia la idea individualista, por más que me

hubiera agradado reconocerlas radicadas en bases más amplias. En las sociologías alemanas se echa siempre de ver con claridad el punto á que hemos llegado en biología y antropología, y esto basta para darles patente de fundadas y científicas.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.



## UN IMPERIO QUE BROTO DE UNA LARGA DECADENCIA

---

De las románticas montañas de Turingia, de las leyendas que cautivaron el corazón de las generaciones, enardecieron los espíritus y nutrieron los vigorosos deseos nacionales, brota la tradición del imperio de Alemania en concepción sublime, como brota el aroma que embriaga los sentidos de las pomposas flores azules que matizan las mesas de un verdor eterno, que se extienden entre los erguidos picos, en cuya altura eleva sus muros el alcázar nacional del Kiffhauser.

Desde que el hijo del caudillo de los Jeruscos, el vencedor de las legiones de Varo en la selva teoburguesa, el *liberator haud dubie Germaniæ* de las narraciones clásicas de Tácito, el joven Arminio, en fin, apareció entre los pueblos germanos, en el siglo obscuro de la promesa, para abrir la entrada de la historia de Alemania, pasaron muchos siglos, hasta llegar á las hoy dominantes serenas cumbres del cumplimiento. La tradición hizo su etapa en el sueño triste de Federico Barbarroja, el gran emperador, el ídolo y el tesoro de Alemania, el *amor bonorum, terror malorum* de las leyendas de la Edad Media, de la edad de la fe invencible y de los presentimientos profundos que no han defraudado la historia. Allí, en aquel monte, rey de los montes de Turingia, le colocó la musa poética del pueblo, que más y más lo embellecía con los atractivos de la memoria y de la distancia. Sobre una silla ebúrnea se sentaba el Emperador, apoyando su augusta cabeza con la barba de fuego en una mesa de mármol. Allí dormía, y dor-

mía siglos enteros, el sueño de la fe, el sueño de la esperanza, el sueño de la patria. Allí dormía en el silencio de la soledad, hasta que los ancianos cuervos de los misterios, confusos, cesasen de volar en torno de la montaña encantada.

Cada cien años, Federico Barbarroja despertaba. Con ojos angustiados miraba en torno de sí. Contaba rápidamente las arenas que aún quedaban por correr en el perezoso reloj que marcaba como una hora la duración de diez siglos, y con acento melancólico preguntaba al fiel enano, vigilante de su sueño:—*¡Qué! ¿Aún vuelan los pardos cuervos en torno de mi alcázar de Kiffhauser?*

En el corazón de cada pueblo de brillantes destinos, late un mito que siente la tradición de un Mesías, en quien toman figura los deseos nacionales. Arminio salvó la libertad teutónica, cuando el poder latino era más fuerte bajo el Emperador Augusto. Pero el sueño del imperio lo creó la emulación de Carlo-Magno, y del poder de la Iglesia de Roma. La individualidad germánica, frente á la dominación latina, fue la fuente de la más generosa tradición en Alemania desde la edad más remota de la historia, desde la edad de Cristo. Desde entonces, para ella todo fueron promesas y esperanzas.

Los cuervos de la montaña de Turingia seguían volando alrededor del más épico castillo, y á través de la mesa de mármol, la barba del Emperador encantado había crecido hasta tocar el suelo con sus hebras encendidas.

Pero brilló la aurora del día de la ventura. De los montes de Suabia, en medio de la noche profunda, é iluminadas por el rayo desmayado de la luna, salieron las brillantes cabalgatas de los antiguos Emperadores del Hohensfaufen, envueltos en sus mantos de niebla. Las de los nuevos Emperadores del Hohenzollern, caminando sobre nubes esplendentes, iban precedidas del lucero de la luz. La torre de Kiffhauser se levantó como el trono de la tradición nacional. Los fulgores de la blanca aurora rompieron los tupidos velos de la noche oscura; el dulce rayo del alba coronó la enhiesta cumbre con su

púrpura imperial, y todas las montañas de Alemania brillaron sonrosadas de purísima lumbre.

El potente y majestuoso vuelo del águila alejó los cuervos del horizonte del alcázar. Bélicos sonidos poblaron los espacios.—*¡Arriba, Barbarroja!*—repetieron los ecos por todas partes. En cada piedra apareció grabada la leyenda de los Príncipes de Hohenzollern:—*Desde el peñón hasta el mar.*—Y la fantasía de los pueblos, que armándose de rayos vertieron á raudales su honrada sangre en las batallas patrias, vió á su héroe querido despertar del sueño de diez siglos, para ser el caudillo de la guardia del Rhin, y para hacer del imperio alemán el pasmo del mundo.

No concluyó aquí la maravilla: la barba roja de Federico se había plateado en el rostro de Guillermo. Pero Guillermo, como nuevo Arminio, había dicho á toda la Alemania que se extiende de las costas nevadas de Jutlandia hasta las floridas fronteras de Italia, en presencia del Augusto de Francia, del nuevo Emperador latino:—*He aquí otra vez á Varo y á sus legiones, amenazados de un destino igual.* El pueblo contestó, enardecido del sentimiento patrio:—*Pero tú eres el igual de Arminio, el Salvador.* Guillermo se armó de la espada alemana de dos filos, en cuya hoja de acero bruñido como la plata campeaba esta leyenda: *La unidad alemana es mi fuerza: Mi fuerza es el poder de Alemania.* Entonces se levantaron todas las estirpes del pueblo teutónico. Los soldados de la nueva legión se contaron por el número de los ciudadanos, y antes de que se celebraran las solemnidades de Versalles, ni de que el caballo flamígero del hulano atravesara los puentes del Rhin, por toda Alemania resonó esta exclamación unánime y universal: *¡Viva el Emperador!*

\*  
\* \*

Entretanto ¿quién era el Emperador?

El Rey Federico Guillermo III de Prusia tuvo dos hijos: el primero fue Rey, el segundo Emperador.

Pero aún más que estos hijos dichosísimos, el Rey Federico Guillermo III tuvo una ventura mayor: la de una esposa admirable en la Reina Luisa de Mecklemburgo-Strelitz, la madre augusta del Rey, la madre augusta del Emperador.

El Rey Federico Guillermo III era la imagen del Grande Federico; pero las grandes madres de Alemania no presentan el ejemplo de otra Reina como Luisa.

Cuando el entonces Príncipe Federico Guillermo la conoció en Francfort en Marzo de 1793, después de las fiestas de la coronación de Francisco, último Emperador de Alemania, herido del rayo divino del amor dijo: —*Aquella ha de ser reina, ó ninguna.* Nueve meses después, en Diciembre del mismo año, la avenida de los Tilos se inundaba de soberbios arcos para recibir en triunfo á la desposada del heredero de la corona. Berlín, desde entonces, no hizo más que celebrar frecuentemente la sencillez de la Princesa, que era un ángel de hermosura y era aún más ángel por el espíritu.

La primer anécdota con que, escandalizándose la etiqueta de la corte, hizo llorar de ternura á todas las madres del pueblo, se refirió á los días de su boda. Entre los obsequios nupciales llegó una niña á recitarla versos, y lo hizo con tanta gracia, que la Reina, enternecida de gratitud, besó á la niña en los labios, en la frente y en los ojos.—*¡Dios mío! ¿Qué ha hecho V. A. R.?* dijo la dama de honor, alborotada de aquel delito atroz de lesa etiqueta.—*¡Cómo!* contestó Luisa, *¿no debía haber hecho eso?* La corte, sin embargo, tuvo que acostumbrarse á estas llanezas.

Un poco más tarde, siendo Luisa ya Reina, celebró otro rasgo de su inmortal carácter. Visitaba la feria de Nochebuena en Berlín, y viendo que una mujer que iba á comprar en una tienda zambombas y panderos, castañas y roscas y algún nacimiento, quería retirarse ante los Reyes, le dijo Luisa:—*Pase usted, buena mujer. ¿Qué dirían los que venden si nosotros les ahuyentásemos los compradores?*—Y después de haber oído que aquella mujer tenía un niño de la misma edad que el

Príncipe real, compró para él zambombas y tambores diciendo:—*Dé usted eso, buena mujer, á su príncipe de la corona en nombre del mío.*

Solamente se vanagloriaba de ser Reina por poder derramar sus beneficios sin contarlos, y así escribía en 1797: *Soy ahora Reina, y mucho lo celebro, pues desde hoy no tengo que contar los beneficios con el cuidado de antes.*

El Rey Federico Guillermo la amaba con la ternura de un perpetuo enamorado. Un día, cuando depuestos los magníficos trajes y las preciosas joyas, el matrimonio se halló en la soledad de su cuarto, la simpática Princesa parecía á su apasionado esposo una perla que había logrado su pureza primitiva, y teniendo las manos blancas de Luisa en las suyas, el Príncipe exclamó con júbilo:—*¡Gracias á Dios que vuelves á ser esposa mía!*—*¡Cómo!*—replicó Luisa sonriendo, *¿no soy tuya siempre?*—*¡Ah! no,* arguyó Federico Guillermo suspirando, *debes ser las más veces Princesa de la Corona.*

Sin embargo, cuando fue Reina, Federico Guillermo comprendió que era la digna esposa de un Rey, de tristes aunque gloriosos destinos. Con ella compartió los peligros de la patria, y ante ella Alejandro, Emperador de los slavos, y Federico Guillermo el Rey de los germanos, su marido, hicieron juramento de amistad eterna en la solemne noche del 5 de Noviembre de 1805, ante el féretro de metal de Federico el Grande, en la iglesia militar de Postdam.—*¿No es verdad,* preguntó el Emperador al Rey en aquella ocasión suprema, *que ninguno de nosotros dos caerá solo?*—*O ambos ó ninguno,* respondió con la misma fe el Rey al Emperador, mientras Luisa bendecía aquel juramento con sus lágrimas.

¿Y por ventura no fue desde aquel día Luisa la heroína de la epopeya patria en los días de las tristezas que á la nación de Federico produjo Napoleón, aquel loco que no sabía vivir sino acaudillando soldados que se matasen combatiendo?

\*  
\*  
\*

¿Quién cuenta las derrotas de Alemania bajo el cañón napoleónico? Pero Luisa decía después de Friedland:—*Moriremos con honra, honrados por las naciones, y siempre, siempre, siempre tendremos amigos, porque los merecemos. Quizá es un beneficio para nuestros hijos haber visto ya en su juventud las adversidades de la vida. Si hubiesen nacido en el seno de la abundancia, del poder y de la gloria; si hubiesen visto correr siempre por el país las aguas de la prosperidad, hubieran imaginado que eso tenía que ser siempre así. Pero que puede suceder también lo contrario, harto lo ven en el severo semblante de su padre y en las lágrimas de su madre.*

Alentado por estos consuelos el Rey Federico Guillermo, el mejor de los hombres, como Luisa le llamaba, escribía con santa expansión:—*Tú, querida Luisa mía, me has sido más entrañable, más querida en la desventura. Ahora sé por la experiencia qué tesoro tengo en ti. Que por fuera brame la tempestad, si sólo en la unión de nuestras almas reina el buen tiempo. Por amarla con todo mi corazón, he llamado, Luisa, á nuestra hija menor. Que en ella se halle una Luisa como tú: ese es todo el bien que la deseo.*

Sin embargo, no paraba en la resignación el patriotismo de Luisa. Después de la paz de Titsitt, la innata caballerosidad del Emperador Alejandro le movió á aconsejar que Luisa celebrase una conferencia con Napoleón, para que se mejorasen las condiciones de aquel tratado suscrito bajo la espada del vencedor. Luisa no sabía ni aun si estaría cortés con el autor de la desgracia del Rey y de su país; pero, acostumbrada á sacrificarse, consintió en ello, y cuando con aire bastante despreciativo Napoleón preguntó á la Reina de Prusia:—*¿Cómo se atreven ustedes á hacer una guerra contra mí?* con dignidad contestó ella:—*Señor, era lícito á la gloria de Federico el engañarse acerca de nuestras fuerzas.*

Napoleón, encantado de la belleza peregrina de la Reina, la ofreció una flor, y ella, dominándose, la aceptó, aunque se sintió herida por las espinas de aquella rosa.—*Quisiera la rosa*

—replicó Luisa obedeciendo á una repentina inspiración patriótica,—*pero con la noble ciudad de Magdeburgo.*

No vino Magdeburgo á las manos de la Reina; pero vinieron las armas emponzoñadas de la calumnia á herir aquel corazón, el más grande de los corazones alemanes. Desde entonces, al voto de la patria se unió el voto del honor. Confiando en la Providencia, Luisa decía:—*Nuestras fronteras se extenderán hasta el Elba; no obstante, el Rey es más grande que su adversario.*

Contemplando un desierto sin una flor, si miraba á lo pasado, y divisando aún muy negros los horizontes del porvenir, la mártir de Prusia esperó que de los amantes de la patria se formase una liga santa, y á que Stein, aquel varón de corazón ardiente y fría y robusta inteligencia, concibiera los remedios á los males que affigían al país. Entonces escribió á Stein: *Conjuro á usted por el Rey, por la patria, por mis hijos, por mí misma; porque, puesto que Stein está aquí, eso me prueba que Dios no ha abandonado á Alemania.* Entonces procuró enardecer el corazón de una generación nueva, dejándola sobre la larva de la calumnia, el estímulo de la vindicación; y en las fiestas de 10 de Enero de 1810, brindando por Ermán, «el único caballero que se atrevió á romper una lanza por el honor de su Reina contra Napoleón, cuando los otros enmudecieron todos», marcó á los corazones generosos un nuevo camino del deber nacional.

Entonces, y casi ya reposando sobre el lecho de una muerte temprana, escribió, también á sus hijos, aquel testamento que decía: *Hijos míos, no hay más estado prusiano, no hay más ejército, no hay más gloria nacional. Todo se desvaneció cual la niebla que en los campos de Jena y de Auerstaedt escondía los horrores de aquellas batallas funestas. Hijos, cuando vuestra madre haya espirado, recordad esta hora fatal. Dedicad lágrimas á mi memoria, como yo las consagro á las ruinas de la patria. Pero no os contentéis sólo con lágrimas. Obrad, desarrollad vuestras fuerzas. Quizá el genio de la Prusia descenderá á vos-*

*otros, y de ese modo libertaréis á vuestro pueblo de la vergüenza y de la humillación que sobre él pesa. Hacedos hombres y aspirad á la gloria de héroes, como cumple á Principes y nietos del gran Federico.*

Toda Alemania se juzgó el escuadrón de los hijos de aquella gran madre: toda Alemania juró sobre su tumba restaurar los laureles de la historia y llenar los arcanos del destino. El genio de Schiller escribió con signos invisibles sobre el sepulcro de la Princesa de las princesas: *Infame es la nación que no lo sacrifica todo por su honra.* Y el genio alemán contestó:—*Tenemos que lidiar, para que vuelvan á brillar aquellos ojos á causa de nuestras victorias.*

\* \* \*

¿Y quién habría de ser el héroe de esta empresa? Cuando el Príncipe Guillermo Federico, nacido en 22 de Marzo de 1797, contaba apenas once años, la Reina Luisa así se lo describía á su augusto padre el Duque de Mecklemburg-Strelitz: *Nuestro hijo Guillermo será como su padre, sencillo, honrado y discreto. También en su exterior tiene con él la mayor semejanza. Sólo me parece no será tan hermoso.* Aquí la Reina añadía:—*Perdóneme usted, padre mío; todavía estoy enamorada de mi marido.*

De aquel niño nadie sabía que nació para Emperador. Durante todo su reinado, el Rey Federico Guillermo IV no tuvo un soldado mejor que su hermano el Príncipe Guillermo. En Bar-sur-Aube, en 1813, ciñó á su frente el primer laurel de la batalla, y fue condecorado con la cruz de Hierro. Los deseos de la madre se veían cumplidos, pues él era el primero de los Caballeros de Luisa que se presentaba á realizar la tradición de los tiempos y á cumplir la promesa hecha sobre el sepulcro de la Reina.

El primer soldado del Rey, como toda la corte le llamaba, fue el Regente de Prusia de 1857 á 1861; y cuando en 2 de Enero murió el Rey, su hermano, su empeño todo se dirigió á



hacer más efectivas estas promesas y á borrar con el hecho triunfante el mito de la tradición.

Desde entonces no hubo en Alemania personalidad que infundiese mayor respeto que Guillermo, la encarnación de la majestad. En toda su alma parecía que traspiraba la trasfusión del alma de la Reina su madre. Sobre aquellos ojos tan serenos y tranquilos; sobre aquella sonrisa tan benévola que animaba su semblante; sobre aquel rosado color de su rostro que le imprimía una perpetua frescura, flotaba algo vago, algo divino, algo que recordaba el sello de aquella sublime maternidad. En todas las condiciones de su persona ella se adivinaba y se admiraba, y bien puede decirse que Guillermo I fue grande, porque á la par le animaban la gran tradición secular de la patria y el grande espíritu de Luisa.

No hago historia ni mi pincel alcanza á delinear el contorno de este bello retrato. Las empresas que condujeron á Prusia desde las fronteras de Dinamarca á las fronteras del Austria y á las fronteras de Francia; las empresas que dieron su unidad política á todas las estirpes de Alemania bajo el cetro imperial del nuevo Arminio, del Barbablanca de la historia, que sustituyó en vida y en vigor al Barbarroja de la tradición, refiérenlas prolijos historiadores. Yo sólo apuntaré los rasgos de un carácter que en sus triunfos movió todas mis simpatías.

Desde que subió al trono no perdió ocasión de consignar en presencia del Comandante de Metz, con motivo de la apertura del ferrocarril de Rhin-Nae y de Saar: *Jamás consentiré que se pierda un ápice del suelo alemán.*

La campaña de Bohemia fue la primera prueba del nuevo poder alemán. Para correr á esta aventura, el Rey Guillermo demostró con evidentes hechos qué fe depositaba en los grandes hombres que rodeaban su trono: en Bismarck el alma de su política, y en Moltke el genio de sus banderas. Pero al mismo tiempo demostró también en aquella campaña cuál era su valor personal y cuán dignos de él los Príncipes de Prusia.

El día de Koenigsgraezt, que los franceses llamaron Sadowa, fue el día de las pruebas irrecusables. Medio día iba pasado en la pelea sin que hubiese aparecido aún el salvador, el Príncipe heredero. En aquellos momentos de zozobra los ojos de águila de Bismarck descubrieron su ejército, que llegaba á la refriega con la misma oportunidad que el de Blücher llegó al campo de Waterlloo. Con él iba la victoria.

El anciano Rey precipitóse impetuoso en medio del fuego de las granadas. Bismarck quería detenerlo para que no buscase el peligro cierto. Pero el Rey Guillermo le contestó: — *¿Cómo podría yo dejar de presentarme cuando mi ejército está en el fuego?*

El otro soldado de aquel día que rivalizaba con el Príncipe de la Corona en noble celo para obtener la palma de la victoria en presencia del anciano Rey, era el Príncipe Federico Carlos. — *Tu ejército ha llevado á cabo cosas grandes*, le dijo al concluir la jornada el Rey Guillermo. — *Podrá hacer cosas mayores*, contestó el Príncipe. Su respuesta fue también una frase del juramento solemne y santo que todos los Príncipes de Prusia habían hecho en aras de la unidad de Alemania sobre la tumba de la Reina Luisa.

Aquel día fue de grandes entusiasmos. — *Toma, hijo mío: la has merecido*, decía el Rey á su amado Fritz, poniendo sobre su pecho en presencia de los soldados la misma cruz que él ganó en Bar-sur-Aube en 1813; y los mismos soldados, al ver al viejo Rey al frente de las Compañías, al perseguir al enemigo, entre la embriaguez del júbilo y del enternecimiento abandonaban las filas y acudían á cubrir con sus besos las manos de Guillermo. Describiendo esta escena: — *¡Tuve que consentirlo!* escribió el Rey á la Reina Augusta.

Nada hubo más patético que la declaración de la guerra entre Francia y Alemania en 1870. La ofensa inferida al venerable Rey en los baños de Ems por el Conde de Benedetti, embajador de Francia, á causa de la imaginaria Corona de España, cubrió de carmín las mejillas de todo el pueblo ale-

mán. Todos los mitos y toda la historia despertaron de repente. La raza germánica salió de su sueño. El instinto nacional comprendió que había llegado la plenitud de las promesas y de su civilización.— *Diga usted al Conde* — decía el Rey á su ayudante con una calma de hierro cuando el Embajador se presentó por última vez en su estancia—*que no tengo que comunicarle más*. El Embajador se retiró; el pueblo, que vigilaba su salida, leyó en su rostro esta palabra: *¡Guerra!* Y cuando el Rey abandonó á Ems, le vitoreó con entusiasmo, sobre todo cuando subido sobre el vagón decía, despidiéndose, á los que allí quedaban: — *Hasta la vista*. El pueblo contestó con un grito que resonó hasta en las nuevas provincias de Hesse y Hannover: — *¡A París! ¡Viva nuestro Rey Guillermo!*

A su llegada á Berlín, el Rey entró en el bosque de Pinos del florido jardín de Charlottenburgo, donde está el mausoleo de sus augustos padres, y ante el sarcófago donde, ornada de una corona de oro, cerrados los cansados ojos, duerme en dulce sueño la más alemana de las alemanas, gloria de la patria, adorno del trono, ídolo del Monarca, aurora de Prusia, genio del espíritu teutón, pasó de hinojos orando un cuarto de hora. El mismo día renovó el glorioso premio de Luisa, creado por Federico Guillermo III: *la cruz de Hierro*. Llevando el escudo de la madre, llevando las promesas de la patria, ¿cómo el Rey Guillermo no había de salir vencedor? Pero las promesas eran más altas, y el que entró en las campañas germánico-latinas como Rey de Prusia, el que, nuevo Arminio, salió del Rhin á defender las fronteras alemanas, realizó el sueño del encantado Barbarroja y salió coronado en Versalles Emperador de Alemania.

Los amantes de las glorias prusianas no olvidarán jamás los rasgos de ternura del Emperador en medio del enjambre de sus hijos citados por la Francia á los umbrales de la muerte. Todos como él eran héroes, y con todos se portó como se portan los grandes corazones. Ninguno se quejó de su injusticia, pero todos recordaban sus bondades.

¿Quién ha olvidado á aquel joven oficial herido en Gorce, que llevaba en su pecho una rosa encarnada y la ofreció como último homenaje de amor á su Rey, cuando éste le vió en el lecho de sus dolores, y cuando la muerte parecía que había ya impreso su pálido sello en su frente? Tampoco el Rey, que, conmovido en el alma, colocaba aquella rosa en su corazón, olvidó á aquel leal oficial, y sabiendo que éste había recobrado la salud, le remitió en la Nochebuena del año siguiente un lienzo peregrino *para que supiera la posteridad*—según el mismo Guillermo escribió á aquél bravo oficial—*que un fiel alemán pensó en su Rey aun en momento tan triste y en hora tan obscura, y que su Rey le quedó siempre agradecido*. El cuadro de oro con una rosa labrada en plata, es una bella alegoría de la noche sangrienta de Gorce. ¿No era este recuerdo digno de un Emperador como Guillermo?

\*  
\* \*

Gracias al Emperador Guillermo, las promesas del tiempo y el testamento de Luisa fueron cumplidos. La Alemania fue una y el Rhin alemán, con lo que la calumnia de Napoleón quedó vengada.

Ni la madre pudo pedir á Dios un hijo más bueno, ni la patria un héroe más insigne. Los cuervos de negras alas huyeron de las montañas de Turingia.

Federico Barbarroja despertó del sueño de los siglos, y al volar su espíritu con invisibles alas á una morada inmortal, convertida en brillante página de la historia la leyenda tradicional, arrojó sobre la noble frente del anciano Guillermo la corona de eterno lauro tejida por la aspiración de los siglos y enlazada con los violados lirios perfumados de una mística esencia que crecen en la solitaria tumba, nido de flores patrias que se alza en medio del espeso bosque de pinos, protector del hermoso jardín de Charlottenburgo. De ella emanan dos ben-

diciones celestes: la bendición de la patria, la bendición de la madre.

¡Oh patria amada, mi noble y santa madre! ¡Oh sepulcro del Escorial, que encierra el mejor de los Reyes, cuyos dominios ha mutilado el infortunio! ¿Habrá brillado ya para España también su nuevo Arminio?

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

# LECTURAS AMERICANAS

---

SUMARIO: *Revista positiva*.—Una conferencia importante del profesor Sumner.—La conquista de los Estados Unidos por España.—El imperialismo español.—La mentira de la intervención en Cuba.—Injusticia del imperialismo yanqui con España.—La locura del patriotismo.—Los Estados Unidos no pueden ser nación colonizadora.—La doctrina yanqui de la igualdad y el imperialismo.—El militarismo.—El sistema inglés.—La política económica.—El arbitraje y la cuestión del *Maine*.—La república ideal.—Errores en punto á la colonización española.—Artículos de D. Telesforo García.—Patria, raza y humanidad é iberoamericanismo.—La intimidación iberoamericana.—Panamericanismo.—El peligro yanqui.—El arbitraje.—Condiciones de la aproximación iberoamericana.—*Filosofía y letras*.—La psicología de la atención.—Experimentos sobre el tiempo de reacción.—Dos cronistas de la conquista del Río de la Plata.—Schmidel y Villalta.—Leyendas.—El concepto de felicidad en Fr. Luis de León, Horacio y Fontenelle.—*Libros*.—Cuentos ticos.—Documentos peruanos.—Obras de Pedro Pablo Figueroa.—El sistema dactiloscópico.—Otras publicaciones.

La excelente *Revista positiva*, de Méjico, ha tenido el buen acuerdo de traducir y publicar en su número de Enero último una conferencia de William G. Sumner, titulada *La conquista de los Estados Unidos por España*, que su autor leyó no hace mucho en la Universidad de Yale. El título es de efecto, aunque completamente paradójico, pues los Estados Unidos no necesitaban para nada nuestro contagio en punto á las ambiciones imperialistas que, precisamente, emplearon en daño nuestro, con premeditación bien demostrada. Pero si por este lado la tesis del profesor Sumner es falsa, tiene, por

otro, gran interés en cuanto revela, con autoridad irrecusable, los estragos que el imperialismo ha hecho ya en la gran República americana y profetiza los que en breve plazo han de seguirse si no se rectifica la ruta en mal hora emprendida.

Empieza el Sr. Sumner definiendo el sentido de su conferencia. «España fue el primero, por largo tiempo el más grande, de los modernos Estados imperialistas. Los Estados Unidos, por su origen histórico, por sus tradiciones y sus principios, son, ante todo, los representantes de la revolución y reacción contra esa clase de Estados... Hemos vencido á España en una lucha militar, pero estamos sometidos á ser conquistados por ella en la campaña de las ideas y de la política. El expansionismo y el imperialismo no son sino las viejas filosofías de prosperidad nacional que han llevado á España á lo que ahora es. Esas filosofías halagan á la vanidad y concupiscencia nacionales. Son seductoras, especialmente á primera vista y al juicio más superficial, y por lo tanto no puede negarse que son de gran fuerza para el efecto popular. Son ilusiones, y ellas nos conducirán á la ruina, á menos que seamos bastante fuertes de ideas para resistirlas» (1).

Pasa luego á explicar lo que es el imperialismo y el aspecto que ofreció con motivo de la cuestión de Cuba. Las declaraciones de Sumner, aunque no hacen más que confirmar cosas ya sabidas, merecen consignarse como un nuevo testimonio de cargo, que deben conocer los que sólo encuentran palabras de censura para España.

«La guerra, la expansión y el imperialismo (dice) son cuestiones de política y nada más. Yo desdeño todos sus demás aspectos y todos los elementos extraños que han estado entremezclados con ellos. El otro día recibí una circular de una nueva empresa educacional en que se indicaba, por razón de nuestras nuevas posesiones, que ahora debemos dedicar estu-

---

(1) Por de contado, dejamos toda la responsabilidad de la traducción del artículo del Sr. Sumner al traductor de la *Revista positiva*.

dio especial á la historia, á la economía política y á lo que es llamado la ciencia política. Me pregunté á mí mismo por qué. ¿Qué más razón hay para que ahora prosigamos estos estudios en pro de nuestras dependencias, de la que había antes para proseguirlos en pro de nosotros mismos? En nuestros procedimientos de 1898 no hicimos uso de ningún conocimiento que tuviéramos en cualquiera de esos temas de estudio. La causa original y principal de la guerra fue *un movimiento de tácticas parciales en la disputa de los partidos en Washington*. Luego que pareció resuelta, cierto número de intereses empezaron á ver ventaja en ella y se apresuraron á apoyarla. Fue necesario hacer llamamientos al público que trajeran enteramente otros motivos para el sostén de la empresa y para lograr la aprobación de las clases que nunca permitirían engaños financieros ni políticos. Tales llamamientos fueron encontrados *en las afirmaciones sensacionales que no teníamos medios de probar*, en las frases de patriotismo declarado, en las relaciones acerca de Cuba y los cubanos *que ahora sabemos eran enteramente falsas.*»

El profesor Sumner tiene por enorme desacierto aquella determinación. «Es opuesto á la política honrada arriesgar la prosperidad del Estado por intereses parciales. No era político publicar *una declaración solemne de que no tomaríamos ningún territorio*, y especialmente caracterizar tal acción de antemano como «agresión criminal», porque era moralmente cierto que saldríamos de alguna guerra con España en posesión de territorio conquistado, y que las gentes que desearan la guerra, ó que la consintieran, esperaban que así lo haríamos. Hablamos acerca de «la libertad» siempre en un sentido halagüeño y sencillo, como si la libertad fuera una cosa fácil que los hombres pudieran tener si quisieran y en el grado que la quisiesen.»

Y reforzando el argumento, añade con razón sobrada:

«Nosotros nos jactamos de ser un pueblo de gobierno propio, y bajo este respecto, particularmente, nos comparamos



con orgullo con las naciones más viejas. ¿Cuál es la diferencia después de todo? Los rusos, á quienes siempre pensamos como colocados en el polo opuesto de las instituciones políticas, tienen gobierno propio, si por ello entienden ustedes de común acuerdo que un pequeño grupo del pueblo á la cabeza del gobierno convenga en formarlo. La guerra con España fue precipitada sobre nosotros, sin reflexión ó deliberación, y sin la debida formulación de la opinión pública. Siempre que una voz se levantó en pro de la deliberación y las máximas reconocidas de la política, fue callada con una tempestad de vituperios é hipocresía. Todo fue hecho para obligarnos á desechar la sobriedad de pensamiento y la tranquilidad de juicio, y para inflar todas las expresiones con epítetos sensacionales y frases ampulosas. . . . .

»El patriotismo está degenerando en una nerviosa intoxicación que es fatal á la interpretación de la verdad. Construye á nuestro alrededor un paraíso de locos, y nos conducirá á errores acerca de nuestra posición y relaciones, semejantes á esos que hemos estado ridiculizando en el caso de España.»

Entrando ya en el problema mismo de la novísima colonización yanki, el Sr. Sumner argumenta del siguiente modo:

«Los Estados Unidos no pueden ser *todavía* por largo tiempo una nación colonizadora. Tenemos solamente 23 personas por milla cuadrada en los Estados Unidos de Alaska. El país puede multiplicar su población por 13, esto es, la población podría aumentar más de un billón antes de que todo el país estuviera tan densamente poblado como ahora está Rhode Island. Luego no hay plétora humana, que es la primera condición de la expansión nacional, y no hay otra razón para ella, á menos que compráramos otro territorio como el Valle del Mississipi, sin población civilizada. Si pudiéramos hacer eso, se diferiría el día del exceso de población aún más allá, y haría más fáciles las condiciones para nuestro pueblo en las generaciones próximas. En segundo lugar, las islas que hemos tomado á España nunca pueden ser la residencia de familias.

americanas, removiéndose y estableciéndose para formar sus hogares allí. Las condiciones del clima lo prohíben. Aunque los españoles se han establecido en la América española, aun en los trópicos, los inconvenientes de gobierno español provienen largamente del hecho de que los españoles han ido á las colonias como aventureros, ansiosos de hacer fortuna lo más pronto posible, para volver á gozar á España. Que la relación de nuestras gentes con estas posesiones tendrá ese carácter, es ya claro. Es, por lo tanto, inexacto hablar de un sistema colonial, describiendo nuestra relación con estas dependencias; pero, pues que no tenemos otra dicción, vamos á usar esta misma, á inquirir *qué clase de sistema colonial vamos á establecer.*»

Demuestra luego la contradicción que hay entre los principios políticos yankis y el imperialismo, no ocultando las injusticias cometidas en el mismo territorio de los Estados Unidos con los pueblos considerados como inferiores.

«Los americanos se han encargado, desde el principio, de la doctrina de que todos los hombres son iguales. La hemos elevado como una doctrina absoluta, como una parte de la teoría de nuestro edificio social y político. Siempre ha sido un dogma doméstico á pesar de su forma absoluta, y como un dogma doméstico ha permanecido siempre en notoria contradicción con los hechos referentes á nuestros indios y negros, y con nuestra legislación contra los chinos. Debe en su forma absoluta, por supuesto, aplicarse á los kanakas, á los malayos, á los tagalos y chinos, lo mismo que á los yankis, los alemanes y á los irlandeses. Es un fenómeno asombroso el de haber vivido para ver las armas americanas sostener este dogma doméstico donde debía ponerse en prueba de su aplicación á las gentes bárbaras y medio civilizadas. Al primer intento desechamos la doctrina y adoptamos la doctrina española. Nos dicen todos los partidarios del imperialismo que estas gentes no son á propósito para la libertad y gobierno propio; que es rebelión para ellos resistir nuestra influencia; que debemos en-

viar armadas y ejércitos para matarlos, si lo hacen; que debemos inventar para ellos un gobierno y administrarlo nosotros mismos; que podemos comprarlos y venderlos á voluntad y disponer de su «comercio» en nuestra propia ventaja. ¿Qué es eso sino la política de España con sus dependencias? ¿Qué debemos esperar en consecuencia? Nada, sino que nos llevará á lo que España es hoy.

»Pero entonces, si no es razonable para nosotros retener esas islas como dependencias, me preguntarán si pienso que debamos admitirlas en nuestra unión, á lo menos á algunas de ellas, y permitirles ayudar á gobernarnos. Ciertamente, no. Si esa cuestión se propusiese, entonces la cuestión de que, si á nuestro juicio, son ó no capaces de gobernarse, quedaría en pie.»

Este punto de vista se explica por los siguientes hechos y razonamientos:

«Las trece colonias americanas, como todos nosotros sabemos, eran repúblicas independientes unas respecto de las otras. Tenían poca simpatía y mucha envidia unas de otras. Se unieron en términos que fueron estipulados y definidos en la Constitución, pero se unieron de mala gana y solamente bajo la presión de la necesidad. Lo que fue al principio solamente una débil combinación y alianza, ha venido á constituir después un gran estado en la historia de un siglo. Nada, sin embargo, ha cambiado lo que fue la primera condición de la unión, á saber: que todas las entidades estarían al mismo nivel de la civilización y desarrollo político; que todas tendrían las mismas ideas, tradiciones y crédito público; que sus programas é ideales sociales serían de suerte que mantuvieran cordial simpatía entre ellas. La guerra civil resultó del hecho de que esta condición fue imperfectamente cumplida. En otros tiempos las diferencias en el punto de vista y el principio, ó en ideales y opiniones, han producido discusiones en la confederación. Tales crisis son inevitables en cualquier Estado confederado. En tal sistema, es de la más alta política evitarlas ó eludirlas; y

sobre todo, nunca recibir voluntariamente elementos heterogéneos. La prosperidad de tal estado depende más y más de acrecentar la simpatía entre sus partes, á fin de que las diferencias que germinen puedan ser fácilmente armonizadas. Lo que necesitamos no es más extensión, sino más intensidad. Síguese, entonces, que no es prudente aceptar en un estado como éste ningún elemento extraño que no congenie con él. Tal elemento obrará como un elemento de disolución para él. Por consiguiente, nuestras nuevas conquistas nos ponen frente á frente de este dilema: ó debemos tenerlas como posesiones inferiores, gobernadas y explotadas por nosotros de un modo semejante al viejo sistema colonial, ó debemos recibirlas como iguales á nosotros mismos, en cuyo caso nos ayudarán á gobernar y corromper un sistema político que no entienden y del que no pueden participar. De ese dilema no hay salida, excepto darles la independendencia y dejarles ver su propia salvación ó quedarse sin ella.»

Por otra parte, la doctrina de que los Estados Unidos deben quitar á las otras naciones sus colonias cuando crean que pueden gobernarlas mejor, obliga á organizar militarmente el país, en previsión de las guerras futuras, y «nuestros vecinos tendrán razón en preguntarse á quién atacaremos la próxima vez. Esto les llevará á armarse también, y por nuestro modo de obrar, *todo el mundo occidental se sumergirá en la ansiedad militar en que gime el mundo oriental*».

«Pero se dice que no adoptaremos el sistema español, sino el inglés.» El autor afirma que «el hecho más espléndido en la historia de Inglaterra es que, desde las guerras de Napoleón, invariablemente ha corregido los abusos, ha enmendado sus instituciones, reparado agravios, y así ha hecho su moderna historia una historia de mejoramiento de todas sus instituciones sociales, políticas y civiles. Para hacer esto ha tenido que vencer las viejas tradiciones, las costumbres establecidas, los derechos consagrados y todos los otros obstáculos que retardan ó impiden el progreso social. La consecuencia es que las

tradiciones de su servicio público, en todos sus ramos, han sido purificadas, y que un grupo de hombres ha crecido, los que tienen un espíritu noble, altas razones, métodos honrados y arquetipos excelentes. Al mismo tiempo la política del país se ha estado desarrollando constantemente, ilustrándose más y más con respecto á todos los grandes intereses de la sociedad. Estos triunfos de la paz son mucho más grandes que cualesquiera triunfos de la guerra. Requiere más valor nacional corregir los abusos que ganar batallas. Inglaterra se ha mostrado muy deseosa, á la verdad, de aprender de nosotros cualquier cosa que pudiéramos enseñarle, y nosotros aprenderemos mucho de ella sobre asuntos de mucha más importancia que la política colonial. La reforma de su política colonial es solamente una parte, y tal vez una consecuencia de los progresos hechos, en otros sentidos, en su sistema político».

Pero el sistema inglés es aristocrático, «extraño á nuestras ideas, gustos y métodos»... «Además, Inglaterra tiene tres diferentes sistemas coloniales, según el desarrollo de la población residente en cada colonia ó dependencia, y la selección del que adoptáramos y aplicáramos, envuelve todas las dificultades de inventar un sistema nuevo independiente.»

Hay otra dificultad también que se enlaza con la cuestión de imponer tributos á las colonias ó territorios dependientes. Si intentáramos esto—dice el autor—repetiríamos la conducta de Inglaterra, que produjo la sublevación de sus colonias americanas, y tendríamos que «quemar todos nuestros libros de historia americana», modificar «todos los grandes principios de nuestra época heroica» y repudiar «á nuestros grandes hombres de esa época».

Por último, el sistema inglés resulta hoy tan injusto para la metrópoli como antes lo era para las colonias, puesto que éstas imponen tributos á la madre patria y limitan su comercio con ellas, perjudicándola.

El Sr. Sumner termina esta primera parte de su conferencia con el siguiente párrafo, no muy halagüeño ciertamente

para los patriotas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que fiaban en las promesas yankis:

«La conclusión de esta parte del asunto es que es fundamentalmente contrario á nuestro sistema doméstico retener dependencias que son indignas de entrar en nuestra Unión. Nuestro sistema no puede extenderse para recibirlas, ó ajustarse á ellas para excluirlas sin sacrificar su integridad. Si recibimos las dependencias (las cuales, como ahora estamos de acuerdo, no son dignas de figurar como Estados), habría constante agitación política para admitirlas como Estados, porque tal agitación sería fomentada por cualquier partido que piense que puede ganar votos por ese medio. Habría un enorme error político en una guerra que nos traería seguramente á este predicamento.»

Inconvenientes de otro orden, pero no menos graves, encuentra el Sr. Sumner en la política económica que hubiera de aplicarse á las nuevas posesiones. Si se establece el libre cambio, entonces ningún beneficio reportarán á la metrópoli; si el sistema restrictivo, se caerá en los mismos errores y abusos de las naciones antiguas y se sembrarán gérmenes de guerras.

Otro hecho que conviene tener en cuenta es el efecto del imperialismo sobre la democracia, ó sea la lucha inevitable que sobreviene entre el militarismo y la vida civil. Refiriéndose á Europa, dice el autor que «el militarismo es el que está consumiendo todos los productos de la ciencia y el arte y destruyendo sus ahorros. Es el militarismo el que impide al pueblo prestar su atención á los problemas de su felicidad y á su solidez, á la educación y conveniencia de sus hijos. Es el militarismo el que se opone á los grandes esfuerzos de la ciencia y el arte para mejorar la lucha por la existencia».

En este mal caerán los Estados Unidos de seguir la política iniciada. «¿Qué sucederá—dice—el día que nuestras ventajas presentes desaparezcan, y en que descendamos á las condiciones de las naciones más viejas y más densamente pobladas?

La contestación es: la guerra, la deuda, la imposición de los derechos, la diplomacia, un gran sistema de Gobierno, la pompa, la gloria, un gran ejército y marina, los gastos prodigiosos, el «chantaje» político, en una palabra, el imperialismo. En los viejos días, las masas democráticas de este país, que conocieron poco acerca de nuestras doctrinas modernas de la filosofía social, tuvieron un instinto sano sobre estos asuntos, y el verlo declinar no es una causa pequeña de inquietud política. Resistieron á todos los llamamientos de su vanidad en el camino de la pompa y la gloria, los cuales sabían deben pagarse. Tuvieron recelo de una deuda pública y un ejército permanente. Eran entendimientos limitados é iban demasiado lejos con estas nociones, pero á lo menos tenían razón si quisieron fortalecer la democracia.»

«El gran enemigo de la democracia, ahora y en lo sucesivo, es la plutocracia. Todos los años que pasan, muestran este antagonismo más claramente. Ha de ser la guerra social del vigésimo siglo. En esa guerra, el militarismo, el expansionismo y el imperialismo, todos favorecerán la plutocracia. En primer lugar, la guerra y el expansionismo favorecerán el «chantaje», tanto en las dependencias como en el interior. En segundo lugar, desviarán la atención del pueblo de lo que hacen los plutocráticos. En tercer lugar, irrogarán grandes gastos con el dinero del pueblo; las ganancias del cual no entrarán en la Tesorería, sino en las manos de algunos proyectistas. En cuarto lugar, demandarán una gran deuda pública é impuestos, y estas cosas especialmente contribuyen á romper la igualdad entre los hombres, porque cualesquiera cargas sociales gravitan más pesadamente sobre los débiles que sobre los fuertes, y así hacen más débiles á los débiles y más fuertes á los fuertes. Por lo tanto, el expansionismo y el imperialismo son un gran ataque contra la democracia.»

Aludiendo al cambio de principios políticos que se observa en los Estados Unidos, dice: «Si la nación los ha aceptado, jurándolos, fundando su legislación en ellos, introduciéndolos

en las decisiones de sus Tribunales, y después los desecha en el plazo de seis meses, pueden ustedes estar seguros de que esa nación sufrirá un choque del género más grave en su rectitud moral y política. Hace tres años estuvimos propicios á luchar contra Inglaterra para forzarla á arbitrar una discusión que ella tuvo con Venezuela. La cuestión acerca del *Maine* fue el motivo más digno de arbitraje que nunca se originó entre dos naciones, y rehusamos escuchar semejante proposición. Hace tres años, si ustedes hubieran dicho que alguna proposición presentada por alguien era «inglesa», ese alguien hubiera sido objeto de un tumulto en las calles. Ahora los ingleses son nuestros amados amigos, y vamos á tratar de imitarlos y de adoptar su método de hacer las cosas. Están animándonos á meternos en dificultades; primero, porque nuestras manos estarán ocupadas y no podremos intervenir en ninguna otra parte, y segundo, porque si estuviéramos en dificultades necesitaríamos aliados, y piensan que serían escogidos por nosotros como tales. Algunos de nuestros periódicos públicos han estado emitiendo ideas sentimentales durante varios años acerca del arbitraje; pero en el último verano tomaron un rumbo opuesto, y empezaron á emitir ideas sentimentales acerca de los beneficios de la guerra.»

El final de la conferencia es tan interesante, que no nos atrevemos á quitarle ni una línea. Refiriéndose á los antiguos ideales de los Estados Unidos, dice:

«Y todavía este esquema de una República que formaron nuestros padres era un sueño glorioso, que demanda más de una palabra de respeto y cariño antes de desaparecer. Ciertamente, no es justo llamarla un sueño ni un ideal. Era una posibilidad que estaba dentro de nuestro alcance, si hubiéramos sido bastante sabios para conseguirla y conservarla. Fue favorecida por nuestro relativo aislamiento, ó, á lo menos, por nuestra distancia de los otros Estados fuertes. Los hombres que vinieron aquí podían desear las cargas de la tradición y la doctrina establecida. Fueron á una tierra yer-



ma, es verdad, pero llevaron con ellos todo el arte, la ciencia y la literatura que hasta ese tiempo la civilización había producido. No podían, es verdad, desnudar sus mentes de las ideas que habían heredado, sino que con el tiempo, como continuaban viviendo en el Nuevo Mundo, cernieron y eligieron estas ideas, reteniendo las que recogieron. De las instituciones del Viejo Mundo, también eligieron y adoptaron las que escogieron, y desecharon las demás. Era una gran oportunidad para poder despojarse así de todas las locuras y los errores que habían heredado, tanto como ellos lo quisieron. Tenían tierra ilimitada, sin restricciones feudales para impedirles usarla. Su idea era que ellos no permitirían nunca crecer aquí ninguno de los abusos sociales y políticos del Viejo Mundo. No habría señoríos, ni barones, ni categorías, ni prelados, ni clases ociosas, ni pobres, ni desheredados, excepto los viciosos. No había de haber ejércitos, excepto una milicia, la cual no tendría otras funciones que las de la policía. No tendrían corte ni pompa; ni órdenes eclesiásticas, ni cintas de seda, ni condecoraciones, ni títulos. No tendrían deuda pública. Repudiaron con desdén la noción de que la deuda pública es una felicidad pública. Si la deuda provenía de la guerra, habría de pagarse en paz y habría de perpetuarse sobre la posteridad. No habría de haber gran diplomacia, porque pensaron solamente meterse en lo que les importaba, y no ser envueltos en ninguna de las intrigas á las cuales estaban acostumbrados los estadistas europeos. No habría de haber ningún equilibrio del poder y ninguna «razón de Estado» que costase la vida y la felicidad de los ciudadanos. La única parte de la doctrina de Monroe que tiene validez, es su determinación de que los sistemas sociales y políticos de Europa no se extenderían sobre ninguna parte del Continente americano, por miedo de que las gentes que eran más débiles que nosotros, perdieran la oportunidad que les daba el nuevo Continente para escapar de esos sistemas, si así lo deseaban. Nuestros padres querían tener un gobierno económico, aunque los grandes hombres

lo nombraran un gobierno parsimonioso, y los impuestos no serían más grandes que lo que era absolutamente necesario para pagar tal gobierno. El ciudadano había de guardar todo el resto de sus ganancias, y las usaría como mejor pensara para su propia felicidad y la de su familia. El ciudadano habría de tener, sobre todo, asegurada la paz y la tranquilidad mientras que prosiguiese su industria honrada y obedeciera las leyes. Ninguna política aventurada de conquista ó ambición, tal cual, en su opinión, los reyes y los nobles la habían forzado, para su propia ventaja, en los Estados europeos, sería nunca ensayada por una República liberal y democrática. Por lo tanto, el ciudadano aquí nunca sería forzado á dejar su familia ó á dar sus hijos para verter la sangre por la gloria, y para dejar viudas y huérfanos en la miseria por nada. La justicia y la ley habían de reinar en medio de la sencillez, y un gobierno que tenía poco que hacer había de ofrecer poco campo para la ambición. En una sociedad en que la industria, frugalidad y la prudencia serían honradas, se creería que los vicios de la riqueza nunca florecerían.

»Sabemos que estas opiniones, esperanzas é intenciones, han sido sólo parcialmente cumplidas. Sabemos que como el tiempo ha pasado y hemos crecido numerosos y ricos, algunas de estas cosas han resultado ser ideales imposibles, incompatibles con una grande y floreciente sociedad; pero es en virtud de este concepto de República como los Estados Unidos han persistido como algo único y grande en la historia de la humanidad, y que su pueblo ha sido feliz. Es en virtud de estos ideales como hemos estado «aislados», aislados en una posición que las otras naciones de la tierra han observado con silenciosa envidia, y todavía hay gentes que se jactan de su patriotismo, porque dicen que hemos tomado nuestro lugar *ahora* entre las naciones de la tierra en virtud de esta guerra. Mi patriotismo es de la clase que se siente altamente insultado con la noción de que los Estados Unidos nunca fueron una gran nación sino hasta que en una pequeña campaña de tres

meses hicieron pedazos á un Estado viejo como España, pobre y en bancarrota. Tener semejante opinión es abandonar todos los programas americanos, y cubrir de vergüenza y desdén todo lo que nuestros antepasados trataron de edificar aquí, y unirse á los planes de que España fue representante.»

¡Lástima que persona de tan buen sentido como el profesor Sumner incurra en la vulgaridad, hija de una profunda ignorancia de la verdadera historia, de creer en «la fría é innecesaria crueldad de los españoles contra los aborígenes», á los cuales «casi exterminaron en ciento cincuenta años», después de haberlos puesto el Papa «bajo la servidumbre» de los conquistadores, y de afirmar que «el sistema colonial inglés no era, ni aun aproximadamente, tan duro y tiránico como el de España»!

En la misma revista viene publicando D. Telesforo García—de quien he hablado más de una vez á mis lectores—una serie de artículos de indudable importancia para nosotros. El primero de ellos, en los números que tengo á la vista, se titula *Patria, raza y humanidad é iberoamericanismo*. Después de afirmar la sustantividad de las razas históricas, como grupos diferenciados con sello intelectual propio, plantea la siguiente cuestión: ¿Existe una raza hispanoamericana como variedad de la raza latina? El autor combate la doctrina que supone términos contradictorios los de *patria, raza y humanidad*, aunque sin afirmar «la permanencia de las nacionalidades actuales, ni mucho menos la eternidad de la forma bajo la cual se desenvuelven ahora».

«Ciertamente que, en algún sentido, la Patria y la Raza significan lucha, significan defensa de cuanto les es necesario para afirmar su sér, frente á otros seres de índole parecida. ¿Pero no sucede otro tanto en la Naturaleza, con todos los seres organizados? ¿Hay alguno sustraído á la ley que nos impele á batallar por la existencia? ¿Podemos ir del hombre á la Humanidad sin necesidad de pasar por organismos intermedios? Por la Patria y por la Raza se vive y se ama á la Huma-

nidad. Desde el momento en que tenemos que reconocer como ley ineludible la diferenciación de grupos, de tendencias, de necesidades, la exigencia de un medio libre y propio para realizar nuestra finalidad se nos impone sin remedio. Y precisamense, á medida que la diferenciación crece, aumenta con todos los demás órdenes de cultura el espíritu humanitario. Es algo como la distribución del trabajo para alcanzar mejor y más pronto el progreso, ejercitando cada obrero constantemente las facultades que le son geniales. Y una vez llegados á este punto, el amor mismo que consagramos á nuestro medio nos impone el deber de reconocer y respetar sentimientos de igual naturaleza en otros grupos humanos.

»El precepto moral «ama á tu prójimo como á ti mismo» equivale á este otro, con relación á las nacionalidades: «respetá á la Patria de los otros como deseas que sea respetada tu Patria»; «considera á los hombres de otra raza como quieras que se considere á los de aquella á que perteneces». Decir, pues, que á tal nobilísimo sentimiento se debe la guerra, es una verdadera simpleza. La guerra nace de las malas pasiones del hombre, de su falta de cultura y de la poca elevación que por esta causa alcanzan todavía las instituciones sociales; como proceden de ese mismo origen otros muchos actos abominables. Mejor sería que no la hubiese, dirán ciertos humanitaristas al uso. Seguramente. Y mejor sería también que no hubiera ni plagas, ni pestes, ni enfermedades, ni escaseces, ni sombra de las mil lacerias que amargan la vida del hombre. Pero semejantes deseos serían sencillamente tontos. Nada hay tan baldío como estar suspirando á la continua por estados de perfección y pureza inaccesibles á nuestras facultades.»

Reconocida «tan necesaria para el progreso general la división de la humanidad en nacionalidades ó razas, como para el progreso económico la división del trabajo ó para el científico la especialización», el Sr. García declara que la tendencia á producir una intimidad hispanoamericana, reconociendo el fondo común espiritual de la antigua metrópoli y las nacio-

nes nacidas de sus colonias, cuenta hoy con el apoyo «de una juventud serena, pensadora, bien nutrida de ciencia, que dedicada, libre de prejuicios, al estudio de los fenómenos sociales, y no obstante el fondo radical de sus ideas, trabaja sin descanso por empujar el movimiento hispanoamericano hacia esferas de luz, por renovar las fuentes de su noble origen, por establecer las leyes de su peculiar evolución y por inducirle á robustecer su carácter, á cultivar sus aptitudes propias, á mantenerse idéntico á sí mismo, si quiere conservar, con su vida independiente, el derecho á cooperar en la civilización universal. Este movimiento, que parece ya definitivamente conquistado para la vida hispanoamericana, se encamina, siguiendo un admirable y severo orden lógico, desde la existencia del ser castizo, á las formas racionales de su evolución. Muerto el germen romántico-político, inventado á destiempo, más por esfuerzos de la imaginación que por mandatos de la necesidad, es natural que sobre la existencia, ya bien comprendida y cimentada, se emprenda el aquistamiento de un estado económico fuerte, que si bien debe coincidir en parte con los estados científico y artístico, conviene que predomine por el tiempo suficiente para que la debilidad del organismo material no impida el pronto y fecundo advenimiento de la verdad y de la belleza.»

Esta importancia que tiene el factor económico ha sido bien comprendida por los pueblos latinoamericanos, en los cuales es hoy evidente «el esfuerzo por constituirse en fuertes organismos económicos», garantía de robustez para la existencia del grupo de raza. Es necesario alentar esta tendencia, puesto que «fruto ó no de la voluntad, existe afinidad moral positiva, indestructible, entre los pueblos iberoamericanos, tal cual la Naturaleza ha querido elaborarla, sea para goce y ventura de muchos, sea para odio y pena y desesperación de no pocos. ¿Qué importan pequeñas desavenencias de momento? La afirmación del tipo definitivo será fruto de todos y la historia reconocerá al fin que hemos mantenido en la humani-

dad uno de los obreros que han hecho más hermosa y más digna de labor, en concurrencia con cuanto han producido de mejor las demás razas civilizadas».

Como nuestros lectores habrán advertido, existe una analogía grandísima entre la doctrina del Sr. García y la expuesta hace años en LA ESPAÑA MODERNA por el Sr. Altamira, á propósito de *La crisis actual del patriotismo*, desarrollada, por lo que toca á América, en el libro *Cuestiones hispanoamericanas* (1900). La coincidencia es signo de vida para las corrientes de aproximación.

En otro artículo estudia el Sr. García el *Panamericanismo*. Considera el autor perfectamente diferenciados los dos grupos *nacionales* del Continente americano, el latino y el sajón, los cuales marchan igualmente «al progreso, aunque por derroteros tan distintos, que sólo se efectuará el contacto, no en las manifestaciones de la labor, sino en el cambio del producto. Habrá comunicación cooperativa y necesaria para ofrecer las satisfacciones debidas á exigencias recíprocas; mas el sometimiento, la sustitución, la pérdida de uno de estos dos grandes tipos, y precisamente del más delicado y del más humano, ese no vendrá...» «Por eso conviene deslindar bien los campos en que debe laborar cada grupo; por eso, fuera de la libertad nominal que á ambos parece reconocérseles, queremos para cada uno la libertad real, positiva, aquella que, en perfecta adaptación al medio, facilite el funcionamiento de su entera y genial virtualidad.

»Acaso no sea el factor que mejor ayuda preste en este sentido cierta excesiva admiración tributada por las Repúblicas latinas de América á su hermana anglosajona. Que hay algo de cándido y de infantil en esta admiración, ocioso parece afirmarlo. Más que á la cultura, se refiere á la riqueza. Es el adolescente extasiado ante los palacios, los trenes, los vestidos, las joyas, pero que pasa con indiferencia ante los centros de la ciencia ó los talleres del arte. No hablemos de los directores, de los selectos; esos sienten y juzgan con acierto en todas partes.»

El Sr. García (como el Sr. Rodó en *Ariel*) ni desconoce los méritos ni escatima los elogios á la gran civilización norteamericana; pero advierte que, «como modelo, como arquetipo, hay que oponerle los más graves reparos». El autor detalla dos de ellos en la siguiente forma:

«Las sociedades en que prepondera el tipo económico, del mismo modo que sucede con todos los organismos rudimentarios, emplean en el proceso de nutrición las fuerzas de mayor importancia, dejando poca ó ninguna energía para la manifestación y desempeño de funciones más delicadas. ¿Pasa algo de esto en los Estados Unidos? Prescindamos del arte, colocado por los sociólogos en la cima de la civilización; olvidemos la general preferencia que allí se concede á lo enorme sobre lo bello, y fijémonos únicamente en el fin perseguido como *desideratum* de todo trabajo intelectual. ¿Se cultiva en aquella República la ciencia por la ciencia? Por sentimientos altruistas, por ofrecer á la humanidad un bien mayor, ¿se pone en extensión el cerebro y en actividad el laboratorio? Quisiera huir de toda injusticia; pero cuando he expuesto á espíritus elevados de aquel país mi pesar por ver convertidas las ciencias en simple negocio mercantil, mi sorpresa de encontrar desatendidas las que no ofrecían un resultado económico inmediato, han convenido en que tenía razón y en que esto, si por fortuna no era un defecto en el carácter norteamericano, era, cuando menos, un vacío que tal vez tardaría siglos en llenarse.»

Ve también «un elemento de perturbación, de amenaza y ataque para otras nacionalidades que en la vida de la paz pretenden vivir la vida de la justicia», en el «atrasado», «egoísta» y «bárbaro» «propósito de poner el Continente americano frente al Continente europeo. Esto equivale á resucitar el espíritu de tribu, á sublevar el terruño contra el terruño. Pero no son los pueblos de nuestro origen los que se insinúan en esa dirección; son los que pretenden officiar de caciques, erigirse en señores, cercar el predio para explotarlo, sin las alarmas de

la competencia. ¡Qué bella perspectiva ofrecida á los débiles que deseen proceder según lo demande su interés!»

Sobre *El monroismo*, *El arbitraje* y *La unidad en la variedad*, diserta en otro número el Sr. García. La doctrina referente al primer tema, se condensa en el siguiente párrafo:

«La primera condición de un principio de justicia es que pueda aplicarse de la misma manera en todo tiempo y en cualquier circunstancia. Si en vez de esto lo que se quiere elevar á la excelsa categoría de principio tiene las apariencias de una simple regla de conducta, tan elástica como convenga á quien la proclama, resulta punto menos que imposible convertirla en centro de unión y base de acuerdo de todos los pueblos de un Continente. Mientras la llamada doctrina de Monroe, coetánea del nacimiento de las Repúblicas hispanoamericanas, mantuvo su pristino carácter como escudo de la independencia y libertad de las recién emancipadas colonias ibéricas, era natural que alcanzase las más hondas simpatías. Cuando en razón del pasmoso crecimiento de los Estados Unidos convirtieron éstos en provecho propio y en instrumento agresivo lo que pretendió ser en sus comienzos arma humanitaria, esgrimida en pro del derecho de los débiles y oprimidos, debían surgir por modo indeclinable los recelos, no ya en Europa, sino principalmente en América, hacia donde por múltiples motivos se inclinaban los apetitos.» El autor demuestra su tesis con multitud de hechos, muy significativos, de la historia contemporánea.

«El monroismo (concluye) lleva en sus entrañas un fin egoísta, y por eso resulta impotente para engendrar el bien. Conviene, pues, combatirlo resueltamente hasta hacerlo desaparecer como fórmula posible del derecho internacional americano. Si hasta hoy lo han mantenido con cierto aspecto de vida el temor ó la prudencia, se hace ya indispensable relegarlo de una vez y para siempre al desván de los bártulos inservibles. América, nuestra América, la que por conducto de España recibiera en rica herencia el amplio espíritu latino, no



pretenderá ser únicamente para los americanos, sino para la civilización, para el progreso, para la humanidad, que todavía encuentra en la tierra ancho campo para los cuerpos y hermosos ideales para las almas. Quédense con el monroismo mezquino y apolillado aquellos que con tal de satisfacer su ambición, no tendrían empacho en barrer del planeta al resto de los pueblos.»

El Sr. García se muestra partidario del arbitraje, pero no desconoce «las dificultades que han de encontrarse todavía para plantearlo y lograr que funcione eficazmente», y las estudia detalladamente.

En *Unidad en la variedad*—último de dos artículos de la serie—el autor viene como á resumir todo lo dicho anteriormente. Afirma de nuevo la necesidad de la cooperación iberoamericana, inspirada en un espíritu amplio, libre, espontáneo. Para ello es preciso que los españoles abandonen su ideal de homogeneidad que niega el propio carácter del tipo americano, y que los americanos no exageren lo diferente en daño de lo común.

«La verdad es que si en España debe borrarse, hasta que no quede la menor huella, el recuerdo de hechos de fuerza y de dominio político, propicios á satisfacer insanos orgullos, en vez de producir estados morales de incuestionable sentido humano, en América debe corregirse cierta petulancia molesta, cierto humillante espíritu de favor ó de lástima que parece presidir en las relaciones con la antigua metrópoli. ¿Nos necesitamos para prevenir las dificultades de la vida ó para satisfacer los anhelos del alma? Pues á entendernos sin reserva. ¿Nos enlaza una ley histórica ineludible? Pues á someternos á nuestro destino y á cumplirlo virilmente, como los pueblos y las razas más ilustres.»

En cuanto á las «protestas verbales de la raza rival, desmentidas por una conducta agresiva, tenaz, constante, sin un momento de vacilación, sin un sólo paréntesis», es preciso no dejarse embaucar por ellas. «¿Se cumplen esas promesas? En

honra de la justicia habremos de aplaudirlo. ¿No se cumplen? Preparados á tal eventualidad para el triunfo ó para el sacrificio, al daño que podamos recibir no agregaremos el rubor de la sorpresa. Desgraciadamente, la conservación de la independencia y de la dignidad de los pueblos exige todavía que, teniendo la paz por lema, necesite la fuerza por escudo. Pero la fuerza en este caso no son sólo las escuadras y los cañones, lo son á la vez la cultura, la justicia, los intereses, las relaciones, las simpatías, cuantos elementos de solidaridad en un orden moral ó material hemos sabido sumar racionalmente como garantía de nuestra existencia. ¿Tendrán tales elementos el mismo poder dispersos que unidos, y encaminados á un gran fin de progresivo desenvolvimiento?»

Ha comenzado á publicarse en Buenos Aires una revista nueva titulada *Filosofía y Letras*, cuyos sumarios son de gran interés y permiten augurarle un puesto de primer orden en la bibliografía americana. Es el órgano de los «diplomados y alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras». En los dos números (1.º y 2.º) que tengo á la vista hallo, entre otros, los siguientes importantes trabajos:

*Psicología experimental. Psicología de la atención*, por el Dr. Horacio G. Piñero. El autor comienza declarando que las ideas expuestas en este artículo representan el criterio con que él interpreta las teorías de Ribot, Lange, James, Baldwin y Münsterberg, sobre la atención y «la preparación del cerebro para la percepción». Prescindiremos de muchos pormenores técnicos en que la índole de estas lecturas no permite entrar, porque exigirían una preparación especialísima en el público. El Dr. Piñero define la atención como «la acomodación de la corteza cerebral al estímulo que provoca su actividad.

»*Ad-tendere* es dirigirse hacia algo, dirigir la mente á un objeto con exclusión de los demás; es querer fijarse en alguna cosa para saber lo que es..., etc., etc. Bien: dirigir la mente por querer fijarla en un objeto, supone la existencia previa del *objeto-estímulo*, y si no hay objeto, habrá recuerdo ó *idea-estí-*

*mulo*, y en ambos casos es un acto cerebral. La corteza entra en trabajo por este excitante, y se dispone, con los neurones correspondientes á la clase de estímulo, á recibir é irradiar la corriente nerviosa. La excitación es muy intensa y se ha acompañado de fenómenos afectivos (corriente nerviosa de ondas de longitud distinta, ondas Herzianas *a*, *b*..., ó rayos Z quizá...); los neurones persisten en su condición de actividad prolongada, que se hace persistente si la emoción ha sido grande.

»La sensación con gran emoción perdura mucho tiempo, solicita constantemente la acomodación mental, que á veces la exagera, porque siendo siempre ésta un trabajo, un esfuerzo del que nos damos cuenta, apreciamos el estado emotivo equivocadamente por la *acomodación forzada* que provoca, y nos creamos ilusiones por falsa interpretación del acto psíquico verdadero; esta es la *preocupación*. El que está *preocupado* con una idea, más aún si es emotiva, tiene su corteza cerebral en trabajo permanente, acomodada á un estímulo, y el campo de la conciencia no admite, no da entrada á otra excitación, á otra idea, porque no hay *via libre*. De este trabajo de acomodación forzada nace la exageración de la *idea-emoción* y se establece un círculo vicioso en el sujeto que necesita un fuerte sacudimiento, otras ideas, otros estímulos; pero de distinta calidad para hacerla cesar; es decir, necesita *distraerse*.

»Pero no se distrae el que quiere, sino el que puede; luego la voluntad no basta sola para despreocuparse, para *desacomodar*, sino es necesario un nuevo estímulo externo ó interno de intensidad suficiente como para forzar la entrada al campo de la conciencia y *dis-traere* la ideación ó la acomodación cerebral hacia otra cosa, hacia otro estimulante.»

Pasa luego á estudiar la atención en las distintas edades y en los diferentes estados de cultura en la siguiente forma:

«La integridad de la corteza cerebral es la condición absoluta de la acomodación mental; pero también lo es su constitución definitiva, el establecimiento de múltiples vías de aso-

ciación para la conducción nerviosa, lo que no pasa en el niño, antes de los cuatro ó cinco años, en que los neurones de asociación son escasos aún y la corriente nerviosa; dispersa en los centros aislados, en territorios parciales, no permite que la corteza intervenga en su totalidad. Esta es la razón fisiológica por la que el niño no atiende en sus primeros años, ó si atiende es por instantes y sólo á estímulos externos intensos; sus pocos centros de asociación no alcanzan á poner en contacto las prolongaciones de sus neurones, y la corriente no pasa; no hay acomodación total de la corteza, no puede haber, y el niño es *distraído*, generalmente, ó se *distrae* por cualquier estímulo, por más simple que sea; su atención es puramente ocasional y *exclusivamente emotiva*, como vuelve á ser en el viejo.

»Como el niño, muy niño, el salvaje y el ignorante no son *atentos*, porque en su corteza no ha formado la *instrucción* vías de asociación para unir centros de acción y de estímulo, y toda su *psiquis* consiste en la vida afectiva, *instintiva*, que puede mover centros cerebrales fisiológicamente inferiores: el psiquismo inferior, automatismo.

»Por el contrario, la *sugestibilidad* mental suele realizarse con fácil rapidez en los niños y aun en los sujetos inteligentes, porque no es indispensable la acomodación total del cerebro ni menos su fatiga, sino un estado de pasividad del sujeto consciente, de *hipotaxia*, que aun en vigilia ofrece una corteza impresionable, bien ligada en sus células, cuya actividad puede orientarse en rumbos nuevos, provocando la formación de otras vías de paso ó centros de *inhibición* que puedan *determinar* actos nuevos ó modifiquen los existentes (*ortopedia mental*).»

Insiste el autor en demostrar la importancia que la cultura tiene para el desarrollo y carácter de la atención. Esta «no es sólo condición previa del conocimiento, sino también una consecuencia. El sujeto inteligente es capaz de atender, porque ha debido atender para ser inteligente y ha educado su cerebro»,

de modo que puede «acomodar con rapidez y persistencia, sin fatigarse, á estímulos muy variados»...

La atención tiene una influencia notable en la duración del «tiempo de reacción», ó sea de la unidad de tiempo que tarda un sujeto en transformar una sensación en movimiento.

Para medir estas unidades, que son muy pequeñas (centésimas y milésimas de segundo), se usan dos procedimientos: uno gráfico y otro objetivo con el cronómetro de D'Arsonval ó el cronoscopio de Hipp.

Realizados los experimentos, resulta que si el sujeto está atento á ellos en sus tres momentos (la sensación, la transformación y el movimiento), responde á la sensación «diez centésimas de segundo después de haberla recibido». *Distraído*, desatento á la experiencia, desacomodado por otro estímulo que se hace concurrir expresamente (por ejemplo, haciéndole hacer una simple multiplicación de dos cifras por una que ha convenido, previamente, en el momento mismo de provocar la sensación) tarda *dos, tres y hasta cuatro veces más*. Luego la *atención*, la acomodación mental, favorece: 1.º, la rapidez de la recepción de la sensación; 2.º, la interpretación de esta sensación, ó sea de la percepción (que puede ser sólo *percepción simple sin noción*), y 3.º, la transformación sensorio motriz, que se exterioriza por el movimiento de la mano.

Si se reduce la atención á uno solo de los momentos, los resultados varían mucho.

«1.ª *serie de experiencias*. Repitiendo las anteriores, pero encargando á cada alumno de *atender* sólo á la sensación que va á recibir, es decir, acomodando su corteza cerebral á la zona de recepción de la sensibilidad táctil, el tiempo de reacción es de 0''32 en la Sta. Mariani (4.ª div., 4.º año) (1); 0''10 los Dres. Cranwell y Cárdenas; 0''07 el Dr. Posse.

«2.ª *serie*. Previniendo al alumno que prescinda de la sen-

---

(1) La Sta. Mariani, como los demás señores que luego se citan, son los que se prestaron á los experimentos á que se refiere el autor.

sación y atiende *sólo* al movimiento que debe hacer, el tiempo de reacción *disminuye á la mitad*, en término medio, de 0''32 á 0''15 en la Sta. Mariani, y de 0''10 á 0''06 en el Dr. Cranwell.

»No puede ser más evidente, pues, la influencia de la atención como acto preparatorio de la actividad mental, que dispone las vías de conducción nerviosa *empalmándolas* según su número y clase para responder á los variados estímulos que provocan su intervención.»

*Schmidel á la luz de Villalta*, por S. A. Lafone Quevedo. El autor compara las dos relaciones de Schmidel y de Francisco de Villalta, referentes á la conquista del Río de la Plata y fundación de la primitiva Buenos Aires. Schmidel fue compañero del adelantado D. Pedro de Mendoza, y su relato se conserva manuscrito en Munich, habiéndolo publicado en 1889 el Dr. Zagmantel en Tubinga. Villalta fue también compañero de Mendoza, y su manuscrito permanece inédito en la colección Muñoz, de la Academia de la Historia (Madrid). Ambos escritores coinciden en algunas cosas y difieren en otras.

«La nota que resalta en Villalta, como en Schmidel, es la hambruna que determinó el curso de la conquista. En todas partes de lo primero que se averigua es de lo que hay que comer, y la Asunción permaneció porque allí encontraron indios más dispuestos al trabajo de agricultura y un clima que la favorecía. Las duras experiencias de Sebastián Gaboto se repitieron cuando entró Pedro de Mendoza, y de regiones que hoy alimentan á la Europa entera con sus producciones tuvo que huir un puñado de hombres, único resto de esa brillante expedición que acompañó á D. Pedro de Mendoza á realizar las ilusiones de Gaboto. Bien podemos decir que, aunque el Rey de Castilla podía tener la vista puesta en el porvenir del Río de la Plata y su importancia en la cuestión de límites con la corona de Portugal, los pobres pobladores, olvidados hasta desu sed de oro y plata, sólo pedían pan y peces é indios que se los procurasen.»

El episodio de Lucía Miranda en Sancti Spíritus ó Buena Esperanza, que conocen bien los americanistas, es probablemente una leyenda, originada en el ataque de los indios á alguno de los fortines de los españoles antes de la época de Ruy Díaz de Guzmán.

En efecto:

«Alonso de Santa Cruz, el famoso, mandaba cuando el desastre del tiempo de Gaboto; Schmidel y Villalta se hallaban en Buena Esperanza cuando se dejó este fortín: nada dicen ellos de la tal Lucía Miranda y demás que cuenta Díaz de Guzmán; debemos, pues, relegar la leyenda á la región de las con-sejas con que se adorna la prehistoria de todo país.

»¿Debe suprimirse y olvidarse este trágico incidente en la historia del Río de la Plata? De ninguna manera. Él encierra una enseñanza moral, como el otro de la mujer Maldonado en las cercanías de Buenos Aires: de todo ello puede decirse: *se non è vero è ben trovato*, porque da colorido y algo de humano al catálogo de hombres y miserias con que se inició la conquista del Río de la Plata y su colonización, y nos hacen ver que siquiera alguna vez los españoles se llevaron la peor parte contra esos pobres indios que defendían sus familias, hogares, su suelo, su independencia.

»A propósito de las necesidades que pasaron los de la expedición de Mendoza, dice Villalta que sólo fueron los soldados; «porque los capitanes y allegados á ellos éstos nunca pasaron necesidad». Este cargo debe juntarse con aquel otro de que Irala repartió indios á «franceses y á ingleses y extranjeros y portugueses, etc.». ¿No sería uno de tantos nuestro Ulrico Schmidel?

»Un otro dato muy curioso nos da Villalta y es, que mientras bajó Juan de Ayolas de Buena Esperanza á Buenos Aires á llevarse á D. Pedro de Mendoza á su nueva población, les salió uno de la gente de Sebastián Gaboto que había quedado en aquella tierra y se llamaba Jerónimo Romero. Sin duda este fue uno de los compañeros de César en su entrada y á él

se debe la confusión de las tragedias de Sancti Spíritus (1529) y de *Corpus Christi* ó Buena Esperanza (1541). Él se hallaría presente en las dos, y al referir otros lo que él contaba, se agregaría que lo habían oído de boca de uno de los compañeros del mismo Gaboto.»

*El concepto de felicidad en algunos autores*, por René Bastianini. El autor se limita á estudiar el tema de su artículo, muy interesante y que ya tiene precedentes en España, en Fray Luis de León, Horacio y Fontenelle. Comparando la aspiración al retiro y la quietud de los dos primeros, señala con gran precisión sus diferencias de ideal no obstante ser Fray Luis un discípulo de Horacio. Fontenelle es otro tipo enteramente. Representa «á la clase de hombres cuyo espíritu en continuo movimiento, compara, reúne, hace, deshace, siempre en busca de nuevas asociaciones que pudieran ser de provecho para su bienestar».

«Fontenelle tiene la visión clara de lo que se propone y de todos los obstáculos tanto naturales como artificiales que se oponen á sus proyectos; acepta los primeros con una sumisión nada estoica, pero de los segundos, esos que menciona Horacio cuando dice:

*Quæ maxima credis esse mala,*

hace tabla rasa con admirable impulso, y con una precisión de miras asombrosa.

»Una vez purificada de toda la *impedimenta* de los prejuicios transmitidos de generación en generación como el más valioso patrimonio, su mente ofrece el aspecto de un terreno fértil, dispuesto á germinar rápidamente la semilla depositada en él.

»Aquí empieza la actividad de Fontenelle, actividad puramente moral, pero constante, intensa, orientada siempre hacia el mismo punto y que termina por darle una idea del estado general de la humanidad, idea que sirve de punto de partida á sus teorías. ¿A dónde llega? Pues á reconocer una cosa que



nunca debía perderse de vista y que por sí sola constituye el resorte de todo su sistema; después de recorrer el número infinito de calamidades que la naturaleza distribuye entre los seres vivientes, no puede menos que proclamar en un acceso de lucidez, que el ser hombre, mirándolo bien, es tan aventurado que debemos considerar como peligros realmente evitados todas las desgracias de que estamos exentos.»

\*  
\* \*

La extensión que he dado á los extractos precedentes, por la importancia que, á mi juicio, revisten los artículos escogidos (sobre todo el de Sumner y los de García), me quita espacio para dar cuenta de otras publicaciones. Dedicaré el que me queda á libros, que hace tiempo aguardan su turno.

*Cuentos ticos*, por Ricardo Fernández Guardia. San José de Costa Rica, 1901.—*Ticos* es el apodo general de los costarricenses, y al titular así sus cuentos ha querido el autor indicar que en ellos retrata costumbres de su patria. Los que realmente tienen este carácter son lo mejor del libro, cuya lectura es siempre agradable y amena. Recomiéndase especialmente los titulados *Un santo milagroso*, *La política* (que recuerda *Los hombres de pro*), *Hidalguía*, *La botija* y *Los gatos endemoniados*. Este último parece salido de la pluma de Ricardo Palma.

*Anales del Cuzco* (1600 á 1750). Lima, 1901.—Nueva publicación con que el Gobierno peruano y el benemérito Director de la Biblioteca Nacional, Ricardo Palma, continúan la serie de documentos inéditos empezada hace poco. Contienen los *Anales* biografías de los Obispos del Cuzco y de varios sacerdotes que se distinguieron por sus virtudes, ilustración ó talento, y entre ellos el panegirista de Góngora, D. Juan Espinosa Serrano.

*Las montañas de Ayacucho y los ríos Apurímac, Mantaro, Ene, Perené, Tambo y Alto Ulcayalí*, por el Coronel D. Pedro

Portillo. Lima, 1991.—Interesante estudio geográfico, fruto de una expedición hecha en 1900 por el autor. Ilustran el libro numerosos y excelentes fotograbados.

*El Dr. Serapio Reyes Ortíz*. La Paz, 1901.—Necrología de este político boliviano, fallecido en Septiembre de 1900.

*Algunos puntos de Derecho internacional*, por Simón Planas Suárez. Caracas, 1901.—El autor estudia las siguientes cuestiones: Reclamaciones de extranjeros; las intervenciones y el asunto Sanluy.

*Memoria del Virrey del Perú, Marqués de Avilés*. Publícala Carlos Alberto Romero. Lima, 1901.—El Marqués de Avilés ejerció su virreinato de 1801 á 1810, y en esta Memoria, que en cumplimiento de un precepto legal dejó á su sucesor el Marqués de la Concordia, da cuenta detallada de su gobierno, durante el cual ocurrieron sucesos imponentes.

*Informes presentados en la sección de Ciencias pedagógicas del Congreso científico latinoamericano*, por J. A. Fontela. Montevideo, 1901.—Abrazan los siguientes puntos: El maestro; la clase; la gramática; las Ciencias naturales; valor universitario de los estudios del magisterio.

*Reseña histórica de la literatura chilena*, por Pedro Pablo Figueroa; tercera edición. Santiago de Chile, 1900.—Excelente resumen que abraza desde 1540 á 1900.

*El poeta popular Pedro Díaz Gana*, por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1900.—El autor trata en este breve folleto (69 páginas) de la literatura chilena en general y de Díaz Gana, curioso ejemplar de hombre culto, abohemiado y hasta vagabundo, que en su contacto con las muchedumbres supo arrancarles algunas notas de su íntima poesía.

*Diccionario biográfico de extranjeros en Chile*, por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1900.—Interesante apéndice al *Diccionario biográfico de Chile* del mismo autor, y en cuyas páginas pueden hallarse noticias insustituibles para comprender el sentido y rumbo de la moderna civilización chilena.

*Memoria de Instrucción Pública*, presentada al Congreso Constitucional de 1901. San José de Costa Rica.—D. Justo A. Facio, Subsecretario de Estado en el despacho de Instrucción Pública, presenta en esta Memoria una historia documentada de su departamento, á la vez que señala las necesidades nacionales en este orden, de acuerdo con los dictados de la pedagogía.

*Obras completas de Melchor Ocampo*. Tomo II. Méjico, 1901.—Comprende este tomo escritos políticos (discursos, polémicas, comunicados, etc.) y una biografía de Ocampo, por Angel Pola.

*Conferencia sobre el sistema dactiloscópico*, por Juan Vuceitch. La Plata, 1901.—Este sistema es el usado por la policía para la identificación de las personas que le importan. Consiste, como su nombre indica, en registrar las impresiones digitales. Acompañan á la explicación varios grabados.

*Ideas médicas acerca de la atmósfera de Sucre. Su clima*. Sucre, 1901.—Es una tesis doctoral de D. José M. Araujo, profesor por oposición del Colegio Junín.—Las observaciones que encierra son interesantes.

*Don Eduardo de la Barra*, por Pedro Pablo Figueroa. Santiago de Chile, 1900.—Necrología del infatigable erudito é investigador chileno, de quien se ha hablado varias veces á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA.

*Catástrofes*, por A. Williams. Buenos Aires, 1901.—Colección de poesías del conocido poeta argentino que desde 1897 ha publicado ya cuatro libros de versos de muy variados géneros.

*Los nuevos caminos*, por Alberto Ghirardo. Buenos Aires, sin año.—Colección de artículos políticos y sociales del periodista cuya obra *Gesta* hemos examinado en otra ocasión.

HISPANUS.

## CRÓNICA LITERARIA

---

*Alma y Vida*, drama en cuatro actos, por D. Benito Pérez Galdós.—Su prólogo.—El Simbolismo del drama.—De la protección del Estado al teatro.

Epílogo, mejor que prólogo, podría llamarse el que ha puesto el Sr. Pérez Galdós á su drama *Alma y Vida*, ya que no ha precedido al poema dramático para imponer al espectador de alguna particularidad ó explicarle el argumento, como solía hacerse en la comedia antigua, sino que ha venido después, á modo de respuesta á las críticas que de aquella obra dramática se hicieron y á título de explicación de circunstancias de su estreno, de la *mise en scène* y del esmero con que desempeñaron sus respectivos papeles los comediantes. El prólogo es extenso y en él discurre el famoso novelista y autor dramático sobre varias y diferentes materias: el simbolismo de *Alma y Vida*, los defectos y excesos de la crítica teatral en los periódicos, la falta de protección oficial al teatro, los méritos de los actores que representaron el drama, los cuidados del autor para ponerlo con toda propiedad en escena, y algún otro que justificará que añadamos á la enumeración anterior un *et cætera*.

Prólogo ó epílogo, el escrito del celebrado autor de los *Episodios nacionales* es interesante, desde el punto de vista literario y desde el punto de vista psicológico. Su lectura revela que Galdós, después de conquistar tantos lauros en la novela y de triunfar á intervalos en el teatro, da una gran importan-

cia al cultivo de este último género, nuevo hasta cierto punto para él; que se propone seguir cortejando á Melpómene, hasta rendirla, sin desalentarse por las esquivaces con que de vez en cuando le trata esta dama, y que en *Alma y Vida* había cifrado esperanzas, de cuyo malogro se duele.

Estos prólogos póstumos, alegatos en favor de una obra discutida, no comprendida ó sencillamente fracasada, sólo se los pueden permitir literatos de gran renombre, como Galdós. A un autor de segundo orden no se le oiría en apelación. Aun tratándose de escritor tan famoso, de una obra dramática, superior—á mi juicio—á su fortuna, y de un prólogo sugestivo, bien escrito y curioso como el que Galdós ha impreso con su drama, cuesta trabajo resucitar la actualidad. Han pasado las épocas en que literatos y eruditos podían discutir largamente sobre una obra literaria meses y aun tal vez años sin hastiar al público, reducido pero selecto, que por las letras se interesaba. Nuestro público, grande y vulgar, olvida pronto; cuando lee no lee más que una vez y deprisa. Se leen ahora muchas cosas, pero leyéndolas poco, con un *minimum* de lectura; y en el teatro, todavía suelen ser más pasajeras y fugaces las impresiones. En ese vivir deprisa que alcanza á las letras como á todo, en esa mudanza continua de la actualidad, y no en infalibilidad alguna de la crítica, estriba, á mi parecer, la dificultad de estos recursos de apelación para ante el público *mejor informado*.

En el caso concreto á que ahora nos referimos media una circunstancia que compensa en parte tales inconvenientes y que podría ser parte para que se recibiera el prólogo con aquella curiosidad que conviene á todo alegato, por cuanto le promete ser oído con atención. Se ha hablado tanto del simbolismo de *Alma y Vida* y son tan diferentes las explicaciones que de él se han dado, que no estaba demás que el autor viniera á sacarnos de dudas, explicándonos si hay ó no símbolo y cuál es en caso afirmativo. Así lo hace Galdós, diciendo que aspiró «á vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, más

bien vago sentimiento que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá». La Duquesita Laura representa «el solemne acabar de la España heráldica, llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes». Juan Pablo Cienfuegos es el «pueblo, vivo aún y con resistencia bastante para perpetuarse por conservar fuerza y virtudes macizas, pero desconcertado y vacilante, sin conocimiento de los fines de su existencia ulterior».

Tenemos, pues, explicado el símbolo que tanto preocupó á los críticos dramáticos, y aun tal vez de rechazo á algunos de los espectadores. Esta interpretación auténtica es lo más interesante del prólogo, y Galdós se defiende bien del cargo de obscuridad, diciendo que el símbolo no tiene necesidad de ser claro, que conviene dejarle su vaguedad de ensueño y que no se le puede pedir una solución descifrable mecánicamente como la de una charada. Aplica al simbolismo literario lo que Renan dijo alguna vez de los mitos: una gran determinación en la forma con una gran indeterminación en el sentido.

Todo esto es muy cierto, pero en aquellas obras en que el simbolismo no se trasluce con tal claridad que pueda ser visto y entendido por todos, sin que el autor salga á explicárselo, el valor de la obra tiene que depender, al menos para la masa general del público, no de su lección secreta, sino de su apariencia, de lo que se ve y se entiende. Una obra simbólica ó alegórica supone en términos generales la representación de algo abstracto por medio de lo concreto; en el teatro por medio de una acción y de determinados personajes. Y esta forma de expresión puede obedecer á diferentes fines. Con ella se puede dar á entender al público una lección moral que, descarnada y desnuda, no sería bien acogida, ó que tal vez fuese peligroso expresar. Este es el caso del simbolismo de las fábulas y apólogos, principalmente de los antiguos. O bien se puede dejar entrever alguna enseñanza esotérica que sólo conviene que comprendan con claridad los iniciados y que bajo el velo de

la alegoría puede penetrar de una manera inconsciente, por virtud de la fuerza del sentimiento, en los espíritus que no se hallan preparados para comprender por entero el sentido oculto, y que así pueden recibir algún atisbo ó vislumbre de aquella elevada doctrina, que no les es dable asimilarse directamente. Este es caso de ciertas obras elevadas de la mística, que abundan sobre todo en las literaturas orientales, del *Bagavat Gita*, por ejemplo, y de muchas otras poesías indias que no llegan á tan sublime altura. O puede responder el simbolismo á un fin de propaganda, buscándose entonces el medio de hacer más viva y profunda la impresión de un principio general, encarnándole en formas concretas y procurando la transformación psicológica de la noción en sentimiento, que es como transformación de luz en calor. Sirva de ejemplo la condenación de la esclavitud que se desprende de la célebre novela *La cabaña del tío Tomás*, de la señora Beecher Stowe. O bien el simbolista puede perseguir un fin estético, queriendo dar á alguna fábula, bella é interesante de por sí, la aureola ideal de una significación superior á lo individual y concreto, de suerte que una acción ó un fenómeno particular sea exacto reflejo de una ley ó de un fenómeno general, y deleite por dos maneras el espíritu: con el espectáculo de lo sensible, que se ve ó se entiende, y con la adivinación de lo ideal, que se trasluce y transparenta.

A esta última especie de simbolismo parece pertenecer el del drama del Sr. Pérez Galdós, si se atiende á la índole de su obra y á las explicaciones que da el prólogo. Mas como toda obra simbólica supone la conjunción de dos sentidos y significaciones, uno externo, superficial, aparente, exotérico, otro interno, profundo, velado, esotérico, allí donde el sentido oculto no se manifieste de tal modo que pueda ser por todos comprendido, el éxito de la obra dependerá, como antes decimos, de su sentido exterior, de la mayor ó menor belleza que tenga, abstracción hecha del simbolismo.

Considerada desde este punto de vista *Alma y Vida*, no

creo yo que resulte una obra despreciable, indigna del talento de su autor. Figurémonos que en *Alma y Vida* no hay símbolo, como se han figurado algunos, sin que por eso se les pueda acusar de cortedad de entendimiento, puesto que el símbolo es indeterminado y obscuro, tiene, según el autor, la vaguedad del ensueño, y el ensueño es eminentemente subjetivo y menos comunicable que lo objetivo, que á todos habla en parecida lengua. ¿Qué vemos entonces en la obra?

Una intriga de amor, delicada é interesante, á la que da un matiz de melancolía la suerte infeliz de la Duquesita Laura, que en su triste juventud enfermiza vislumbra un momento la alegría de vivir cuando por ley de los contrastes se enamora de Juan Pablo Cienfuegos, tan contrario á ella por su exuberancia de vida, pero que no logra comunicársela á su amada, la cual se extingue suavemente tras aquel fugaz instante de esperanza. Las iniquidades de Monegro, el administrador de los Estados de Rui Díaz, la protesta de los vasallos oprimidos, son accidentes secundarios ante esa deliciosa elegía amatoria que tiene la finura y el suave color de un cuadro del siglo XVIII. Las mejores escenas de la obra son las que se refieren al amor de Laura y Juan Pablo, el interrogatorio en el primer acto, la pastorela en el segundo, creaciones una y otra de verdadero poeta, demasiado delicadas acaso para el paladar de la generalidad del público; la de las brujas moriscas en el tercer acto, y la de la muerte de la Duquesita en el cuarto, en que languidece un tanto el drama, pero donde hay sin duda pasajes en extremo poéticos.

Sin símbolo, *Alma y Vida* es un drama superior en la finura de la ejecución literaria, si no en el movimiento dramático, á muchos que han sido aplaudidos. El *succés d'estime*, el mediano suceso que logró se debe acaso, más que á la influencia de la crítica, de que habla largamente en el prólogo el Sr. Pérez Galdós, á los hábitos del público, acostumbrado á ver en el teatro *literatura escenográfica*, semejante á la pintura de la misma clase, en los brochazos y en los efectos calculados para



la especial perspectiva de la escena. Hay quien entiende que es esencial en la dramática ese procedimiento artístico, ese juego de situaciones en que el interés se condensa y se cristaliza, esa gradación de emociones que camina en crescendo hacia el desenlace; pero no faltan motivos para ponerlo en duda, si se tiene en cuenta que en el teatro han cabido y han encontrado abiertos los caminos del éxito obras no sujetas á esa técnica dramática, como no pocos de los dramas religiosos de nuestro siglo de oro, y que ahora mismo muchas producciones del llamado teatro de ideas, que á las veces es teatro de *ensueño*, se apartan también de los cánones de lo *teatral*, al modo como suele entenderse, modo en el que hay sin duda mucho convencionalismo. Expresión de lo *teatral* parecieron también antaño las reglas y los usos del clasicismo francés. Shakespeare y Calderón fueron tenidos por extravagantes ó bárbaros, que entraban en los dominios de la tragedia moderna como los pastores que invaden los jardines del palacio de Rui Díaz en el drama de Galdós. El concepto de lo *teatral* se va ensanchando y dentro de los límites de tiempo y espacio requeridos por las condiciones materiales de la representación escénica, cabe en él cuanto pueda interesar al público.

Esos límites, sin embargo, restringen mucho. Una representación teatral no puede exceder en duración de algunas horas, ni puede remitirse su continuación para otra noche, como en un libro se remite para otro tomo. El autor de una novela ó de un poema nos traslada de un lugar á otro con la mayor facilidad, mientras que en las tablas hay que contar no sólo con los medios mecánicos necesarios para la mutación de las decoraciones, sino también con algún artificio de transición ó alguna pausa por virtud de la cual se consiga que la mudanza operada á la vista del espectador no sea demasiado brusca, ni choque con la realidad por lo repentina. Por último, el hecho mismo de la *representación*, el reproducirse á lo vivo la acción concebida por el dramaturgo, hace que de la impresión sensible, visual y objetiva dependa en gran parte aque-

lla otra impresión espiritual más honda que trata de producir el autor del drama. De ahí la importancia de los buenos actores, que aun interpretando obras medianas, pueden producir efectos de gran belleza artística y hasta llegar con la mímica y la expresión de la fisonomía á las alturas de lo sublime.

Por este especial conjunto de circunstancias el teatro no es sólo literatura, sino una forma artística compleja en que la literatura puede ser secundaria y aun casi insignificante. Un ejemplo reciente de ello nos ofrecen los dramas japoneses representados por Sada Iaco, que, á mi parecer, no son dramas completos tales como se representarían en el país de los crisantemos, sino extractos de dramas, hechos para un público extranjero que no entiende el japonés y á quien aburriría mortalmente la parte literaria, para él incomprendible. Esos dramas aparecen reducidos á las escenas capitales, á los principales momentos de la acción en que la mímica y la expresión del semblante pueden suplir hasta cierto punto al lenguaje, haciéndose entender de cualquier público. Son, pues, estas obras escénicas el *non plus ultra* de la dramática sintética, de lo teatral reducido á quinta esencia ó tal vez á esqueleto. Y si en este caso vemos el teatro *sin literatura* (para los públicos occidentales que no entienden el japonés), el caso opuesto puede también presentarse, el de la literatura no teatral, el de una obra que, teniendo mérito literario, no se adapte bien á la escena y agrada más leída que representada.

¿Es este el caso de *Alma y Vida*? A mi juicio, no. El interés de la acción se mantiene en los tres primeros actos, y aunque en el cuarto languidezca (cosa muy frecuente en las obras dramáticas que en España se escriben ahora, las cuales, por lo general, sobresalen más en la exposición que en la preparación del desenlace), este defecto en el planeo ó en la composición general de la obra no impide que los amores de la Duquesita Laura y Cienfuegos, *dramatizados* por la lucha entre éste y Monegro, sean un asunto propio para cautivar la atención del público y para excitar su curiosidad respecto de un

desenlace, que el espectador no puede adivinar de antemano, como en otras obras sucede.

Todo esto se refiere á *Alma y Vida*, sin símbolo, entendida á la letra, sin ningún género de interpretación esotérica. ¿Agrega el simbolismo algún elemento de belleza á este drama? Me parece que no. Siendo tan vago é indeterminado como es (las diversas interpretaciones de que ha sido objeto lo prueban), sólo podría agregar á la acción alguna belleza, no por el pensamiento del símbolo en sí, sino rodeando á los personajes y á la fábula de cierto vago ambiente de misterio, que dejara traslucir al público que representan algo más que el drama individual de que son actores; que la Duquesita Laura no es sólo una pobre enamorada á quien el destino sólo deja contemplar á lo lejos las dichas del amor; que Cienfuegos es algo más que un aventurero generoso, galán y valiente, y otro tanto de los demás personajes.

Pero esta misma impresión de un sentido oculto que se adivina pero no se precisa, acaso ha perjudicado al drama en vez de favorecerle. Preocupados los espectadores más inteligentes con hallar esa significación simbólica, quizás no se fijaron bastante en las bellezas aparentes de la obra y en los delicados pormenores que la adornan. El deseo de inquirir el secreto que lleva dentro una cosa, puede quitar al espíritu la disposición receptiva necesaria para contemplarla serenamente y recrearse en el espectáculo que ofrece.

También es posible que *Electra* haya perjudicado á esta nueva obra de Galdós. Comparada con su hermana mayor, la bullanguera *Electra* (la *Electra que hizo* y que entendió el público, que no creo yo que fuese la que pensó Galdós, aunque después el éxito le resolviera á patrocinarla), *Alma y Vida* tenía que resultar tan pálida y anémica como la Duquesita de Rui Díaz. Como además *Electra* suscitó un torbellino de pasiones, esas pasiones han alcanzado al autor, como alcanzaron á Zola las que provocó el famoso proceso de Dreyffus en Francia. Los anticlericales han censurado á Galdós por no haber

hecho en *Alma y Vida* un drama anticlerical, como se ve por los varios artículos inspirados en este criterio que al tiempo del estreno se publicaron en periódicos de los que cultivan la demagogia. Y los de la acera de enfrente, escandalizados aún por el estruendo de *Electra*, no estaban en disposición más benévola. Unos y otros han contribuído al ambiente de hostilidad que rodeó á este drama, poco afortunado.

Todo esto es accidental, aunque no carece de influencia sobre la suerte de una obra literaria. Dejándolo estar, hay que reconocer que el simbolismo general del drama, tal como el autor lo explica, basándolo en un sentimiento más que en una tesis, ó pensamiento preciso, difícilmente podía ser comprendido por el público. Esa melancolía del ocaso español, de que habla Galdós en términos elocuentes en su prólogo, no es uno de los sentimientos comunes que ocupan mucho lugar en la mente de las muchedumbres. El español de hoy no es más melancólico, aunque hayamos perdido los dominios de Ultramar, que el español de nuestras épocas de grandeza. Estas aflicciones colectivas, sobre todo cuando se refieren á sucesos ocurridos á larga distancia, no suelen dejar honda huella en la vida individual. Se necesita que los desastres de la guerra toquen muy de cerca á los naturales de una nación, como nos sucedió en nuestra guerra de la Independencia y acaeció á los franceses en la suya con los prusianos, para que la depresión del espíritu nacional se individualice, y aun así el efecto suele ser pasajero. Verdad es que nuestras guerras de Ultramar han afligido á muchas familias con la muerte de personas amadas; pero el sentimiento que por lo general dejan tales desgracias, es de otra índole: se llora al hijo ó al padre muerto, no á la patria mutilada.

La melancolía de las épocas históricas en que se ve deshacerse algún grande imperio, es un sentimiento reflexivo que nace en la mente del pensador al comparar los momentos de grandeza con los de decadencia y apreciar el contraste. No suele ser un sentimiento espontáneo que de suyo se imponga

á las multitudes. Esa melancolía se aprecia á distancia y es un sentimiento erudito, más que popular. A ello contribuye el que tales transformaciones se verifican casi siempre con mucha lentitud. La desaparición de esa España heráldica, con su áurea leyenda, de que habla Galdós, no se ha operado en un día ni en un año, ni data de nuestra última desmembración, que en realidad fue sólo un episodio más de un largo proceso histórico que viene operando desde el siglo xvii y durante el cual no han vivido las sucesivas generaciones de españoles en ese ambiente de melancolía que sin duda produce al historiador la evocación de tales sucesos. Y en cuanto á la vacilación y la incertidumbre de la España nueva, que no tiene aún clara conciencia de sus destinos, hay que advertir que la noción de los destinos colectivos sólo llega á ser consciente, dentro de un pueblo, en un corto número de individuos superiores, y aun en estos mismos tales representaciones no suelen ser firmes y seguras, pues en realidad los destinos nacionales no se elaboran conscientemente, por una constante acción individual que exigiría la existencia de una casta especial de gobernantes en que se transmitiera invariablemente la aspiración á esos fines; y ni aun siquiera pueden, con sólo las luces naturales, ser objeto de profecía, salvo en contados y discutibles casos.

De otras varias cuestiones trata en sus cuarenta páginas el prólogo del Sr. Pérez Galdós, ocasión de este artículo. Conforme estoy con él en que la crítica literaria no constituye un sacerdocio, ni siquiera un magisterio; en que sus opiniones son en extremo falibles y en que frecuentemente adolecen de parcialidad sus fallos, si bien este no es defecto peculiar suyo, sino que alcanza á todos los que opinan en público sobre cualquier género de cuestiones ó negocios, y aun podría asegurarse que la imparcialidad es una virtud contra naturaleza y que requiere por lo mismo vencer á la naturaleza, con lo que queda ponderada su rareza y dificultad. También creo, con el autor de *Alma y Vida*, que en los periódicos diarios españoles la cos-

tumbre de publicar las críticas al día siguiente de los estrenos de los dramas ó comedias, en vez de dejar pasar más tiempo, como acostumbran los críticos dramáticos franceses en sus folletines, impone á estos trabajos una precipitación que no puede menos de perjudicar á su solidez y reposo; é igualmente reconozco que sería mejor que, en vez de tener la crítica de teatros de cada periódico un solo titular, alternaran en estos trabajos colaboradores varios, de manera que sobre cada obra ó cada género de obras pudiese disertar el más competente. Mas esta es una aspiración difícil de realizar, pues un periódico es al cabo una industria, que tiene entre sus fines el de conseguir un lucro honesto, y para ello necesita proporcionar los gastos con los ingresos. Una colaboración literaria de esa especie no cubriría gastos y sería indudablemente un mal negocio, pues no hay afición bastante en el público para pagarla.

Con lo que no estoy conforme es con que el Estado tenga obligación de proteger al teatro, por extendida que esté la opinión contraria. Es muy seductora, en verdad, la noción de un Estado que, convertido en Providencia de sus súbditos, atiende á sus necesidades y hasta á su recreo; pero como el Estado no es un filántropo dotado de cuantiosos bienes de fortuna que consagrar á fines benéficos, resulta á la postre que cuando se encarga de hacer la felicidad de los individuos tiene que ser á costa de los haberes particulares y aun de la libertad de esos mismos individuos. Y de admitir semejante teoría, hay que admitirla con todas sus consecuencias. Si el Estado tiene el deber de proteger el teatro ó la literatura en general, lógicamente no se le puede negar el derecho de inspeccionar lo que protege, de prohibir las obras que no le parezcan enderezadas al bien común, motivo de la protección, y de ejercer, por tanto, una censura. Mejor es que no exista esa protección y que sea el público el que proteja y pague aquello que le agrada y le divierte. Aparte de que, faltando tantas cosas de primera necesidad en España, proveer antes que á ellas á las de lujo y adorno no sería discreto ni prudente. Hay que hacer

muchos ferrocarriles, muchas alhóndigas y pósitos, muchas escuelas de primeras letras y hasta muchas alcantarillas antes de pensar en proteger con dineros públicos á la literatura, puesto que las subsistencias, la instrucción elemental y la higiene son cosas que importan mucho más á la generalidad que el brillo de las letras y de las artes, de que sólo disfruta una minoría y que es menos indispensable que aquellas otras cosas prosaicas, pero necesarias para la vida.

Por las mismas ó semejantes razones no creo yo que forme parte de los deberes de los Príncipes, como da á entender el Sr. Galdós, el asistir frecuentemente á los teatros ni el leer los libros que escriban sus súbditos si no son de su agrado. Lo que se puede exigir á cada cual es que desempeñe bien su oficio, y el oficio del Príncipe es reinar, no ser Mecenas de las letras, ni siquiera inteligente en literatura ó aficionado á ella.

Como en este artículo no me queda ya espacio para hablar de otros libros de actualidad, me limitaré á anunciar algunos de los que serán objeto de las crónicas inmediatas, y son: los dos primeros tomos del *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX, con introducción y notas biográficas y críticas*, por don Juan Valera; la novela *Amor y Pedagogía*, de D. Miguel de Unamuno; el estudio histórico de D. Alfonso Danvila, *Luisa Isabel de Orleans y Luis I*; la colección de estudios críticos de Fray Candil *Grafómanos de América*, y las notables poesías del mismo tituladas *Vórtice*; *Las niñas del Registrador*, novela, del joven literato D. Cristóbal de Castro; *Castellanas*, poesías de D. José María Gabriel y Galán; *Estrofas*, de D. Manuel F. Villegas, y *Nostalgia*, extenso poema del escritor americano D. F. Soto y Calvo.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—RELIGIÓN: Concepto y enseñanzas de la religión, según Tolstoi.—PSICO-FÍSICA: Emilio Zola sobre la mesa de disección.—CUESTIONES SOCIALES: El divorcio y la Iglesia.—EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA: La moral y la instrucción cívica en los Institutos.—COSTUMBRES: Sensaciones de automóvil, según Malterlink.—LITERATURA: Las metamorfosis de un novelista.—IMPRESIONES Y NOTAS: Tolstoi y los dukhobors.—El sueño del pan gratuito.—La telefonía sin hilos.

## RELIGIÓN

CONCEPTO Y ENSEÑANZAS DE LA RELIGIÓN, SEGÚN TOLSTOI.—Jamás se ha visto—dice el ilustre ruso en *La Revue* de París—lo que hoy ocurre en nuestra sociedad cristiana: la minoría rica, dominante y culta, no cree ya en la religión, y afirma que la religión es innecesaria. Para unos, la religión proviene de la animación de los fenómenos naturales (animismo); para otros, de la representación de la posibilidad de relaciones con nuestros antecesores; para otros, del miedo á las fuerzas de la naturaleza; y como todo esto se ha demostrado que no tiene razón de ser, la religión es inútil; pudo ser aceptada en el período de la ignorancia y en el período metafísico, pero en el período científico en que vivimos es inadmisibile.

Berthelot lo ha dicho en un célebre discurso: la religión debe ser reemplazada por la ciencia, por el conjunto de conocimientos que, ligados entre sí, forman un todo armónico.



Pero como esa ciencia no existe, y lo que se llama tal no es más que la reunión de conocimientos dispersos, sin enlace, á veces inútiles y frecuentemente erróneos, es evidente que lo que, según Berthelot, debe reemplazar á la religión no existe ni menos puede bastar, como se pretende, para ser la guía de la vida.

Lo cierto es que, contra la afirmación de los sabios, ningún hombre razonable vive ni puede vivir sin religión, porque la religión es la guía necesaria de sus actos y del orden mismo en que los ejecuta. El animal se guía por las consecuencias inmediatas de sus actos: el pájaro construye su nido, porque en él encuentra el abrigo que necesita. El hombre es diferente, pues tiene á la vista las causas remotas y los efectos más lejanos de sus acciones: las cuestiones más importantes no las resuelve definitivamente por la complicación de consecuencias que traería cada solución. El hombre puede considerarse como un animal entre los animales que viven al día; pero puede y debe estimarse también como miembro de la familia, de la sociedad, de los pueblos que viven siglos; por eso el hombre razonable hizo siempre y dondequiera lo que en matemáticas se llama integrar, es decir, establecer, además de su relación con los fenómenos más próximos de su vida, su relación con todo el mundo infinito, en el tiempo y en el espacio, considerándolo como una unidad. Y esa relación del hombre con el todo es precisamente la religión.

La definición más antigua de la religión, la que ha producido la palabra misma (*religio* de *religare*) es ésta: «la religión es el lazo del hombre con Dios». Schleiermacher y Feuerbach lo afirman así al reconocer que «la base de la religión es la conciencia que tiene el hombre de su dependencia de Dios». Así lo han comprendido todos los pueblos; el hebreo como miembro del pueblo elegido, el griego al convivir con sus dioses y bajo su dependencia, el brahman como parte del gran Ser en el que aspira á confundirse, el budhista al sufrir la serie de transformaciones que han de conducirlo al nirvana. La

religión que no liga al hombre finito con la existencia infinita no es religión.

Los sabios de nuestro tiempo dicen lo que el médico forzoso de Molière, cuando afirmaba que el hígado está á la izquierda: «nosotros hemos cambiado todo eso», asegurando que se puede vivir sin religión. Ciertamente es que en la historia de los pueblos ha habido períodos en que la religión ha sido desnaturalizada, pero esa relajación del influjo de la religión en la vida es siempre pasajero; la religión, como todo lo que vive, nace, se desarrolla, envejece, muere, renace y se transforma.

Todas las religiones, por groseras que sean, han reconocido que todos los hombres son igualmente ínfimos ante Dios; pero el Cristianismo ha proclamado la igualdad de los hombres, no sólo ante Dios, sino entre sí, como doctrina fundamental de fraternidad. Pero el espíritu humano es tan fértil en recursos, que para hacer ineficaces las enseñanzas de los Evangelios, se ha inventado una teoría, según la cual cierta reunión de hombres, que se llama Iglesia, es impecable y tiene el don de transmitir su impecabilidad á sus elegidos. Así la Iglesia se declaró superior á la razón, é interpretando á su arbitrio los Evangelios, se erigió en definidora del dogma.

Así fue alterado el cristianismo, como todas las religiones, y se admitieron todos los errores y todas las ineptias del Antiguo Testamento, como la creación del mundo antes que la del sol, la reunión de todos los animales en el arca, etc.; de modo que, aun sin hablar de lo que algunos consideran como suplemento de los dogmas principales de esta religión, y sin salir de los términos del símbolo de Nicea, los hombres podrán seguir diciendo con los labios: «creo que Cristo subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios padre»; pero que nadie puede ya creerlo, porque esas palabras no tienen sentido. Por eso los hombres de nuestro tiempo que profesan el cristianismo desnaturalizado no creen realmente en nada; y esa es la característica de nuestro tiempo.

La razón es la fuerza humana, que define la relación de los

hombres con el mundo: y como esa relación es la misma para todos, la religión, que determina su establecimiento, es la que une á los hombres. Entre los paganos podía haber hombres que, al reconocer el desacuerdo entre su fe y su ciencia, elaborasen una doctrina más conforme con el estado de alma del pueblo; pero los hombres de nuestro tiempo, entre los cuales unos consideran la religión como arma de dominación en la humanidad, otros como una simpleza, y otros—la inmensa mayoría del pueblo—creyendo que poseen la verdadera religión, son rebeldes á todo movimiento de avance, á toda aproximación á la verdad. Envanecidos con los progresos útiles á la vida corporal, esos hombres que pasan por cultos se embotan en su ignorancia é inmoralidad, persuadidos de que cada paso que dan en el camino de la ignorancia les levanta un grado de su nivel de ilustración y de progreso.

### PSICO-FISICA

EMILIO ZOLA SOBRE LA MESA DE DISECCIÓN.—Doy este título á mi escrito—dice Mantegazza en la *Nuova Antologia*—no para añadir un documento nuevo á la escuela lombrosiana, que de todo hombre de genio hace un loco, ó por lo menos un epiléptico, sino para demostrar lo contrario: que se puede ser hombre de genio sin ser loco ni epiléptico, y se puede ser hombre vulgarísimo tocando en los lindes de la enajenación mental. Siglos antes de que se inventara la antropología criminal, ya era conocido, como máxima vulgar, que todo hombre lleva impresas en su cuerpo al nacer las tres *M* (*médico, músico y matto*, loco), ó como dice el refrán castellano: «De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco.»

Cuando Lombroso tropieza con un hombre superior, en el que no descubre ni con cristales de aumento ningún signo de locura, le niega el *genio*, concediéndole por cortesía el bautismo de *gran talento*; así se ha llegado á negar el genio á Verdi.

Hoy tenemos dos escuelas opuestas, igualmente equivocadas: por una parte, se pone sobre la mesa de disección á los hombres de genio, aunque se llamen Napoleón, Colón ó Leopardi, para demostrar que fueron locos ó epilépticos, y por otra, se protesta de tales profanaciones, reclamando se impida este examen anatómico de los grandes hombres, como si no fuera natural y alta tarea de la ciencia el examen de los grandes campeones de la humanidad.

El estudio de Zola, hecho por Mac-Donald, de Washington, resumen de todos los trabajos sobre el mismo tema, demuestra que se puede analizar con los métodos científicos más perfeccionados un hombre de genio, sin necesidad de ir á parar á la conclusión de que, precisamente por ser un genio, es también un mentecato ó un epiléptico. Ninguno mejor para el caso que Zola, tanto porque todos reconocen que es un genio, cuanto por haberse prestado al examen antropológico que han hecho de él, entre otros, Toulouse, Manouvrier, Bertillon, Block, Huchard, Joffrey, Robin, Mofet, Serveaux, Bonnier, Henry, Philippe, Crépieux, Passy, Golippe, etc.

Zola nació en París el 2 de Abril de 1840, desarrollándose normalmente, sin que se le notara otra cosa que la dificultad para pronunciar la *s*, que sustituía con la *t*. A los dos años tuvo una fiebre fuertísima, y de seis á siete estuvo enfermo, no se sabe bien de qué, quedando de resultas pálido y delicado, pues sólo muy tarde se hizo robusto. Entró en la pubertad entre los trece y los catorce años, pero su instinto sexual fue siempre contrarrestado por su gran timidez. A los diez y ocho años terminó sus primeros estudios y sufrió una tifoidea grave. Entonces tuvo que interrumpir su carrera por falta de recursos de su familia, recordando que muchos días hubo de quedarse en la cama por no tener otro medio de calentarse.

De los veinte á los cuarenta años padeció frecuentes neuralgias y tuvo una cistitis y síntomas de angina de pecho; á los treinta y cinco dejó de fumar por perturbaciones en el corazón, y sólo después de sus triunfos literarios se robusteció y

engordó tanto, que se le hizo penoso el menor ejercicio muscular; entonces sufrió dilataciones de estómago, pirosis, gastralgias y somnolencias después de las comidas; se condenó á una dieta rigurosa que todavía dura en parte, se abstuvo de beber durante las comidas y se prohibió el vino, tomando en su lugar un litro de té diario: en diez y ocho meses de esta dieta perdió 40 libras de peso. Siempre tuvo mala dentadura; y aunque á los diez años tuvo su primer amor y á los doce se enamoró seria, aunque platónicamente, las mujeres han ocupado poco lugar en su juventud.

Zola no fue precoz, pues hasta los siete años no aprendió á leer y á los doce entró en la clase de 8.º en Aix, donde su familia se había trasladado, siendo generalmente de los alumnos de la cola, aunque cuando quería y estudiaba con empeño lograba excelentes notas y premios, prefiriendo las ciencias á las letras y sintiendo especial repugnancia por las lenguas muertas, sobre todo por el griego. A los diez y ocho años regresó á París, viviendo aislado de sus condiscípulos, que se burlaban de su acento provenzal, y siendo reprobado en la licenciatura, en historia y literatura, quedándole así cerrada la puerta de los cargos públicos, sin otra salida que la de dedicarse á la literatura independiente.

Zola, á los cincuenta y siete años, tenía el aspecto robusto, estatura inferior á la mediana, piel blanca, mirada de míope, y el ojo izquierdo más pequeño que el derecho por un espasmo congénito del músculo orbicular; tiene grandísima sensibilidad cutánea y está sujeto á espasmos cardíacos, temblores, calambres y vértigos; su irritabilidad es excesiva, notables las alternativas de exaltación con las de depresión, débil la capacidad de la tensión y del trabajo continuado, por lo cual se siente cansado á las tres horas de trabajo mental, y su memoria no pasa del promedio, tanto, que Zola no sabe más lengua que la nativa. Su gran sensibilidad, su poca memoria, la tenacidad de la voluntad y el potente espíritu de observación forman el esqueleto psíquico de su ingenio.

Mac-Donald resume así su credo moral y religioso: El genio para Zola no consiste en la rareza ni en la perfección, sino en la creación, la potencia y la fecundidad. La mujer es menos equilibrada y tiene menos iniciativa que el hombre, y en general le es inferior, salvo en las cosas pequeñas. Zola no comprende las ideas metafísicas; es un positivista y no cree en la otra vida. Dios es para él una hipótesis ingenua, y todas las religiones le parecen sin sentido común. Funda la moralidad en la observancia de las leyes sociales. Tiene de la vida un concepto pagano, y sus ideas de orden y método son tan profundas, que se hace esclavo de ellas. Las cosas más preciosas para él son la juventud, la salud y la bondad. Le gustan las joyas y las máquinas de vapor, las escenas de la ciudad y los paisajes, prefiriendo entre los colores el rojo, el amarillo y el verde; entre los olores, los de las flores, odiando los perfumes y agradándole los dulces. Es tímido, y nunca ha podido hablar en público sin grande alarma. Sus simpatías estéticas las tienen Balzac y Flaubert, y prefiere una obra de Corneille ó Racine á todo el teatro moderno. En las óperas le gusta entender lo que se canta, sin lo cual no le agrada ni comprende la música. No le gustan los juegos de azar ni el billar; le gusta el juego de ajedrez, pero le cansa bastante. Soporta fácilmente las ofensas que se le dirigen, pero le exasperan las ofensas á la justicia.

Como manías, Zola tiene, cuando se pasea, la de contar las farolas, las puertas de las casas y los coches de alquiler; también se divierte en contar las escaleras de las casas y los objetos que hay en el escritorio; algunos números le son simpáticos y otros antipáticos, no entrando en un coche que tenga número de esta última clase; antes el número predilecto era el 3 y hoy es el 7; de noche, por ejemplo, abre los ojos siete veces para persuadirse de que no morirá; aborrece el 17, porque le recuerda una fecha funesta. Él es el primero en reirse de estas manías. Nadie ha podido comprobar en él fenómenos histéricos ni hechos epilépticos. Es neuropático; pero de eso á

la locura ó la degeneración hay un salto infranqueable, y manías semejantes á las suyas son frecuentes en los hombres mejor equilibrados.

## CUESTIONES SOCIALES

EL DIVORCIO Y LA IGLESIA.—Todas las Revistas italianas consagran á la cuestión del divorcio y á la agitación producida por su planteamiento, sendos artículos altamente interesantes desde los respectivos puntos de vista. Veamos de resumir las diversas opiniones sustentadas por Crispolti en la *Nuova Antologia*, Simonini en la *Rivista Moderna*, y Corradini en la *Rassegna internazionale*.

La institución del divorcio, defendida y vilipendiada desde los más remotos tiempos, se relaciona con la historia de las más tumultuosas agitaciones sociales y políticas: por un divorcio se hundió Antonio y fundó Augusto el Imperio romano; por un divorcio vino á recoger tan pesada herencia Carlo magno; y un divorcio fue, quizá, la causa que detuvo la incesante ascensión de Napoleón el Grande.

Al ver—dice Corradini—que la agitación contra el divorcio nace principalmente de los sacerdotes católicos y no de los seculares, que son los directamente interesados, no puede menos de parecer algo cómica la cosa. La defensa del matrimonio perpetuo, hecha precisamente por los que no toman mujer, es realmente caso raro: el sacerdote mira siempre con malos ojos los goces mundanos, y como el medio más eficaz para amargar los goces del matrimonio es la perpetuidad del vínculo, por eso la defiende á todo trance el sacerdote.

Mezquino y falso encontramos semejante modo de argumentar. ¿Por ventura no tienen razones más poderosas los enemigos del divorcio? La religión combate el divorcio como una inmoralidad, llamando con Jesús adúltero al que se separa de su mujer para unirse con otra. La ley judáica admitía el repu-

dio, condenado por Jesús en su doctrina, é interpretada y desarrollada por la Iglesia.

El celibato era estimado como estado de privilegio por los esenios y por Jesús, y fue traducido en el monaquismo por los cristianos; el matrimonio no era un bien, sino el medio de evitar un mal mayor, y San Pablo mismo lo admite en ese sentido con la profunda fórmula de «más vale casarse que arder»; San Isidoro dice del matrimonio que «rebaja al hombre al nivel de las bestias»; Tertuliano lo considera como «una especie de fornicación»; San Jerónimo lo define como un mal, y San Clemente afirma que el celibato es el único medio de ganar el cielo. En semejantes opiniones abundan San Agustín y Santo Tomás, y el mismo Concilio Tridentino, al considerar el celibato como «un estado matrimonial más perfecto».

Hasta el tiempo de Justiniano los matrimonios se hacían sin la intervención del sacerdote; en la novela 74 es en la que autoriza al sacerdote á servir de testimonio, si los contrayentes lo desean. San Ambrosio pide á Teodosio un edicto que prohiba el connubio entre primos hermanos, lo que prueba que la Iglesia reconocía los derechos de la autoridad laica para legislar en la materia. Pero en 862, cuando ocurrió el divorcio del Emperador Lotario, es cuando Nicolás I consiguió hacer prevalecer la jurisdicción eclesiástica, invocando un supuesto decreto del Pontífice Anacleto, sucesor de Lino.

Si el matrimonio no fuera un sacramento, la Iglesia no podría defender eficazmente su intervención. El primero que le dió tal nombre fue San Agustín, y aun éste afirma que sólo dos sacramentos fueron instituidos por Jesús: el Bautismo y la Eucaristía: así lo dicen también Tertuliano, San Crisóstomo, San Isidoro y Juan Damasceno; en el siglo xi Berengario, Obispo de Tours, cuenta cinco, y sólo en el siglo xii Pedro Lombardo enumera los siete sacramentos tales como fueron reconocidos en 1215 por el cuarto Concilio lateranense, definiendo Santo Tomás con su acostumbrada precisión el matrimonio en la forma siguiente: «En cuanto oficio de la natura-



leza, lo estatuye el derecho natural; en cuanto oficio de comunidad, el derecho civil; en cuanto sacramento, el derecho divino.» El sacramento confiere la gracia, y el sacerdote es su ministro necesario.

¿Ha mantenido siempre la Iglesia esta doctrina? No; y los canonistas, desde el siglo xvi, se inspiran en un concepto que quita al sacramento gran parte de su valor, afirmando que nace del consentimiento mutuo de los contrayentes, y que el sacerdote no es su ministro, sino solamente su testigo; así han sido posibles matrimonios por sorpresa del tipo del narrado por Manzoni en *Los novios*. ¿Cómo pudo abandonar la Iglesia sus formidables posiciones? No se comprende verdaderamente, dado el empeño que siempre ha mostrado por recabar para sí, como arma política de primer orden, la intervención exclusiva en el contrato matrimonial.

El adulterio es menos reprobable como acto aislado que como escuela de corrupción, viéndose obligado el adúltero á defender su secreto con todo un sistema de perfidias y mentiras. Todo eso podía desaparecer ó disminuir con el divorcio, según Corradini. Y el argumento capital, el verdadero argumento social contra el divorcio, los hijos, su educación y su dirección, puede estimarse anulado si se piensa en las consecuencias que el divorcio podría tener en las relaciones entre la familia y el Estado. ¿Qué será de los hijos bajo el régimen del divorcio? Cuando el Estado se decida á cumplir sus deberes para con la prole de las familias disueltas, la cuestión de los hijos dejará de preocuparnos.

¡Pobres hijos! ¡Pobres padres! ¡Desdichada sociedad aquella en que fuera cosa corriente el divorcio, con cargo para el Estado de los hijos de los divorciados! Por fortuna queda todavía en el mundo bastante sentido común para evitar tamaños desatinos.

## EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

LA MORAL Y LA INSTRUCCIÓN CÍVICA EN LOS INSTITUTOS.— Todo el mundo—dice en la *Revue Bleue* Alfredo Fouillée—reconoce la necesidad de la instrucción moral y cívica de la juventud. El Ministro de Instrucción pública ha sostenido con aplauso del Parlamento que la filosofía, «ciencia del hombre y de las sociedades», es esencial para todo alumno de segunda enseñanza; Viviani ha pedido que la filosofía se distribuyese con menos parsimonia á los alumnos de ciencias, que la necesitan más que los demás; y Ribot, en su informe, dice que «ni siquiera se comprende que un alumno pueda ser admitido al estudio del derecho sin conocimiento suficiente de la filosofía y de la historia».

A pesar de tan unánimes y resueltas opiniones, nada se hace en la práctica que responda á declaraciones semejantes. El nuevo *ABC* del Ministro es conocido: cuatro bachilleratos, dos literarios (latín-griego y latín-lenguas vivas), y dos científicos (latín-ciencias y francés-ciencias); y cada una de estas secciones servirán para *todas* las carreras. Resultado: que los alumnos irán en masa á la sección francés-ciencias, que con estudios más fáciles y de más inmediata aplicación abrirá todas las puertas; las clases de humanidades, y con ellas la filosofía, no tendrán más que algunos alumnos, y la enseñanza primaria superior, con el nombre engañoso de enseñanza moderna, habrá invadido la enseñanza secundaria, haciendo perder á ésta su carácter.

Es verdad que los alumnos de las dos secciones de ciencias tienen en séptimo año un cursillo de tres horas semanales de lógica y moral; pero esto es insuficiente á todas luces. Los sabios y los médicos especialmente necesitan de la filosofía y de la psicología. Y tan esenciales como á los médicos, son á los juristas los estudios filosóficos, á menos de reducir al magistrado ó al abogado á ser una especie de hortera de artículos

del Código que busca en el montón el número que conviene á su cliente, como el hortera busca el número del par de guantes que conviene al comprador. Hay que dar á la juventud principios.

«En los liceos—ha dicho entre salvas de aplausos el Ministro—debe enseñarse la República.» Perfectamente; pero ¿cuál? ¿La roja? ¿La rosa? ¿La incolora? Lo que necesitan los alumnos, son los grandes principios filosóficos en que se asienta todo Gobierno republicano. ¿Qué sería la República sin los filósofos que han producido el triunfo final de las ideas de libertad y de igualdad humanas? Los verdaderos intereses de una República están en la elevación de sus ciudadanos á ideas y sentimientos desinteresados, por medio de estudios desinteresados también, literarios, morales y filosóficos. Para reemplazar la filosofía, no se puede contar sobre la fe de algunos creyentes ni sobre el excepticismo de otros incrédulos; unos creerán en las prácticas más supersticiosas, y otros se atenderán al egoísmo y á la famosa «lucha por la vida». ¡Bonita sociedad!

Una democracia sin filosofía es hoy imposible; si no es religiosa, como lo fue en la ciudad antigua, necesita ser filosófica; es preciso, bajo una ú otra forma, que viva de una vida espiritual y moral; si no, perecerá por el efecto mismo de la lucha intestina por la vida que producirá finalmente su inferioridad en la la lucha internacional por la vida. Una República de utilitarios y egoístas es una utopía; la primera condición del régimen socialista, es el olvido de sí mismo en provecho de la sociedad.

¿Cómo asegurar á la filosofía el lugar que le corresponde en la educación? Negando ante todo la equivalencia entre las secciones literarias y las científicas del bachillerato; es preciso que sólo los bachilleratos literarios abran, como en Prusia, la entrada de las carreras liberales, incluso Medicina y Derecho, y que los bachilleratos científicos sólo sirvan para carreras puramente científicas. Además, es preciso que la verdadera

unidad íntima entre los diversos bachilleratos la dé el estudio completo de la filosofía para todos los aspirantes.

## COSTUMBRES

SENSACIONES DE AUTOMÓVIL, SEGÚN MAETERLINK.—En la *Nuova Parola*, de Roma, encontramos un sabroso artículo del ilustre novelista belga, en el que relata sus primeras impresiones de automóvil.

No hay que contar—dice—las primeras salidas bajo la dirección del maestro; entonces no se comunica todavía con la maravillosa bestia, y se experimenta algo de lo que debe experimentar el aprendiz de domador cuando se arriesga entre las garras de la fiera, bajo la protección del padre, cuya mirada mantiene esclavizada la fiera. Se tiene miedo de estar solo, en presencia del espacio, con el animal desconocido, y se arde en deseos de saber lo que es en sí, lo que quiere, lo que rehúsa, cómo obedece á su nuevo amo.

Ayer me condujo el maestro de París á Ruan, y esta mañana me dejó solo por primera vez fuera de las puertas de la capital de Normandía, en plena llanura, sobre el camino desierto, lejos de estaciones y oficinas de socorro. La primera sensación, es cierta inquietud no exenta de atractivo. Soy dueño de la fuerza misteriosa, y conozco los secretos del monstruo. Su alma es la chispa eléctrica que hace dar á sus arterias de siete á ochocientas vueltas por minuto; su terrible corazón es su carburador, y el alma obedece al cuerpo, y el cuerpo obedece al alma en ingeniosa armonía.

El monstruo, bajo mi mano conmovida, es dócil y lleno de buena voluntad. A los dos lados de la carretera, los campos de trigo corren plácidamente como verdes arroyuelos. Ya es tiempo de poner á prueba el poder de los gestos esotéricos. Toco las llaves encantadas, y el caballo hechizado se para bruscamente; toda su vida se extingue en breve gemido, y se convierte en enorme é inerte aparato de metal.

Ahora se trata de resucitarle. Me desmonto y me agito en torno del cadáver. La ciencia está segura de su triunfo: el hipógrifo revive, bufa un instante y se lanza de nuevo cantando victoria. Abro un poquito, lentamente, la famosa manivela de anticipo de la ascensión, y regulo como puedo la admisión de la esencia: la marcha se acelera, y el roce, cada vez más agudo, de las ruedas revela creciente embriaguez. Al principio, la carretera viene á mi encuentro con movimiento cadencioso; luego, poco á poco, se anima, se precipita sobre mí, corre bajo el coche como torrente embravecido que me ahoga con su espuma, me inunda con sus oleadas, me ciega con su aliento.

¡Oh, qué caricia tan deliciosa! Se diría que alas, miles de alas que no se ven, alas transparentes de gigantescos pájaros sobrenaturales, habitantes de las excelsitudes batidas por los vientos eternos, me envuelven en su vasta frescura las sienes y los ojos. Ahora la calzada desciende á pico en el abismo, y el mágico aparato la precede; los árboles que de tantos años la flanquean plácidamente, parecen juntarse, agrupar sus verdes cabezas y conjurarse ante el fenómeno que surge para cerrarle el paso; pero como ven que no se detiene, se retiran, se alejan, se contorsionan, vuelven á encorvarse sobre mí, y con voz sumisa y arcana sus miles de hojas murmuran á mi oído los cánticos volubles del espacio, que admira y exalta á su viejo enemigo finalmente vencedor, la velocidad.

En los trenes el espacio devorado pasa ante nuestros ojos, pero pasa lejos de nosotros; no lo tocamos, no lo podemos gozar; pero aquí, en este carrito de fuego, dócil, ligero, milagrosamente infatigable; entre las alas replegadas de este pájaro de llama, que vuela desflorando la tierra para admirar sus flores, que acaricia los campos de grano, que aspira los arroyos, que conoce la sombra de los árboles y entra en las aldeas, aquí el espacio se hace verdaderamente hermoso, se hace proporcionado á nuestros ojos, á los deseos de nuestra alma, insaciable y meticulosa.

Ahora no se espera ya la llegada que reabre los ojos é in-

vita á la alegría del mirar; todo el camino es una llegada continuada, y los goces que se pregustan al alcanzar la meta se multiplican, porque todo toma la adorable forma de la meta.»

## LITERATURA

**LAS METAMÓRFOSIS DE UN NOVELISTA.**—La fugaz actualidad — como dice en la *Revue Bleue* Federico Loliée — prodiga en estos momentos sus gracias mariposeras á Abel Hermant, que en el mismo día se ha visto por la tarde aclamado como Presidente de la Sociedad de literatos y por la noche aplaudido en un estreno.

A primera vista, la labor novelesca y dramática de Hermant parece algo confusa por su multifaz aspecto. Esas transformaciones parecen desconcertantes por su instantaneidad; pero todo en el mundo tiene su lógica y su explicación. Cómo puede revelarse sucesivamente novelista militar y satirizador mundano, naturalista y psicólogo, se explica por el juego de las circunstancias. Es regla general: antes de saber escribir se hacen versos. Abel Hermant no dejó de hacerlos, y á los veintiún años publicó un tomo de *Desprecios*. Probadas sus fuerzas, al año siguiente se lanzó á la pelea con un libro tendencioso, en el que palpitaba el humor incisivo del autor y su inclinación á la alusión. Normalista, y pensando ser profesor de filosofía, estudiaba, planeaba y bosquejaba cuadros del mundo que veía, como *El señor Rabosson*, novela de costumbres universitarias.

Acababa de terminar *El Discípulo amado*, aventura de la vida contemporánea, cuando fue llamado al servicio militar, ingresando en el Regimiento 12.º de Cazadores de Caballería, el que más escogido personal reunía. Fruto de aquel año de voluntariado fue *El Caballero Miserey*, obra poco optimista, la más vigorosa que ha salido de su pluma. Las corrientes antimilitaristas, exageradas hoy hasta la negación del senti-

miento patriótico, no habían invadido todavía la literatura ni la Prensa. Por eso la publicación de aquella obra en que se revelaba la vida interior del cuartel con todas sus miserias, reprobándose «la existencia estúpida del Oficial en tiempo de paz y el embrutecimiento de las guarniciones», suscitó ardientes protestas, llegando un Jefe á dar orden de quemar el libro de Hermant sobre el estiércol del cuartel.

Su reputación desde entonces quedó asentada en sólida base, y pagado el tributo de *El Caballero Miserey* á sus convicciones, no tuvo para qué acordarse de aquellas cosas, dedicándose á otro género y publicando *Natalia Madoré*, *Corazones aparte* y *Amor de cabeza*, inspirados, sobre todo el último, por una especie de psicología sentimental, sutil y refinada. Gustado en los salones, los frecuentó, más que para brillar en ellos, para estudiarlos. Al principio había costado esa clientela favorita de los moralistas de novela, en donde se saludan mutuamente los privilegiados de los dos barrios, el antiguo y el nuevo, Saint-Germain y Saint-Honoré, revelando á veces, como en *La Meute*, la amargura y el desaliento que resultan del exceso de los placeres, dejando correr de su pluma apreciaciones y detalles que no debieron agradar á quienes tienen como mérito exclusivo su nombre heredado.

Abel Hermant tenía *El Faubourg* en la cabeza, cuando el azar le puso en contacto con la colonia americana, tan original en París como en Nueva York ó Chicago, y allí observó un concepto de la vida muy diferente del nuestro, oyendo, sin olvidarlas, asombrosas reflexiones y escuchando en las conversaciones entre jóvenes palabras de aturdidora franqueza; se complació en recoger todo esto y lo ofreció al público en *Los Trasatlánticos*.

Aficionado á los viajes, cultivó del mismo modo varios centros de vida cosmopolita y procuró recoger en *El escalofrío de París* la indefinible sensación que dejan los espasmos y estremecimientos de la vida de París en los extranjeros. Luego se dedicó al estudio de los diplomáticos, extrayendo de su trato

los elementos de la mejor comedia de su repertorio: *La Carrera*.

Cada vez más favorecido por el éxito, después de los diplomáticos, el feliz autor estudió los príncipes y hasta los soberanos, libres de las trabas de la etiqueta, seduciéndole la cosa de tal modo, que durante tres años ocupó con escenas de este género las páginas de la *Vida parisién*. El Archiduque Pablo y su familia hacían el gasto. ¡Qué personajes! Un heredero decadente; una Archiduquesa, dividida entre el patín y la bicicleta; un tráfuga de la realeza, arrojando su cetro á las ortigas para correrla á su gusto en París, sin perjuicio de llegar á ser, llegado el caso, un emperador muy suficiente... Paul de Kock y Gotha bailan en aquellas páginas una zarabanda desenfrenada. Parecía haberse excedido en la pintura, y la crítica se lo advirtió; pero Hermant siguió adelante.

Por caminos extraviados habían solicitado otros asuntos su atención. Le habían sugerido la idea de componer una novela histórica, y al coleccionar notas y recoger materiales, pasaron por sus manos las novelas de fines del siglo XVIII, y de su estudio sacó las *Confidencias de una abuela*, deliciosa imitación de los tiernos narradores de otros tiempos, cuya vida se reducía al amor.

Tras estas narraciones espirituales, Abel Hermant volvió á la observación más general y más profunda que en sus obras precedentes, acometiendo el relato de los *Recuerdos del Vizconde de Courpieres*, que inaugura la serie de Memorias novelescas de la sociedad contemporánea que hoy le ocupan y que, según dice, le absorberán durante algunos años. Y este es, hasta el presente, el término de la evolución caprichosa de un talento que, sin cambiar de naturaleza, ha revestido tan diversos trajes.



## IMPRESIONES Y NOTAS

TOLSTOI Y LOS DUKHOBORS.—Con este título acaba de publicar en París J. W. Bienstock un curioso é interesante libro.

Los dukhobors son una secta rusa que sigue con toda escrupulosidad los preceptos evangélicos, conociéndose á sí mismos con el título de «Cristianos de la fraternidad universal». Tolstoi, cuya doctrina tantos puntos de contacto tiene con la de estos desheredados, ha hecho en su favor cuanto ha podido, ha renunciado en su obsequio á los derechos de propiedad de su *Resurrección*, revelando al mundo la existencia de estos fanáticos.

El concepto capital de la doctrina de los dukhobors es el expresado en forma inmortal por el mismo Jesucristo y repetido por San Francisco: «No reciban ni lleven armas mortales contra quien quiera que sea.» De aquí han sacado los dukhobors su norma de vida, oponiendo la fuerza de la inercia al movimiento de mutuas ofensas de la máquina social. De esta resistencia al servicio militar han nacido procesos y persecuciones incesantes y la emigración al Canadá, suscitando serias y transcendentales polémicas la actitud de estos interesantísimos mártires.

La fe de estos hombres es tan pura y tan sublime, que excita la atención de todos los pensadores; personas que son capaces de abandonar sus bienes y sus familias, de sufrir la cárcel y la deportación, antes que someterse á la ley del servicio militar, por negarse á llevar armas, son realmente seres extraordinarios, que revelan condiciones de carácter y arraigo de convicciones dignas de fijar la pública atención. Hoy casi parecen locos; pero ¿serán tenidos mañana como los precursores del nuevo estado social que el porvenir quizá ha de desenvolver?

\*  
\* \*

EL SUEÑO DEL PAN GRATUITO.—Un *Pequeño grupo de humanistas*, como ellos se titulan, ha lanzado una circular reclamando la gratuidad del pan, como la del agua y el aire, basándose en dos postulados de la Sociología: el derecho á la existencia y la libertad de hacer el bien.

Federico Passy, el ilustre campeón de la paz universal, aplaude en el *Journal des Economistes* el espíritu que anima á los humanistas; pero demuestra que su aspiración es un sueño. No hay nada gratuito, sino lo que podemos poseer sin esfuerzo alguno, como el aire que dilata nuestros pulmones; hasta el agua en el manantial exige que nos inclinemos para beberla, y si la queremos en nuestras casas, hay que pagar su viaje.

Toda mercancía puede hacerse más abundante y menos cara por el mejor empleo de nuestro trabajo, por el perfeccionamiento de los medios de producción, por la mayor extensión de los mercados; pero nunca puede llegar á la gratuidad. No hay secreto para hacer el pan gratuito, pero lo hay para hacerlo menos caro: no recargar con impuestos ni monopolios el coste de su producción y de su distribución.

\*  
\* \*

LA TELEFONÍA SIN HILOS.—No podía menos de venir, y ya la tenemos: después del telégrafo sin hilos, el teléfono sin hilos también. ¡Cuánto agradecerán esta invención, no sólo los llamados á utilizarla, sino todos los tímidos, asustados siempre ante las inextricables redes de la telefonía actual en combinación con las demás redes electróforas que aprisionan las ciudades modernas en antiestéticas telas de araña, suspendidas de verdaderos bosques de columnas, postes y torres de todas clases, que, siendo en general otros tantos atentados al buen gusto, son irritantes trabas de la circulación, y pueden ser (aspecto en el que no se han fijado las autoridades militares) un positivo peligro en casos de motines y revueltas!

El teniente de navío Gaillard, francés, es el autor del nuevo invento. Los experimentos se han hecho con excelente resultado en presencia del Ministro de Marina. El puesto transmisor se hallaba á 1,50 metros de la superficie del suelo y su receptor se hallaba á 50 metros del transmisor, separado del mismo por casas, muros, cimientos y obstáculos de todas clases, y para la toma de tierra se ha utilizado un pozo de 18 metros de profundidad. Allí no hay hilo ni conductor de ninguna clase, y sin embargo, la palabra se percibe con pureza perfecta, sin que se mezcle con su sonido ninguno de esos ruidos parásitos tan molestos en la telefonía con hilos.

La tierra filtra, por decirlo así, sin ayuda de ningún aparato, la corriente de ida y vuelta necesaria para el funcionamiento de este teléfono fantástico, y las derivaciones de esta corriente pueden accionar sobre otros teléfonos aislados, situados á cualquier distancia. Si se levanta la esfera que apoya en el suelo cesa la recepción, que reaparece en cuanto se restablece el contacto de la esfera con el suelo. Se han obtenido ya efectos prácticos á 5 kilómetros de distancia, y todo hace presumir que la telefonía sin hilos entrará sin tardanza en juego para todas las aplicaciones telefónicas.

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Delitto e forma geometrica della faccia fra i delinquenti napoletani** (nota preventiva), per A. De Blasio. Napoli, 1901.

**Scuola di applicazione pei ladri di destreza napoletani**, per A. De Blasio. Napoli, 1901.

**Mummie e craní dell'antico Perù conservati in alcuni musei dell' Università di Napoli**, per A. De Blasio. Napoli, 1900.

**L'uomo preistorico in terra di Bari** (época poleolítica), per A. De Blasio. Napoli, 1901.

Estos varios escritos, breves todos ellos, dados á luz recientemente por el Dr. Abel De Blasio, fundador y director del Centro Antropométrico de la Cuestura de Nápoles y profesor de Antropología en aquella Universidad, aun cuando tratan de asuntos diversos, están inspirados por un propósito común: el de contribuir al progreso de los estudios antropológicos; ya al de la antropología general, como pasa con los dos últimos, ya al de la antropología criminal, que es á lo que tienden los dos primeros. Todos ellos van ilustrados con buenos y abundantes grabados.

Los trabajos relativos á la antropología general son dos monografías sobre puntos concretos: en una de dichas monografías hace el Dr. De Blasio un estudio descriptivo, con grabados, de cuatro momias y seis cráneos existentes en varios Museos de Nápoles, cráneos y momias pertenecientes á antiguos habitantes del Perú, y los cuales no habían sido objeto hasta ahora de un examen especial. Con ocasión de este estudio, discute el autor un problema de que ya se habían ocupa-

do muchos craneólogos, y es el de saber si la forma irregular que presentaban los indígenas de aquella región de América, forma que ya llamó la atención de Colón y que consistía en tener muy anchas y achatadas la cabeza y la frente, era efecto de una deformación artificial, ó carácter nativo, ó ambas cosas combinadas, es decir, una deformación originariamente artificial, pero transmitida por herencia. El Dr. De Blasio se pronuncia por la primera de estas hipótesis.

La segunda monografía sobre materias de antropología general significa la intervención del autor en una polémica que en Italia se ha sostenido entre dos antropólogos, los Sres. Virgilio y Flores, tocante á si en la comarca de Bari, región de la Apulia, existió ó no el hombre de la época arqueológica, el tipo *Acheuléen* de los franceses. Nuestro autor resuelve también esta cuestión afirmativamente.

Interesantes y curiosas son las noticias que nos da De Blasio acerca de las escuelas de ladrones de destreza (rateros de relojes, carteras y objetos análogos) que desde mucho tiempo hace han existido en Nápoles, y á las cuales enviaban, y aún parece que envían, muchos padres á sus hijos para que salieran ó salgan de ellas consumados ladrones, como los discípulos de Monipodio en la novela *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes.

Pero de todos los opúsculos del Dr. De Blasio á que ahora nos referimos, el que trata asunto más curioso y más nuevo, al par que interesante, es el que estudia la relación que existe entre cada clase de delito y la forma geométrica de la cara de los delincuentes. El autor lleva ya varios años, desde 1892, recogiendo datos sobre el asunto. Los resultados de semejante trabajo promete publicarlos en breve con la extensión necesaria; no aguarda para ello, según dice, más que á concluir de estudiar detenidamente las biografías de muchos de los individuos por él examinados. Lo que ahora ofrece al público amante de la antropología criminal no es sino una simple nota preventiva ó provisional. Ya lo dice la misma portada de la Memoria.

Ha examinado De Blasio la forma geométrica de la cara de 200 delincuentes y la de 200 hombres honrados, pudiendo así comparar dos cifras iguales. Admite la clasificación de las formas del rostro hecha por Sergi en rostros de tipo elipsoidal, ovoidal, etc., y verificada la comparación entre honrados y delincuentes, le han resultado las siguientes formas geométricas de la cara:

	Honrados.		Delincuentes.	
Octogonal...	0	ó sea el 0 por 100.	1	ó sea el 0,50 por 100.
Elipsoidal...	39	» 24,50 »	13	» 6,50 »
Oval.....	112	» 56 »	60	» 30 »
Orbicular....	4	» 2 »	10	» 5 »
Triangular...	9	» 4,50 »	26	» 13 »
Cuadrada....	21	» 6 »	50	» 25 »
Rectangular.	9	» 4,50 »	26	» 13 »
Romboidal...	6	» 3 »	14	» 7 »

Por donde se ve la preponderancia que la forma oval y la elipsoidal, las dos más regulares, tienen entre los honrados, y la gran proporción de formas irregulares (cuadrada, triangular, rectangular) que arrojan los criminales. El Dr. De Blasio descompone después las cifras de cada forma geométrica de la cara de los delincuentes para demostrar la proporción que cada una de ellas tiene en cada clase de delitos (asesinatos, hurtos, etc.).

Interesa conocer las conclusiones á que llega el autor, apoyándose en las cifras: 1.<sup>a</sup>, en Nápoles, la forma oval y la elipsoidal normal son las que abundan entre los honrados; 2.<sup>a</sup>, estas dos formas se encuentran también entre los delincuentes, mas entonces éstos no son de los de peor clase; 3.<sup>a</sup>, si á veces se encuentran notorios malhechores entre los individuos que presentan las dos formas dichas, es señal de que la elipse y el ovoide han perdido su forma normal para hacerse más largas ó más cortas; 4.<sup>a</sup>, la peor canalla de todos es la de cara cuadrada; 5.<sup>a</sup>, el delito se halla en razón directa de la brevedad del rectángulo; 6.<sup>a</sup>, las caras triangulares, orbiculares y romboidales son propias de aquellas gentes que, para ir viviendo, se dedican á cometer pequeños delitos.

P. DORADO.

**Viaje al Transvaal durante la guerra,** por el Dr. D. Vicente Vera.

Es un libro muy interesante y del que hay muy pocos precedentes en la literatura española. El Dr. V. Vera, viajero infatigable que ha recorrido casi todo el mundo y que posee una ilustración poco común, sabe indudablemente ver y observar, y por eso las crónicas de su viaje al Transvaal constituyen cuadros llenos de color y de vida; sus descripciones son muy pintorescas y llenas de atractivo; retrata á los personajes con tal viveza que parece que se les está viendo, y los episodios que pinta son tan gráficos que, después de haberlos leído, creemos haber sido testigos de ellos.

Hay en este libro datos científicos de mucho valor; observaciones muy profundas sobre los hombres y las cosas; juicios clarísimos sobre la guerra, sus causas, sus resultados y sus actores; análisis psicológicos de pueblos y de razas, y todo con un lenguaje sencillo y ameno que encanta y seduce como la novela más interesante.

Algunas descripciones, como la de la entrada en el Transvaal, la de Pretoria, la del sitio de Ladysmith, la de la batalla de Klip River, son verdaderamente magistrales. Las semblanzas de Steyn, de Kruger, de Botha y Delarey son magníficos modelos de esta clase de literatura y contienen, sin pretenderlo, más filosofía que muchos tratados voluminosos.

El *Viaje al Transvaal* del Sr. Vera resulta, además, una crónica completa de la guerra anglo-boer; y como todos los datos son de primera mano y están expuestos de un modo tan atractivo, creemos muy difícil pueda haber libro alguno donde se retrate con más fidelidad la grandiosa epopeya que tanto ha impresionado al mundo.

No vacilamos en recomendar este precioso libro á nuestros lectores, seguros de que todos cuantos lo tengan en sus manos leerán y releerán sus páginas recreándose en ellas.

R. I. SOLER.

## INDICÉ

---

	<u>Págs.</u>
<i>Bloqueados por la nieve</i> (novela), por Bret Harte.....	5
<i>Poetas americanos: Salmo de combate</i> , por Alfonso Zepeda Winkfield.....	56
<i>El Congreso Panamericano en Méjico</i> , por Juan Pérez de Guzmán.	58
<i>Tendencias al individualismo en la ciencia alemana contemporánea</i> , por Edmundo González-Blanco.....	107
<i>Un imperio que brotó de una larga decadencia</i> , por Nicolás Pérez Merino.....	129
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	142
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	172
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	184
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y R. I. Soler.....	204